

Corresponsales Internacionales
Fernando Burgos (Estados Unidos)
Lauro Zavala (México)
Julio Escoto (Honduras)
Pedro Crenes Castro (España)

Director
Enrique Jaramillo Levi
henryjaramillolevi@gmail.com

Diseño Gráfico y Diagramación
Sección de Diseño Gráfico-UTP

**Diseño y dibujo de portada
e ilustraciones**
Técnica: pintura digital
Enrique Jaramillo Barnes
jaramillo_e@yahoo.com

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA
DICOMES/UTP

Prohibida la reproducción total o parcial del material impreso sin autorización escrita de los editores. Se reciben colaboraciones no solicitadas con firmas responsables y número de cédula. No se devolverá el material. Nos reservamos el derecho de seleccionar los textos y material gráfico que habrá de publicarse. Los autores de los textos son los únicos responsables de las ideas que expresen.

EDITORIAL

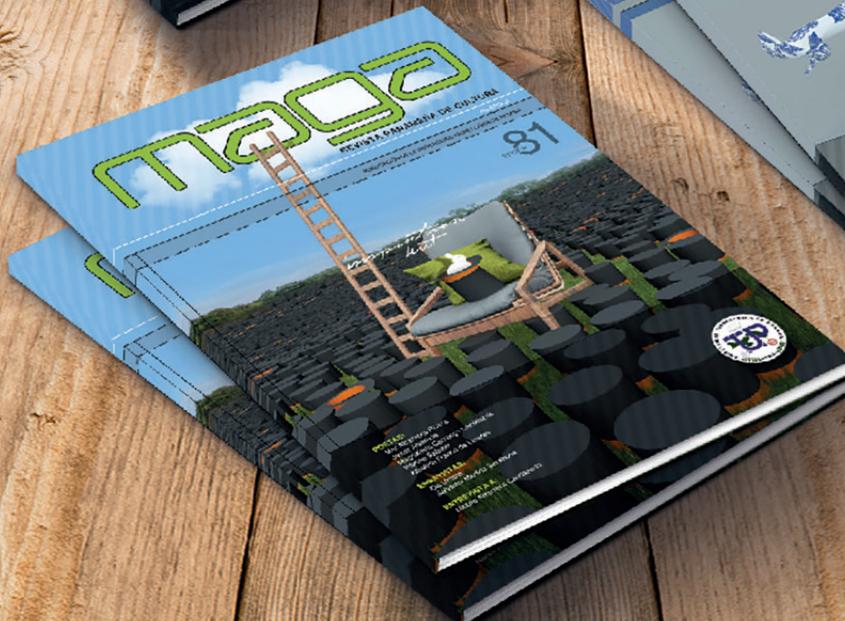
Una tarde apacible (cuento) <i>Isabel Herrera de Taylor</i>	4	La ardua búsqueda de la luz en la cuéstica de Carolina Fonseca (ensayo) <i>Fernando Burgos Pérez</i>	39
¿Literatura y deseo femenino? (ensayo) <i>Nathaly Ponce Ulloa</i>	6	Recordando al Dr. José Guillermo Ros-Zanet (homenaje-semblanza) <i>Claudio de Castro</i>	47
El retorno (cuento) <i>Danae Brugiati Bousounis</i>	11	El insospechado problema de la existencia (cuento) <i>Javier Mosquera Saravia</i>	55
Tres poemas <i>David Ng</i>	15	Poemas <i>Jaiko Jiménez</i>	58
Coronación (cuento) <i>Roberto Pérez-Franco</i>	16	Dos cuentos <i>Eyra Harbar</i>	61
El viaje (cuento) <i>Aura Sibila Benjamín Miranda</i>	18	Poemas <i>María Pérez-Talavera</i>	63
Flores marchitas (cuento) <i>Dionisio Guerra</i>	19	Nuevos Cuentistas Panameños <i>Enrique Jaramillo Levi</i>	65
Un cuarto para uno (ensayo) <i>Ana Lorena Lasso</i>	21	TALLER	
La espuma (cuento) <i>David C. Róbinson O.</i>	26	Dos Poemas <i>Arabelle Jaramillo</i>	67
Dos minipoemas <i>Benjamín Ramón</i>	28	Contando los pasos (cuento) <i>Gerardo Bósquez Iglesias</i>	68
Dos minicuentos <i>Gilza Córdoba</i>	29	Muñecas (cuento) <i>Julio Armando Aris Batista</i>	70
Gilza Córdoba: “Lo que se inventa al escribir tiene que sentirse tan auténtico como la vida misma que sin remedio nos marca” (entrevista) <i>Enrique Jaramillo Levi</i>	30	La operación <i>Edith Cantilo-Paz</i>	73
Dos minicuentos <i>Joel Bracho Ghersi</i>	34	Un problema menos (cuento) <i>Guillermo Márquez Guevara</i>	74
Incompleto (cuento) <i>Eduardo Jaspe Lescure</i>	36	RESEÑAS <i>Joel Bracho Ghersi</i> <i>Danae Brugiati Bousounis</i> <i>Joaquín González Justavinos</i>	76
		NOTICIAS CULTURALES DE LA UTP	84

Números Anteriores de la revista



maga

REVISTA PANAMEÑA DE CULTURA



Editorial

Una vez más, con renovados bríos, damos a conocer un nuevo número de "**Maga, revista panameña de cultura**", órgano de divulgación cultural de la Universidad Tecnológica de Panamá.

La portada de este número 83 de "**Maga**", que como es costumbre ha elaborado el artista plástico y diseñador gráfico Arq. Enrique Jaramillo Barnes, sugiere el caos al que puede llegar el desorden vial de la ciudad de Panamá a causa de calles llenas de huecos, trabajos no terminados, exceso de carros, irresponsabilidad en el manejo; y a otro nivel -cuestión de interpretación- remite a un país en el que cada vez más se irrespetan los derechos de los otros.

En este No. 83 el lector encontrará una amplia miscelánea de textos de y sobre autores reconocidos, así como también de nuevos creadores literarios: fundamentalmente poetas y cuentistas nacionales.

Nuevos poetas como Jeiko Jiménez, David Ng y Arabelle Jaramillo, junto con el conocido poeta Benjamín Ramón y la venezolana residente en Panamá María Pérez-Talavera; y nuevos cuentistas como Eyra Harbar, Dionisio Guerra, Gilza Córdoba, Aura Sibila Benjamín Miranda, Gerardo Bósquez Iglesias, Julio Armando Aris Batista y Edith Cantilo-Paz, junto con el mexicano residente en nuestro país Guillermo Márquez Guevara nos regocijan con sus logros ficcionales.

Por otra parte, conocidos cuentistas como Isabel Herrera de Taylor, David C. Róbinson O., Roberto Pérez-Franco, Danae Brugiati Boussounis y Eduardo Jaspe Lescure, contribuyen con cuentos excelentes, al igual que el venezolano residente Joel Bracho Gheri y el cuentista guatemalteco invitado a este número de "**Maga**", Javier Mosquera Saravia.

Asimismo, tres nuevas ensayistas nos ofrecen su sensibilidad e inteligencia escritural: las venezolanas residentes Nathaly Ponce Ulloa y Carolina Fonseca, y la muy joven Ana Lorena Lasso; así como un importante investigador y ensayista internacional invitado, quien no es la primera vez que publica en "**Maga**": Fernando Burgos Pérez (chileno).

Importa destacar, por otra parte, que el cuentista panameño Claudio de Castro le hace un sentido homenaje a su suegro, el poeta-ensayista y pediatra José Guillermo Ros-Zanet, recientemente fallecido, al ofrecernos un breve recuento de su vida y obra y al reproducir varios de sus poemas.

En la sección *Entrevista*, la nueva y talentosa narradora panameña Gilza Córdoba es entrevistada por Enrique Jaramillo Levi, con motivo de la publicación de su primer libro de cuentos: "Augurio". Y en la sección *Reseñas* publican agudos textos críticos: Danae Brugiati Boussounis, Joaquín González Justavinos y Joel Bracho Gheri.

Finalmente, "**Maga**" 83 presenta, como es costumbre, una sección de *Noticias culturales de la UTP*, que recoge actividades de particular interés de meses atrás.

Esperamos que la lectura de esta nueva versión de nuestra revista, fundada en 1984, resulte gratificante para el lector sensible.

EJL

Panamá, 30 de agosto de 2018

UNA TARDE APACIBLE

Isabel Herrera de Taylor

Yo soy aquel a quien atormenta el deseo amoroso

Walt Withman



Las nubes blancas, algodones flotantes, se movían lentamente en un suave coqueteo unas con otras en el cielo azul celeste. Magdalena las miraba de rato en rato y le gustaba esa danza que tenían entre sí, para luego juntarse y formar una nube más grande.

Una brisa fresca atravesó el pequeño jardín del restaurante, jugaba con las hojas de la única palmera, sin frutos, que se destacaba en el lugar. Unos helechos y *lenguas de suegra* acompañaban a la palma; todo era verdor y ni una flor, por lo que el lugar mantenía una belleza fría. Entre las mesas había el movimiento de los meseros solícitos que atendían a los pocos clientes presentes en el comedor. A Magdalena una sensación de pereza la invadía. ¿Sería

porque el viento no era suficiente para disipar el calor que la inducía a sentir un suave letargo?

Unas tres mesas más allá, dos hombres conversaban. Magdalena ahuyentó el sopor. Los miró haciendo un inventario de posibilidades: ¿Estarían hospedados en el hotel? ¿Serían del país? ¿Extranjeros, como ella? ¿Solteros? Una segunda ojeada le despertó cierta emoción y desengaño. No le pasó inadvertido lo que allí ocurría: Un roce discreto de las manos, una mirada larga, demasiado para su gusto personal. ¡Ardiente! Nada mal le vendría que la mirasen así. Suspiró. Se sintió sola.

Sacó un espejo del bolso y se miró: ¡Realmente era una mujer guapa! Pero estaba sentada allí sin un hombre, fuera este amante o esposo. ¡Sola, irremediamente sola! Soltó otro suspiro y desvió la mirada. Era mejor gozar la caricia del viento en su rostro y en

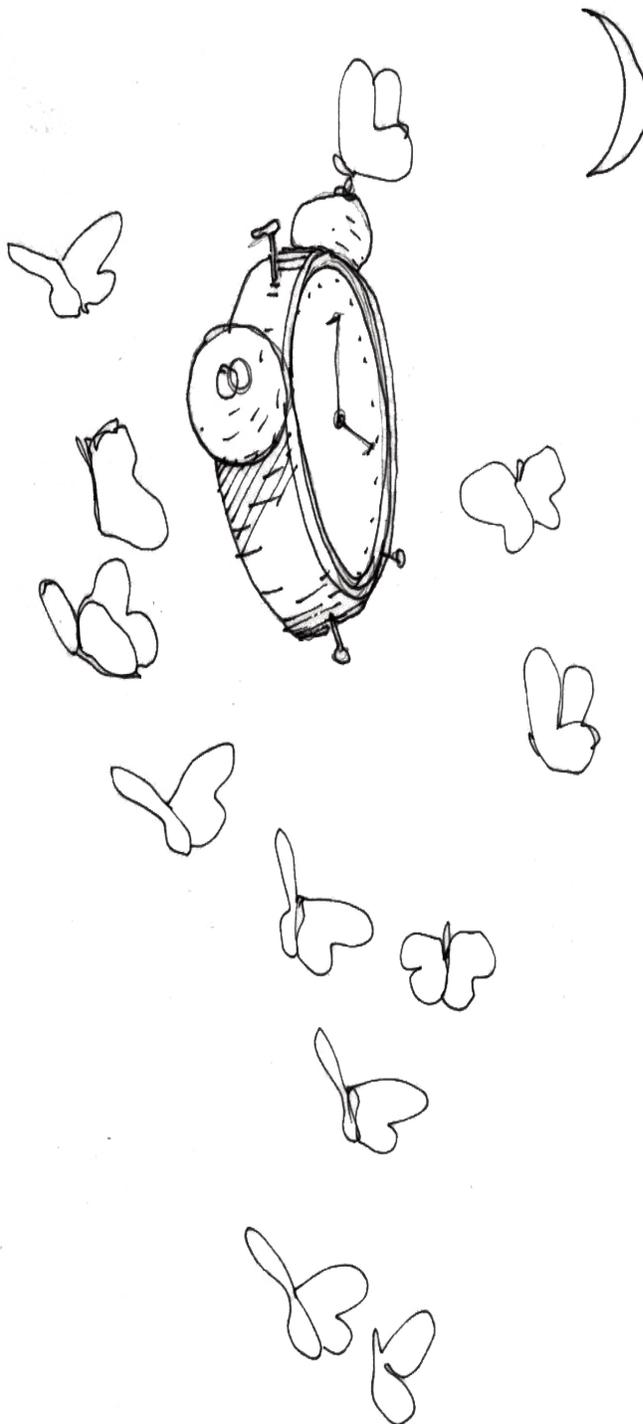


sus brazos. Para no volver sobre la pareja que le causaba curiosidad, contempló la solitaria palmera que retando a las nubes rompía la armonía de un jardín de follaje.

Al volver a ojear a la pareja feliz, un sentimiento ácido la invadió poco a poco. Cómo le gustaría sentir el roce de las manos que preludian un encuentro más a solas, en un sitio más privado. Llenarse del sentimiento que antecede a los besos e inicia un camino hacia jardines más íntimos, a ese lugar tan resguardado del cuerpo. ¡Ella era la que debería recibir las miradas y los roces prolongados! ¿A dónde irían después?

Una oleada de sentimientos encontrados la invadió, su cuerpo se preparaba como si fuese ella quien recibía las caricias disimuladas. Su cuerpo ardía. Se levantó retirando la silla con maneras bruscas, tropezando. El ruido rompió la armonía del lugar y las nubes al igual que ella se retiraron. Las conversaciones cambiaron de tema, las manos se alejaron cada cual por su lado.

Isabel Herrera de Taylor. Licenciada en Ciencias por la Universidad de Panamá. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2003, de la Universidad Tecnológica de Panamá. Fue profesora asistente en Bioquímica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá. También ejerció la docencia en la Universidad Latina de Panamá como profesora de Química. Obtuvo el Premio "Maga" de Cuento Breve 2004, por su minicuento "La mujer en el jardín". Ha publicado cuentos en la revista "Maga". Tiene dos libros de cuentos publicados: **La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres** (UTP, 2005) y **Esta cotidiana vida** (9 Signos Grupo Editorial, 2007).



LITERATURA Y DESEO FEMENINO

Nathaly Ponce Ulloa
(venezolana)

*Le encanta como se mueve y
las vulgaridades que dice;
hay mujeres demasiado
quietas y decentes.*

Gisela Kozak Rovero

La subjetividad, y con mayor énfasis la subjetividad femenina, ha alcanzado un estatus privilegiado en estos tiempos. Encontramos una lectura subjetiva de la existencia, con la amplitud del término, que cada vez toma mayor auge, invadiendo el espacio filosófico, artístico y literario. Esto ha traído consigo una vuelta al psicoanálisis, y algunos de sus postulados principales que dan cuenta de la subjetividad del ser humano, y de lo íntimo (Torres, 1999). En la expresión artística actual, encontramos una tendencia a mostrar la intimidad del ser humano, la intimidad sexual en todas sus expresiones y diversidades, a todo lo cual las mujeres no han sido ajenas.



Sigmund Freud trajo al ámbito teórico lo que hasta entonces había sido una historia privada, revelando aspectos del ser humano antes no mencionados, en especial de las mujeres, que con mayor frecuencia acudían a su diván. Así, el deseo femenino fue para Freud (1932) su mayor enigma, dejando una vasta teoría sobre el ser humano, que sin embargo no pudo dar cuenta de ¿qué quiere una mujer? No obstante, esta pregunta excluyó desde el inicio a las mujeres, pues no fue una cuestión formulada por ellas mismas y en aquel momento tampoco fueron escuchadas en sus indagaciones acerca de las respuestas más adecuadas. Como refiere

Teresa De Lauretis (1989), la pregunta freudiana era más bien ¿qué quiere una mujer para los hombres? Y así, tanto la pregunta, como la respuesta de Freud y todos los postulados teóricos que han devenido de dicho enigma, estuvieron y están dirigidas a los hombres.

Desde el espacio literario, Virginia Woolf (1929) ya había dado cuenta de ello al estimar que las mujeres han sido el objeto –más no el sujeto– de estudio más interesante de la historia de la humanidad. Como se ha puesto de relieve con la teoría feminista, las mujeres, su sexualidad y más aún sus deseos, tenían que ser indagados

y medidos, y con ello controlados, a través de los discursos sobre y acerca de la sexualidad, el deseo y el placer (Mirizio, 2000).

En la sociedad occidental, centrada en lo masculino, el deseo de las mujeres ha sido coartado; lo femenino y su sexualidad han sido considerados en relación con el hombre, y al servicio de éste. No obstante, el formularse una pregunta acerca de la sexualidad y el deseo femenino implica en sí una cuestión de deseo, de deseo de saber acerca de la sexualidad femenina. Ahora, son las mujeres las que toman la palabra para hablar sobre su sexualidad y su deseo.

Para entender la sexualidad, así como la relación que existe entre el discurso y el deseo, los aportes de Michel Foucault son de vital importancia y siguen vigentes. Siguiendo su planteamiento en *Historia de la sexualidad 1, La voluntad del saber* (1976), la sexualidad puede entenderse como el producto y el productor del discurso de y sobre la misma sexualidad. En tal sentido, el sexo y el deseo

no surgen como algo natural del ser humano, hombre y mujer, sino que es un asunto discursivo, de lenguaje, como instrumento ideologizante. Es el lenguaje el que nos cincela; es por ello que la literatura aparece como un espacio de creación y develación, vital para las mujeres y todos aquellos que bordean las posiciones más tradicionales.

En su planteamiento, Foucault denomina “tecnologías del sexo” a todas aquellas técnicas que permiten maximizar la vida, desplegadas por la burguesía del siglo XVIII, con el fin de asegurar su supervivencia como grupo privilegiado y mantener su hegemonía. Con ellas, surgen cuatro figuras que se privilegiaron como objetos de conocimiento: la sexualidad de los niños, el cuerpo femenino, el control de la natalidad, y la psiquiatrización del comportamiento sexual anormal como perversión. Poniendo

el énfasis en lo que es el objeto de interés en esta oportunidad, Teresa de Lauretis refiere que el cuerpo femenino ha sido una de las figuras u objetos de conocimiento predilectos por los discursos científicos, médicos, religiosos, artísticos, literarios y, en fin, de la cultura popular y académica.

Más allá de Foucault, de Lauretis refiere que el género, como categoría, puede entenderse como una representación, es decir, como un conjunto de efectos producidos en los cuerpos, las relaciones sociales y el



comportamiento, que implica una tecnología política compleja. A esto es a lo que llama “tecnologías del género”, partiendo de las “tecnologías del sexo” de Foucault. Esto es lo que explica que un ser humano de sexo biológico femenino se convierta en mujer, y que esto haya permanecido intacto en los aparatos ideológicos del Estado – tomando el concepto de Althusser–, a lo largo de los siglos.

En sus palabras: “La representación del género es su construcción (...) todo el arte y la cultura occidental es el cincelado de la historia de esa construcción” (1989; p. 9).

El sistema simbólico, es decir, el sistema sexo-género, resulta ser entonces un aparato semiótico, que asigna significados a los individuos de su sociedad. Asumirse hombre o mujer implica asumir esos significados. Uno de estos significados radica en que la sexualidad es concebida como un atributo o propiedad del hombre, mientras que la sexualidad de la mujer se ha definido en contraste, siempre en relación con lo

masculino. El hecho de que la representación social del género afecta, en tanto lenguaje, la construcción de la subjetividad, y viceversa, abre la posibilidad a los individuos de una auto-determinación.

Por tanto, si la construcción de la sexualidad y del género son el producto y el proceso de su representación, también lo es el deseo, así como cualquier otro factor estructurante de la sexualidad. Partiendo de ello podríamos afirmar que el deseo es el resultado y el procedimiento de su representación. La sexualidad y el deseo de la mujer, así como el del hombre, pasan a través del lenguaje. Por tanto, el discurso literario puede concebirse como el resultado y el procedimiento de la representación de la mujer, su sexualidad y su deseo, para (re)producir lo tradicional o para deconstruirlo (Mirizio, 2000).

En relación al discurso literario, específicamente, Rosi Braidotti (2002) refiere que el “devenir

mujer” marca el umbral de un “devenir minoritario” que, por lo tanto, atraviesan la animalidad, entran en el “devenir minoritario” y va más allá. Braidotti parte del concepto “devenir” de Deleuze, incorporando y rescatando el tema de la diferencia sexual. Con ello la autora sugiere la posibilidad de que el devenir minoritario que supone el devenir mujer, lejos de marcar la disolución de las identidades, revela por el contrario diversas formas sexualmente diferenciadas. Profundizando en su argumento la autora refiere que, desde una perspectiva psicoanalítica, podemos entender que el cuerpo es disciplinado, es socializado en un comportamiento “normal”, que resulta



aceptable en términos de objetos de amor y de modos de expresión del mismo, y agrega que:

Yo formularía este proceso psicoanalítico señalando que la identidad es codificada sobre el cuerpo mediante un proceso de cartografía psíquica que funciona adscribiendo ciertos órganos a ciertas funciones específicas para producir secuencias operativas: (...) deseo/objeto/apropiación/placer (...) Los órganos y las funciones, así como los deseos y los objetos “apropiados”, necesitan “componerse” en ensamblajes socialmente aceptables. (...) yo describiría el placer como una tinta invisible que escribe la cadena de significantes sobre la materia sensible de la carne. (2002/2005; p. 154).

En tal sentido, todo aquello que no cumpla con las secuencias operativas estipuladas como “normales” socialmente será una anomalía, una perversión. No obstante, el discurso literario, como lenguaje que hace cadena de significantes, permite escribir o más bien re-

escribir el cuerpo femenino y el placer. Esto permite ampliar las posibilidades inteligibles acerca de la identidad del ser humano, y en especial acerca del devenir mujer, siempre minoritario en nuestra sociedad. Lo que se busca es la desmitificación de la subjetividad unificada concernientes al rol y al status de la feminidad. Es necesario continuar con la discusión de las formas múltiples de la feminidad (De Lauretis, 1989).

La literatura revela un cambio en la representación de lo femenino y la mujer, con la aparición de personajes cada vez más complejos, y con protagonistas que se alejan de lo normativo para interrogarnos acerca de nuestra identidad como mujeres u hombres. Las novelas creadas por autoras latinoamericanas como Clarice Lispector, Diamela Eltit, Elena Poniatowska, Rosario Castellanos, Luisa Valenzuela, Mónica Lavín, Ana Teresa Torres, Laura Antillano, Antonieta Madrid, y Gisela Kozak, entre muchas otras, dan vida a personajes femeninos que se alejan en menor o mayor medida de la

representación tradicional de la mujer asociada a lo cotidiano y el hogar, los paseos, el matrimonio, la familia y los niños, la cocina, los vestidos, bailes, la belleza, la abnegación, el sacrificio, y el amor como hilo conductor de su vida. La literatura ha posibilitado otra construcción con respecto a “La mujer”, visibilizando la falsedad que contiene la representación tradicional como si todas fuesen la misma, “La mujer” como una categoría generalizable, sin respeto por las diferencias y la posición de sujeto de las mujeres, en plural.

Las mujeres que escriben, y las mujeres que aparecen en la literatura, ya no son las mismas que las mujeres de la literatura escrita por hombres. Nunca antes la novela había sido un espacio tan privilegiado para mostrar las profundidades del deseo, más allá del acto sexual. El deseo de las mujeres se ha convertido en un tema central en la actualidad, para el arte del espectáculo de la intimidad, pero no de cualquier intimidad, sino sobre todo de la intimidad sexual. Así, se abre la posibilidad

de establecer un puente, hecho de palabras, entre el arte, el lenguaje, el deseo y el cuerpo femenino.

Referencias bibliográficas:

Braidotti, Rosi. (2002/2005). *Metamorfosis: hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Ediciones Akal.

De Lauretis, Teresa. (1989). *La tecnología del género*. Recuperado en junio 02, 2012, de http://www.laranyacreacio.net/paginaweb/Tecnologias_del_Genero.pdf

Foucault, Michel. (1976/2010). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

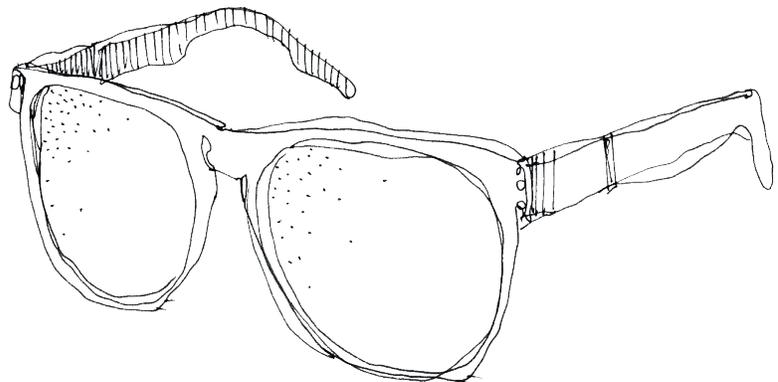
Freud, Sigmund. (1932). *La feminidad*. En *Obras Completas* (1968), Vol. II (pp. 931 - 942). Madrid: Biblioteca Nueva.

Mirizio, Annalisa. (2000). *¿Qué quiere una mujer?: Feminismo y crítica del deseo*. En: Serraga, Marta y Carabí, Àngels (Ed.), *Feminismo y crítica literaria*, (pp. 95-119). Barcelona, España: Icaria editorial.

Torres, Ana Teresa. (1999). *Elogio de la intimidad*. En: Torres, Ana Teresa (2000), *A beneficio de inventario*, (pp. 305 – 317). Caracas: Editorial Memorias de Altagracia.

Woolf, Virginia. (1929/2006). *Un cuarto propio*. Santiago de Chile: Editorial cuarto propio.

Nathaly Ponce Ulloa (Caracas, Venezuela, 1984)- Licenciada en Psicología, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello, con Maestría en Estudios de la Mujer de la Universidad Central de Venezuela y Maestría en Educación con Especialización en Psicopedagogía de la Universidad Interamericana de Panamá, donde también cursó el Postgrado en Docencia Superior. Es Psicoanalista y miembro de los Foros del Campo Lacaniano. Se ha interesado por las relaciones entre el psicoanálisis, los estudios de género y las manifestaciones culturales como el arte y la literatura. Ha publicado artículos en revistas especializadas como la Revista Venezolana de Estudios de la Mujer, del Centro de Estudios de la Mujer de la UCV y la Revista Azotea, del Foro del Campo Lacaniano de Venezuela y la Revista panameña de cultura Maga de la Universidad Tecnológica de Panamá.



EL RETORNO

Danae Brugiati Boussounis



*Un lugar... donde se han muerto hasta los
perros
y ya no hay ni quien le ladre al silencio...*

Juan Rulfo

Caminaban tan lentas y tristes como si marcharan hacia Luvina.

—Ni una nubecita, y nada de agua, igual que antes —dijo Justina, pasando por su frente sudorosa el trapo que llevaba en la mano izquierda.

—Todavía nos falta bastante y no veo a nadie. Esto está lo mismo —fue la única respuesta que vino de Nadina, y se detuvieron un instante a recobrar la respiración.

Iban vestidas pobremente y de sus huesudos hombros colgaban sacos a manera

de valija. Se cubrían las cabezas con pañuelos amarrados atrás para protegerse del sol y evitar que el viento caliente y constante enredara más sus cabellos que parecieran escaparse en opacos mechones canosos. Sobre el pañuelo, sombreros que en ocasiones usaban para abanicarse y disminuir la sensación de ahogo provocada por el inclemente calor. Calzaban zapatos gastados que ahora tenían el color de la roja arcilla que pisaban.

Alguno que otro matojo reseco sigue siendo testigo de la sequía. El sendero, sin señales ni rumbo, está definido por otros antiguos pasos. Sus caras, ajadas de tiempo y miseria, sólo dejaban ver el cansancio que habitó en ellas desde la adolescencia; frágiles como las hojas de las plantas de la árida región donde habían nacido. El polvo, sin la barrera de los árboles, se levantaba en el viento constantemente y lo cubría todo, azotaba el semblante, se metía por las fosas nasales, en los ojos, escocía las gargantas y se adentraba hasta en el pensamiento, a la vez que envolvía cada pliegue de la indumentaria y de la piel. En la asolada extensión se topaban a ratos con huesos blancos de animales muertos hacía mucho tiempo, cuya luz sobrenatural no les causaba sorpresa ni les asustaba porque estaban acostumbradas a este tipo de imágenes. No hablan mucho, pero, de vez en cuando, por entre sus hundidos labios se escapan los pensamientos.

— ¿Te acuerdas, Justa...? Así mismo quedaron los animales del taita. Pobrecitos... me parece que los oigo cómo mugían cada vez más débiles.

— Ajá —asintió Justina unos pasos más atrás. —Pero para qué acordarse. No te canses. No se puede hacer nada.

Aquel año en que se fueron la sequía había sido tan extrema que el calor, la sed, el hambre,

el polvo, obnubilaban la visión y la conciencia. Los pájaros dejaron de cantar, la tierra pelada se agrietó. Todo tenía el dorado color del último reflejo de la lámpara antes de apagarse. Algunos otros pobladores, muy pocos, siguieron adheridos a la tierra como árboles viejos de raíces profundas, tercos y malhumorados. Los que allá permanecieron fueron más fuertes que las bestias; no sucumbieron al hambre ni a la permanente sed. Se agostaron los sembrados, la hierba, los árboles. Iban desapareciendo los pequeños animalitos, los insectos. Se adelgazaron las quebradas y los ríos hasta convertirse en charcos de lodo que finalmente se secaron dejando la tierra convertida en moribunda piel llena de costras.

Nadina y Justina no tenían con quién compartir la tristeza del hambre y la miseria. Ésta, su única heredad, la habían compartido con los hijos y los pobrecillos solo habían sido desde sus vientres seres enfermos, débiles, víctimas de aquella sequía que estaba por dentro y por fuera. Estas mujeres y sus hijos habían nacido en años malos y su carencia de pan, de caricias, de ternura, les venía de antes, de sus madres y de sus abuelas. La escasez de agua degradaba sus existencias de generación en generación.

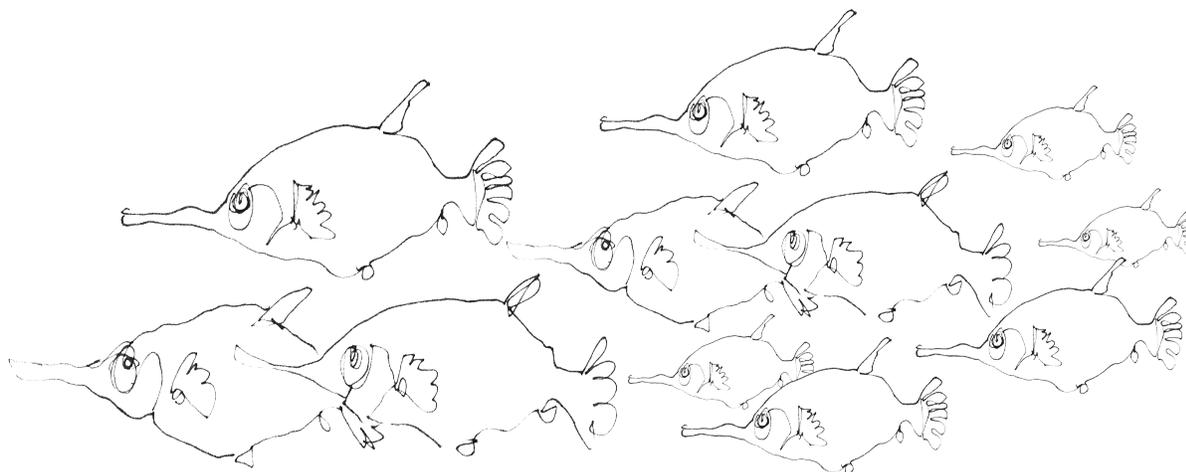
Ya antes de que se fueran, el rancho tenía la apariencia de que hacía tiempo allí no vivía nadie; se les había adelantado la imagen de la desolación. De vez en cuando un mirlo solitario traducía la plegaria de los hombres que rogaban por lluvia... pero muy de vez en cuando.

— ¿Te acuerdas de cuando nos fuimos?
—Volvió a decir Nadina. —El camino iba de bajada y pesábamos menos; el lastre lo llevábamos para dentro, los pies se movían más rápido.

Solo el silencio amargo vino de Justina, acompañado del calor y el viento.

Su mano lenta y reseca subió hasta su frente para enjugar el sudor y sostener la pena del recuerdo. La amarga huida del dolor agudo y determinante las empujó a los caminos de su peregrinación. Su calvario no fue de subida; la cruz bajó con ellas por la ladera. Allá atrás quedaba lo único que había sido suyo y que libremente habían dejado ir. Toda otra carga era inútil.

—Sí, ahora regresamos a la tierrita que entonces era de taita, y donde creímos que la cosa iba a mejorar...



— ¿Te acuerdas de cuando nos metíamos al bebedero de Ño Juan y nos sorprendieron sus peones? Tuvimos que correr hasta la parte de atrás de la casa porque nos querían matar.

—Cállate ahora —dijo Justina— y dame la tula para beber un sorbo. Tenemos que cuidarla porque no hay pozo más arriba.

Se sentaron sobre unas piedras a descansar las piernas adoloridas. Tomó cada una un sorbo y humedecieron los paños que llevaban sobre sus cabezas; se abanicaron con los sombreros. Permanecieron en el elocuente silencio que habían compartido desde siempre. Se levantaron y continuaron camino adelante, hacia el regreso.

Al acercarse, el recuerdo del sacrificio compartido se hacía más pesado. Sus hijos, de pocos meses, solo habían llorado desde que nacieron hasta aquella noche en que ellas decidieron acabar con su sufrimiento. Sus llantos de hambre caían como cera caliente sobre sus corazones. Los habían colocado sobre las precarias colchonetas hechas de viejos retazos de ropa, rellenas con paja que habían recogido en los arrozales. Su llanto, su hambre, su impotencia, no se oyó más. Parecían dormir, y por primera vez sus caritas tenían el aspecto de rostros infantiles. Se mantuvieron en vigilia toda la noche y al amanecer avisaron a los vecinos.

—Muerte por causa de la pulmonía — dictaminó el representante de la ley, y así parece que lo escribió, sin siquiera examinarlos.

Tales menesteres se daban con premura y sin mucho detalle, rutina indolente para los hijos de esta gente ignorante y sucia que no merecía... bueno, que no había merecido atención cuando vivían, mucho menos ahora que habían muerto.

Los policías que llegaron con el personero habían traído un latón de agua para que lavaran los cuerpecitos. Ceñuda y decidida, Nadina sacó de una lata que tenía arriba en el jorón dos semillas y dio una a Justina:

—Necesitábamos agua antes —le había dicho. —Ahora tú y yo la usaremos para sembrar estas semillas con ellos. Las recogí una vez solo porque me parecieron bonitas.

Siguen las dos mujeres hacia la cresta de la próxima colina. El camino no es tan inclinado y el polvo ahora es blanco. El atardecer va poniendo tonos sepia en el paisaje. Ellas aligeran su marcha. En el último recodo ven aparecer los escombros de lo que fuera aquel rancho que cobijó su existencias. Ni siquiera se molestan en buscar entre ellos porque saben que no hay nada que les consuele o les traiga algún recuerdo agradable. Se acomodan en el suelo cerca de un horcón que aún está en pie. Cuelgan sus sacos y duermen sin sueños bajo un cielo desprovisto de luna, en una noche apenas un poco más fresca que el día y con el viento igual de terco.

Amanece sin nubes ni pájaros. Se disponen a recorrer el tramo que las trajo hasta aquí. Inician el ascenso sin palabras, porque no las necesitan. Después de un trecho largo, su respiración se hace más ansiosa y corta. Las domina la duda, el ansia y... sí, un reflejo de esperanza.

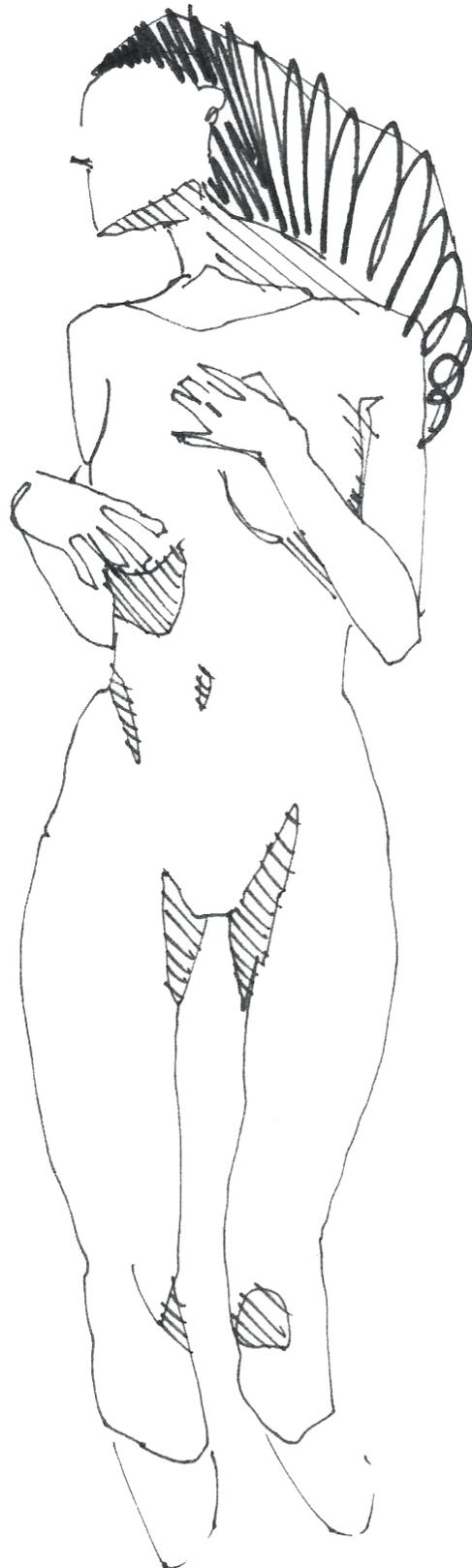
El camino termina y se detienen ante el impacto de lo que contemplan sus ojos. Dominando la cima del cerrito se levantan dos hermosos árboles de grisácea corteza rugosa, agrietada en la base y bastante lisa en las partes más altas. Ramas gruesas y largas se extienden en todas direcciones. No pueden ver las raíces, pero se miran con la certeza de que, profundas

y vigorosas, se nutren de los cuerpecitos que ellas depositaron allí.

La mañana dibuja juguetonas sombras bajo la copa de los dos únicos árboles que trágicamente se levantan a la vida y confrontan la sequía: un algarrobo y un corotú. Las han estado esperando en la sola forma de vida que ellas les dieron.

**Tomado de “En las riberas de lo posible”, el duende gramático, Panamá, 2016.*

DANAE BRUGIATI BOUSSOUNIS. (David, Chiriquí, 1944) traductora, docente, escritora y promotora cultural. Estudios universitarios en Panamá, Grecia, España y Canadá. Profesora de idiomas en Grecia, Estados Unidos y Panamá. Estudió dos semestres semiología y traducción con el famoso semiólogo y escritor italiano Umberto Eco. Ha publicado cuentos y artículos en *El Diplomático* (Panamá), *El Sol de Atenas* (Grecia), *Maga* (Panamá), *Panorama de las Américas* (Panamá), *La Zebra* (El Salvador). Antologías de cuentos de Editorial Benma (México) y “Escenarios y provocaciones” (Antología, Panamá y México, 2015). Como productora, subió a escena en el Teatro Nacional el oratorio “Axion Esti” de Odisseas Elytis y organizó la Semana Nikos Kazantzakis en la Universidad de Panamá. Ha publicado “**Pretextos para contarte**” (cuentos; Foro/taller Sagitario, 2014; 2016), **Textos luminosos** (ensayos; Mitosis, 2016) y **En las riberas de lo posible** (cuentos; el duende gramático, 2016).



TRES POEMAS

David Ng

SEA WITCH

*“El Sea Witch trae los primeros
705 trabajadores chinos a Panamá”
Panama Herald, 1 de abril de
1854*

Hoy dejo mis arpegios con los miedos
que anclaron en el tiempo mis aladas.
Dejo los mapas ebrios en mi rastro:
el beso que se planta en yerma exigua.

Se hincha el velaje y parto sin mochila,
la nave está colmada en ilusiones
cuya dieta es el hambre de trabajo:
las tierras donde el frío no lo quema.

Hay días sin el péndulo en las olas
y lunas que no alumbran la cubierta.
Hay setecientos cinco rostros flacos.

La brisa nos acerca a nuestro sueño:
comer aquella fruta que perdura
y hacer de la semilla nuestra casa.

UNIDOS

*“Un hilo rojo invisible conecta a aquellos
que están destinados a encontrarse.”*

Creencia popular oriental.

Mariposa monarca, golondrina,
yo caribú de paso en el paisaje.
Somos aves pelágicas en vuelo,
somos itinerarios sin destino.

Tú naciste del río de los nimbos
que dan vida a los árboles y piedras.

Yo quizás del manjar de los volcanes
que incendia el paladar de algún arbusto.

¿Cómo pude encontrarte entre la bruma
del mar que hacen los astros allá arriba?
¿Por qué fueron tus manos de

CORONACIÓN

Roberto Pérez-Franco



a Vielka Urriola

Vestido en brocal de oro y seda roja, el joven heredero espera. Tras las paredes talladas en madera de rosa, oye la voz de su Maestro. La investidura requirió dos horas, incluyendo una entera para entretejer sus largas trenzas con el dragón de la corona. La puerta se abre y el Maestro le saluda con una leve reverencia.

«Por doce años has sido preparado, Chao-Ping, para este día. Dominas ya las ciencias y las artes del gobierno, la diplomacia y la política. Pero antes de que puedas acceder al trono de tu padre, deberás aprender cinco lecciones vitales, que te servirán bien durante tu reinado».

La ancha cortina de seda virgen cae, y por un momento el joven heredero contempla frente a sí el espejo ilusorio de una imagen,

que al moverse delata que no es suya. Otro, de la misma edad, figura y rostro, igualmente ataviado con el manto y joyas del Imperio, le contempla de frente, asombrado.

«¿Quién eres?», preguntan ambos, casi de una voz. El Maestro sentencia, con brazos abiertos hacia los dos: «Lección primera: el Emperador sabe que hay respuestas que solo llegan con el tiempo».

Con su bastón de cerezo seco, el Maestro golpea la puerta: dos eunucos traen una pequeña mesa, con un tablero listo para el juego. Un suave gesto les basta y ambos jóvenes se sientan, frente a frente, en silencio. Por una hora solo se escucha el suave golpetear de las piezas sobre la madera. Calladas preguntas se cruzan sobre las cuentas blanco y negro. El otro, ansioso, al saber la derrota inminente, concede con una sutil venia. Ambos se levantan.

«Hermosa y reñida batalla», elogia el Maestro. «Lección segunda: el Emperador pondera con calma su estrategia».

Otro golpe del bastón hace volver a los eunucos, con dos sables. El vencido es el primero en desenvainar, y Chao-Ping se defiende. El llanto de los filos llena la recámara. Tras duro combate, el otro cae: el sable de Chao-Ping se planta, amenazante, sobre una palpitante vena del cuello.

«¡Noble y feroz combate! Lección tercera: el Emperador sabe liberar y moderar su fuerza».

«¿Quién es él, Maestro?», vuelve a preguntar Chao-Ping. El Maestro calla, así que el otro responde: «Soy Chao-Kiang, hijo único del difunto Emperador Ying-Chao, y heredero al trono.» Una trenza, deshecha, se empapa en sus lágrimas. «Imposible», musita el heredero. «No tengo hermanos. Crecí solo en el lado

norte del palacio, sabiéndome heredero desde siempre». Ambos miran, agitados, al Maestro, que anuncia: «Lección cuarta: Hay verdades tan profundas que aun el Emperador desconoce».

En el gran salón, tras el portón de la recámara, se escuchan los llamados de los Mil Ministros para que el nuevo Emperador aparezca y sea coronado.

«Has demostrado, Chao-Ping, con tu sabiduría y fuerza, que eres digno heredero de tu padre. Es hora de hacer lo que debe ser hecho», indica el Maestro. Pero Chao-Ping no se mueve. Con el sable aun puyando la carne del otro, le pregunta: «Si eres mi hermano, quiero saberlo. Si eres mi hermano, quiero que vengas conmigo y seas mi consejero. Si eres mi hermano...» El otro, deshecho en llanto, reclama al Maestro: «El trono es mío... siempre lo ha sido. Me has traicionado. ¿Cómo podría aceptar ser un simple consejero de este impostor?».

«Lección quinta: el Emperador escoge con cuidado a sus consejeros», dicta el Maestro.



Tras el eco del bastón en la puerta, dos guardias entran, con un manto negro, y sacan al vencido envuelto y a rastras hacia el extremo sur del Palacio. «Si eres mi hermano, perdóname la vida», grita mientras se aleja. Cuando la voz se pierde tras las columnas rosa, el gran portón se abre y los Mil Ministros se levantan. Chao-Ping, pálido y sudoroso, ve por primera vez el trono en el gran salón, iluminado con lámparas rojas.

«Por doce años he aprendido a tus pies, Maestro, preparándome para este día. Nunca he dudado de ti, o de tu lealtad al Imperio. Dime solo una cosa, Maestro... dime si ese era mi hermano o un impostor, otra más de tus lecciones».

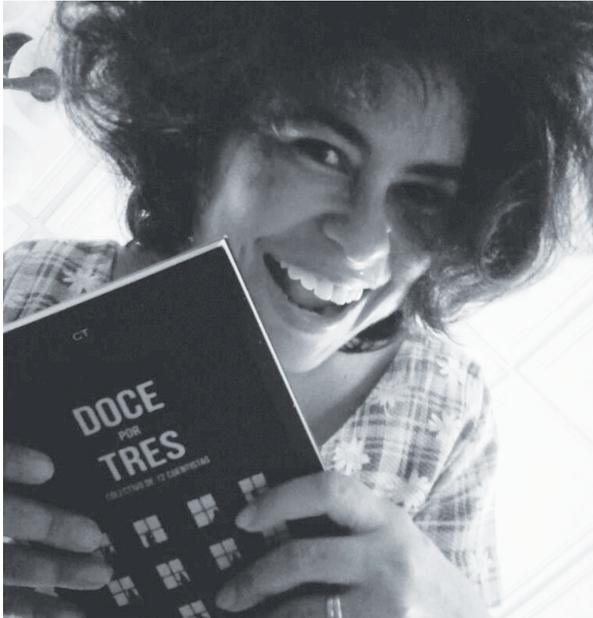
El Maestro hace una suave venia y le invita a avanzar. «Ya no hay más lecciones, Su Divina Gracia. Chao-Ping, es el nuevo Emperador».

2011

Roberto Pérez-Franco nace en Chitré (1976) y crece en la Heroica Villa de Los Santos. Egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá en 2001, completa una maestría (2004), doctorado (2010) y postdoctorado (2011) en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), donde luego sirve como investigador académico por seis años. Recibe becas de IFARHU (1997), Fulbright (2003), Barga (2003) y SENACYT (2005), y el UPS Doctoral Fellowship en MIT (2008). Escritor desde la adolescencia, ha publicado cinco colecciones de cuento: *Cuando florece el macano* (1993), *Confesiones en el cautiverio* (1995), *Cierra tus ojos* (2000), *Cenizas de ángel* (2006), y *Catarsis* (2008). Merece el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" en 2005. Ha publicado tres compilaciones de su obra: *Cuentos selectos* (2008), *Textos escogidos* (2008) y *Textos selectos sobre la Heroica Villa de Los Santos* (2008). Recoge su obra completa en *Tinta Seca* (2012). Desde 2017 reside en Melbourne, Australia, junto a su esposa e hija.

EL VIAJE

Aura Sibila Benjamín Miranda

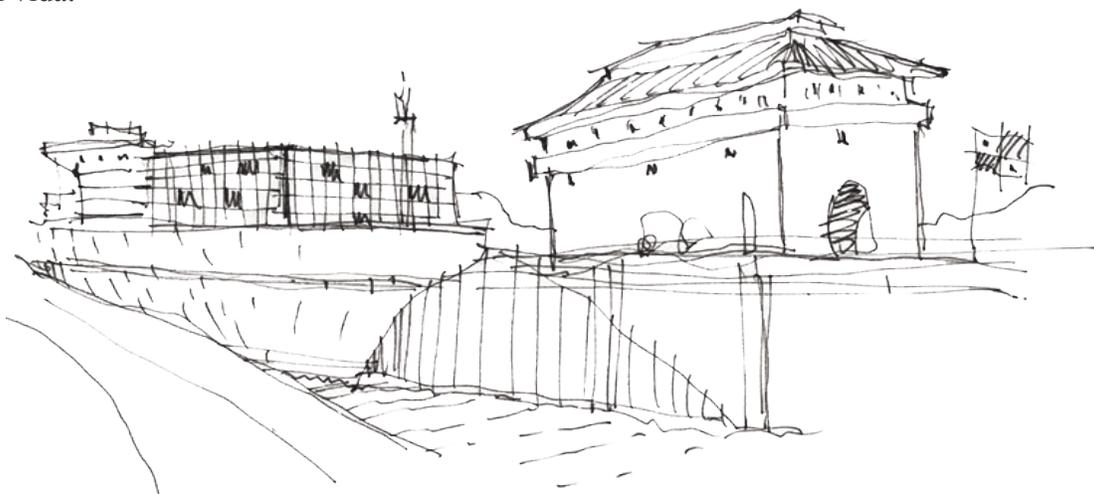


Nos gusta pasear mucho. Disfrutamos conocer todos los rincones de nuestro bello país. Hoy salimos tempranito, tanto que aún era de noche. Ya pronto aclara el día. Adelante, papá maneja y mamá va cantando. Mis hermanos están dormidos y yo permanezco despierta para presenciar la belleza del amanecer desde los cerros de Campana. La vista es maravillosa. Quiero que este sea el recuerdo más glorioso de mi vida.

Lo raro es que llevamos horas y todavía no termina de salir el sol. Recuerdo que cerré los ojos un segundo y respiré hondo, cuando sentí el pitazo desgarrador y profundo de la mula que venía de frente.

Cuando volví a abrirlos, noté que los árboles eran magenta, y todos nosotros teníamos unos extraños reflejos tornasolados en nuestra ropa, rostro y piel. Aún vamos de viaje, todos juntos, y mamá sigue cantando mientras esperamos la salida del sol, que al parecer va a durar una eternidad.

Aura Sibila Benjamín Miranda. Ciudad de Panamá, 26 de abril de 1970. Egresada de la Universidad de Panamá como Licenciada en Diseño Gráfico, en 2006; con Maestría en Dirección de Negocios con especialización en Mercadeo Estratégico en la Universidad Tecnológica de Panamá, en 2015. En 2017, participa del Programa de Formación de Escritores del INAC, donde toma talleres de Cuento y Poesía; y asiste a la XV versión del Diplomado en Creación Literaria de la UTP. Cuentos publicados: *Alacranes*, *Maga 81* (2017) y *Magia*, *Maga 82* (2018). Cursa el Profesorado en Educación Media Diversificada en la Universidad de Panamá. Forma parte del libro colectivo de cuentos **Doce por tres**, publicado en 2018 por Foro/taller Sagitario Ediciones.



FLORES MARCHITAS

Dionisio Guerra



Nos vimos por primera vez en el supermercado, entre las frutas y los vegetales. Nuestras miradas necias se encontraron enseguida y algo tibio me explotó en el pecho. No era una situación ideal la de ese momento, pero entendimos el destino que nos había tocado y decidimos llevar ese juego hasta las últimas consecuencias a pesar de que estábamos acompañados.

Ella caminaba detrás de su marido, un señor que parecía estar siempre ocupado. Yo, en cambio, arrastraba una carretilla con mi hija pequeña a bordo, aunque ella estaba embobada con un jueguito en el celular. Ninguno fue un obstáculo para el otro, así que decidimos sumergirnos en la lujuria gelatinosa que se despertó en aquel primer contacto.

Caminamos por los pasillos como en un baile coreografiado. A veces empujando las ruedas y otras simplemente, dejándonos ir.

Nos hicimos los difíciles, los exquisitos, los exigentes. Nos quedamos estancados en los pepinos tanteando, manoseando, acariciando y desacariciándolos, sólo para estar cerca, cerquita. Para sentir los roces y tener un motivo en común para mirarnos sin remordimientos.

Nadie nos vio agarrar los guineos con ambas manos y a nadie le sorprendió vernos oler la papaya. El momento era nuestro a pesar de ellos, a pesar del supermercado, a pesar del mundo. Entonces, una señora gordita llegó por su compra y nos separó. Nos miramos por encima de los limones con tristeza. Nos hizo falta esa cercanía en los tomates. En las naranjas ya nos extrañábamos. Pero volvimos a encontrarnos en los melones, después de la raspadura.

Pasamos a las uvas y fue como si se nos hubiese permitido un paraíso momentáneo. Un oasis temporal para amarnos a lo cortito. Para desbocarnos entre las rojas, las verdes y las moradas. Quisimos inventar otros colores para que ese momento no acabase, pero en las sin-semilla volvimos a alejarnos.

Las carretillas chirreaban tristes nuestra distancia. Volteamos varias veces para encontrar una posibilidad de estar juntos; en la cebolla morada tal vez, pero no fue posible. Nos perdimos. Pasaron veinte carretillas en el minuto siguiente, pero ninguna era la de ella.

Nuestro recorrido siguió distante. Yo estaba en los embutidos, cuando la vi doblar en la farmacia. Sin ella, los otros departamentos no tenían gracia. No tenían olores, ni texturas, ni nos tenían juntos. La despedida parecía definitiva. Se acabó, pensé. Se acabó.

Entonces escuché esa voz desde la alto. Esa voz que volvió a prender la chispa. Esa voz que nos permitió encontrar sentido a ese instante

de vida. Nos estaba hablando a nosotros, casi que decía nuestros nombres. Fueron palabras mágicas, musicales, inolvidables.

-Atención, Atención. Informamos a nuestros queridos clientes que todos los ramos de flores tienen diez por ciento de descuento.

Escuché aquello mientras una sonrisa iba apareciendo en mi rostro como un corrientazo. Dejé todo. Corrí por el supermercado espantando a la gente que a esa hora compraba tranquila y tenían nulo interés en la oferta que se acababa de anunciar.

Llegamos a la par. Todas las flores estaban marchitas, pero nuestro calor parecía revivirlas. Nos dijimos un hola simultáneo y sonreímos. Cada uno agarró un ramo y lo intercambió con el otro, y volvimos a sonreír. Dijimos nuestros nombres y prometimos volver a encontrarnos el siguiente miércoles a esa hora, sin nadie que nos estorbara. Regresamos a lo nuestro llevando en las manos flores casi podridas, pero sintiendo hormiguitas por todo el cuerpo.

Los días antes de la cita fueron duros, pero el consuelo del reencuentro sopesaba el desasosiego. El miércoles llegó pronto. Pero cuando finalmente se descubrió, el país amaneció con la noticia del incendio en el supermercado.

A la hora que llegué estaba en escombros, consumiéndose lo poquito que quedaba dentro. No nos encontramos, ni nos vimos. Ni con el rabito del ojo. La tragedia me sumergió en la tribulación más grande de mi vida. La sensación agrídulce de haber encontrado esa otra mitad y perderla para siempre.

Desde entonces voy buscándote de supermercado en supermercado. Tengo un sistema que cruza días diferentes y horas

aleatorias, pero aún ocurre. Sospecho que un día pasará, mientras tanto sigo llevándola a casa las flores más marchitas que me encuentre.

Dionisio Guerra. (1983) Periodista, bloguero y guionista. Ha escrito para medios como *Capital Financiero*, *La Estrella de Panamá*, *Revista Pauta* y *Revista IT Now*, realizando además colaboraciones para medios en Centroamérica. En los últimos nueve años ha estado dedicado al mundo de la comunicación digital, estrategias de comunicación para marcas y organizaciones tanto local como regionalmente. Organiza el *Social Media Day*, el evento más importante de redes sociales en la Latinoamérica. Estudió guion cinematográfico en la *Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños en Cuba* y trabaja en proyectos locales de cine documental. Ha tomado talleres de cuento con escritores nacionales y participó de las capacitaciones del Programa de formación de escritores del INAC en las modalidades de cuento, poesía y teatro. Egresado del Diplomado de Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá, versión 2017.



UN CUARTO PARA UNO

Ana Lorena Lasso

Adentrarse en el asunto de lo femenino y su relación con la ficción es un tema complicado. No solo existen diferentes aspectos que se podrían abordar desde el punto de vista antropológico, sociológico, psicológico, entre otros. Sino que abordar dicha temática implicaría un análisis retrospectivo de años de lucha por la reapropiación del discurso de la mujer. Una de las críticas con mayor trascendencia en el ámbito literario es la propuesta de Virginia Woolf, autora británica de gran renombre que forma parte del movimiento moderno.

Transitar caminos complejos no es extraño para esta autora, cuyos libros exploran el suntuoso mundo interno de sus personajes a través de un lenguaje fragmentado y lírico. Sin embargo, es en su ensayo “*Un cuarto propio*”, en donde la escritora expone la idea de que para escribir ficción, una mujer necesita dinero y un cuarto propio.

La tesis no suena tan radical si se examina desde la postura propia, pero

dentro del contexto histórico de la obra (publicada en octubre de 1929) abundan las desventajas: la escritura de mujeres era escasa, los derechos para las mismas en el plano educativo, económico y social eran cercanos a nada y el movimiento feminista, aún en sus primeros estadios, priorizaba al sufragio.

Lo cierto es que las revoluciones siempre han sido sobre pedir cosas que en la vida contemporánea se consideran como insípidas. Es en ello, en su meta, en donde se halla tanto la belleza como el desencanto de la transformación social: lo que hoy es dado, fue en su momento, un privilegio.

Esto no quiere decir que la guerra está ganada. Woolf (1929/1989) menciona en su libro que: “la mujer y la ficción son problemas irresueltos” (p.4). Esta afirmación todavía es vigente dentro del clima sociopolítico actual: en este preciso momento existen mujeres sin dinero, sin espacio propio, mujeres marginadas, negadas y oprimidas. De alguna forma, somos todas, pues ninguna se escapa de los sesgos patriarcales y heteronormativos. Aguilar afirma en el libro, *La inacabada revolución feminista*: “las viejas preguntas no

desaparecen; adquieren, al reubicarse, nuevas claves para ser reflexionadas” (2013; p.10).

Entonces, ¿podemos rescatar del ensayo de Woolf, aseveraciones pertinentes a la era de las redes sociales, la interseccionalidad, las violaciones en los campus universitarios, el derecho al aborto y el cine de superhéroes? La respuesta es: sí.

Las mujeres y el dinero

Primero, examinemos con detenimiento, el problema del dinero que no es necesariamente sobre dinero, sino sobre libertad y tiempo. La problemática surge desde el capítulo introductorio de “Un Cuarto Propio” en donde Woolf habla sobre el personaje ficticio de Mrs. Setton y su madre (y la madre de su madre) y de como todas han sido restringidas económicamente, creando una desventaja en comparación a sus esposos (y los hombres en general), la cual parece haber sido justificada por nada en específico, excepto el ser del sexo femenino. Esta tendencia a la categorización es condenada por Woolf y examinada por la antropología feminista, que asegura la noción de que

lo masculino y lo femenino son diferentes status con guiones predeterminados y establecidos por la cultura (Lamas, 1986, p. 180). En este sentido, ser Mrs. Setton (es decir, ser mujer) significa la completa dependencia de alguien “capaz”, alguien con acceso a estudios que facilitarían la comprensión básica de la económica y de la administración de dinero, en otras palabras: alguien “masculino”.

Estas aseveraciones no son justificadas por argumentos objetivos, sino perpetuadas por décadas de sesgos patriarcales, cuyo propósito implícito es disminuir el nivel de poder o de agencia de la mujer justificándolo con argumentos que aun se adhieren a las mujeres, por ejemplo la: “poca racionalidad” y “falta de juicio”:

*“Condicionadas en la edad
media*

Adoradas como diosas por

Idealismo de

Ofrecidas como sacrificio por

*Menos cabello en el cuerpo
que*

Vanidad de

La opinión de Shakespeare es

La opinión del Dr. Johnson es”

Estas son algunas de las oraciones que el personaje del Woolf coloca en su investigación sobre “la mujer y la pobreza”, todas provienen de exponentes masculinos (Woolf, 1929, p.29). Continúa afirmando que fueron escritos “desde el enojo y no de la verdad” (Woolf, 1929, p.33). Es lo mismo que Sor Juana Inés de la Cruz confronta en el inicio de su poema *Hombres Necios que Acusáis*:

Hombres necios que acusáis

A la mujer sin razón,

Sin ver que sois la ocasión

De lo mismo que culpáis.

A m b a s m u j e r e s dirigen sus escritos a las tendencias narcisistas de la predominancia masculina: el querer distanciarse de aquellos sentimientos intolerables de culpa, inferioridad y miedo proyectándolos en lo ajeno, en la mujer. Cuando los hombres dicen “la mujer es vanidosa”, esto es el resultado de un fallo en el reconocimiento de que dicha cualidad existe en ellos mismos.

Esta semilla paranoide implantada en la mente, puede tener grandes repercusiones a nivel social: el rico le teme al pobre, si cree que existe la posibilidad de que este pueda tomar sus pertenencias, el estado solo teme al pueblo si cree que este tiene poder y el hombre teme a la mujer, si siente que esta puede llegar a reconstruir las ideas sociales diseñadas para mantenerla encerrada. Y bien, en acto de defensa, desplaza lo que no puede procesar y usa esto como justificación para limitar a las mujeres y de paso, mitigar el peligro.

Woolf reconoce el efecto paradójico de esta escisión de género: la mujer que acepta el libreto predispuesto es inadapta para cumplir con todas las demandas socioculturales y aquella que desea liberarse es igualmente incapaz de vivir en sociedad, es una loca (Woolf, 1929, p. 35). Podríamos añadir que el efecto puede extenderse a los hombres, que bajo el patriarcado han aumentado en ellos los efectos de la represión emocional, el estrés y la violencia.

Los alcances de esta reflexión, trascienden el contexto de Woolf o de Sor Juana. Así como el personaje

principal del ensayo puede escribir y educarse debido a la herencia de su tía, los efectos del patriarcado actúan como una herencia cultural. Como resultado, encontramos retrasos relacionados a las mujeres y su posición en el entorno económico globalizado y capitalista que predomina en la actualidad. Si bien la lucha occidental se enfoca en desafiar los estereotipos de género, el *tokenismo* y romper el “techo de cristal”, ampliando las oportunidades laborales y cerrando la brecha de diferencias salariales (lo cual muchas veces implica, renunciar a lo “tradicionalmente femenino”). También se amplía la búsqueda de igualdad femenina, dando paso a los distintos trasfondos raciales, étnicos, religiosos, de orientación sexual y edad. Oxfam Internacional afirma que “A nivel mundial, las mujeres ganan un 23% menos que los hombres y, en los países en desarrollo, el 75% de los trabajos que ocupan pertenecen a sectores informales o están desprotegidos. “Además, 155 países tienen al menos una ley que limita los derechos económicos de las mujeres en comparación a los de los hombres. Entre ellos, existen

18 países en los que los maridos pueden impedir a sus mujeres que trabajen y 100 países en los que las mujeres no pueden desempeñar los mismos trabajos que los hombres.

La discriminación sistemática contra mujeres y niñas es causa y consecuencia de la desigualdad que genera la pobreza. Dentro de los testimonios encontrados en los artículos, se repetía la cuestión de la *decisión*. Aparentemente, una remuneración justa no sólo se vincula a menores índices de pobreza, sino a mayores oportunidades de decisión para mujeres, por ejemplo: menos matrimonios forzados para niñas o acceso a rangos de educación superior. Esta capacidad de decisión, que se relaciona con lo económico, es también lo que facilita la capacidad de escribir ficción o cualquier otra cosa que se desee escribir.

Las mujeres y la ficción literaria

Las mujeres parecen navegar el arte literario por un camino lleno de baches y contratiempos: primero por su falta de independencia económica, por la falta de agencia intelectual y por la

falta de experiencia. Y cuando se habla de experiencia, se habla de la palabra en su sentido pleno. No solo es necesaria la destreza académica para escribir (y de la práctica rutinaria), sino de la participación en el mundo.

Una vez más, y de manera paradójica, Woolf utiliza el cuento ficticio de la hermana de Shakespeare para demostrar que, el número de proezas literarias posibles para las mujeres que tienen la misma capacidad que sus contrapartes masculinos, se ve reducido por una libertad abatida. Esta libertad implica dos disposiciones mutuamente exclusivas, pero de igual importancia para el escritor: la capacidad de estar solo y la de estar con el otro. Si todos los grandes autores del canon literario como Tolstoi o Proust, estuviesen bajo las mismas condiciones que sus semejantes femeninas, entonces sus escritos también estarían reducidos a recuentos de su vida personal.

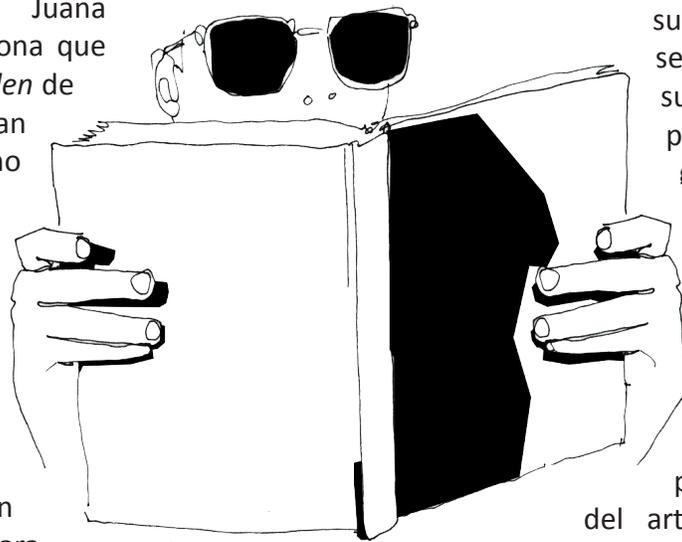
No solo esto, sino que la escritura tiene un significado simbólico, que va en contra de lo tradicionalmente femenino pues implica la liberación: tener dominio de lo que se dice y no se dice. La femineidad convencional se asocia con tener las

emociones “a flor de piel” y negar lo racional.

Esta noción podría, de igual manera, influenciar la postura de lo académico frente a los escritos de mujeres, que al no tener otra opción más que escribir desde su experiencia, quedan devaluadas frente al canon que asume que una novela es importante porque lidia con la guerra y no con la artista y su vida (Woolf, 1929, p. 74). ¿Qué pasa con las que escogen diferente? Juana Castro (2013) menciona que las autoras que *se salen* de la tradición y enfrentan otros caminos no trillados, suelen ser obviadas: “son demasiados cambios y de mas a da libertad como para que el mundo académico pueda tomarlas en serio”. Woolf declara que la escritora mujer ha sido discriminada por un sistema de valor artístico sesgado, que está más cómodo con aceptar a escritoras “más femeninas”, como Jane Austen.

Para Woolf, la literatura es un encuentro entre la vida y la no vida, confrontar a la abrumadora honestidad sobre la condición humana

en medio de aquello que no existe, pero no todas las producciones artísticas logran capturar precisamente todos los aspectos de la misma. Dentro de las novelas, Woolf encuentra una fuerte tendencia que afirma la idea de que las mujeres no se agradan entre sí. La falta de narrativas que hablen de sororidad y compañerismo femenino siguen siendo escasas dentro de la cultura popular



e incluso del alternativo (al menos no como tema central y no presentada de manera idealizada). Igualmente, se ven invisibilizadas las narraciones lésbicas que no son creadas para el disfrute masculino.

Al final de cuentas, Woolf propone que la mente creativa debe ser andrógina

(Woolf, 1929, p. 104), debe pensar no sobre su propio sexo, sino crear y comunicar desde la completud o la comprensión bisexual de la experiencia humana. Los propios personajes femeninos de Woolf, por ejemplo, aunque interesantes y multifacéticos, no son más que canales que llevan mensajes que trascienden a la cultura: la muerte, la vida, el malestar y la inconformidad son argumentos universales, filtrados por las percepciones subjetivas y experiencias sensoriales de un sujeto que ha decidido personalizar una amplia gama de emociones y circunstancias. Como Woolf afirma, la voz del autor es el resumen de muchas voces que le anteceden, ella pelea por una noción del artista que comparten otras pensadoras feministas como Simone de Beauvoir.

Por último, Woolf propone la idea de que encerrarse en una habitación puede ser la acción más liberadora, cuando es hecho por voluntad propia y más aún si es para ejercer el trabajo reflexivo que implica escribir o crear. Tavi Gevison, editora de la plataforma digital

para artistas adolescentes *Rookie* comenta que estar en el cuarto, de noche, es el mejor momento para escribir, porque “la mitad del mundo está dormido y es como estar solo sin sentirse solitario”. Lo que esta chica de 20 años escribe no es muy lejano a lo que Woolf propuso años atrás: la privacidad como la máxima expresión de libertad. Y es así como el manifiesto de Virginia Woolf se convierte en el manifiesto de cualquier artista porque pedir un cuarto y pedir dinero no es sobre pedir un cuarto o dinero, es pedir algo más grande, más primitivo y necesario: es implorar libertad, la cual ha sido negada por años a las mujeres, de diferentes maneras.

Esto no quiere decir que la artista debería tener menos dificultades o que se le debería darle todo, es más bien un simple análisis de porqué el camino de la mujer en el arte ha sido más estrecho. Si bien, propuestas como esta han abierto el paso para el abundante número de autoras y artistas magníficas que publican y producen en la actualidad, aún queda mucho por avanzar: las artistas son menos pagadas, sus obras menos valoradas económica y académicamente, y sus oportunidades menos

variadas. Lo último que esta serie de situaciones debe hacer es ahuyentar a las artistas de seguir sus empeños creativos, más bien deberían ser fuente de empoderamiento: confrontar a la sociedad es precisamente uno de los trabajos del trabajo del arte.

Las herramientas de esta era tecnológica, los avances y la disponibilidad de recursos han amplificado los alcances de la libertad de expresión, una clase de libertad que, sin importar el contexto, permanecerá intocable: “Cierra tus bibliotecas si quieres; pero no hay puerta, ni cerradura, ni cerrojo que puedas poner sobre la libertad de mi mente.” (Woolf, 1929, p. 76).

Referencias bibliográficas:

Castro, Juana. (2013). *La escritura de mujeres, un capital simbólico que no se hereda*. Recuperado de http://www.tendencias21.net/La-escritura-de-mujeres-un-capital-simbolico-que-no-se-hereda_a20098.html

De La Cruz, Sor Juana Inés. (1994). *Obra selecta*. Tomo I. Fundación Biblioteca Ayacucho: Caracas.

Federeci, Silvia. (2014). *La inacabada revolución feminista*.

Mujeres, reproducción social y lucha por lo común. Bogotá: Ediciones desde abajo.

Lamas, Marta. (1986). *La antropología feminista y la categoría de género*. Nueva Antropología. México.

Oxfam Internacional. (2013). *La desigualdad de las mujeres: lograr justicia de género para acabar con la pobreza*. Recuperado de <https://www.oxfam.org/es/la-desigualdad-de-las-mujeres-lograr-justicia-de-genero-para-acabar-con-la-pobreza>

Woolf, Virginia. (1929/1989). *Un cuarto propio*. Estados Unidos: Harvest Books.

Ana Lorena Lasso. Nace en la Ciudad de Panamá en el 26 de abril de 1996. Es graduada del Colegio Pureza de María con un Bachiller Bilingüe Científico - Humanístico con énfasis en Informática y Perito en Contabilidad. Actualmente, estudia su Licenciatura en Psicología en la Universidad Católica Santa María La Antigua, en donde ha sido miembro de la Asociación de Estudiantes por dos años seguidos. Esta es su primera publicación.

LA ESPUMA

David C. Róbinson O.



En la espuma los peces no pueden nadar, tampoco el más temerario de los bañistas. A mí, algunos, me acusan de ser como la espuma. ¡Ni agua ni aire! En realidad, soy sed mezclada con ambición. No les voy a decir mi nombre, les debe bastar con saber que mis peces sargentos pican con cualquier carnada, mis capitanes no perdonan a quien atente contra mi seguridad. En mi manto de agua dulce se ahogan las barracudas y los albatros no se adentran mucho en mi zona. Mis esclusas se abren de par en par al mundo, a sus barcos y banderas, y sobre todo, a sus riquezas. Sigán la ruta del dinero y conocerán mi nombre.

Quizá deba abandonar las metáforas zoológicas y ser un poco más preciso. La espuma es el limbo de la identidad. En ella,

las sardinas no saben de aletas y los azulejos desconocen sus plumas. Mis bosques guardan mi agua. Mi agua es mi porvenir. Y mi porvenir es al que todas las sardinas y todos los azulejos deben someterse. ¿Regresé a la biología? ¿Sí? ¡Perdón por volverme muy filosófico! De repente y solamente deba contar la historia, tal y como me la sé.

La idea de mi construcción nació íntimamente ligada a la avaricia. Sí, construcción, yo no fui parido, fui construido. Aunque poco a poco fui engendrado. Una idea, mi idea, la idea de mi posibilidad, fue forjándose de a poquitos.

Uno de los primeros que concibió mi probable existencia fue el hombre del barril, el amo de Leoncico. A propósito, bastante azuzaba el barbudo al perro para que se hartase con carne de indio. Hombre y can caminaron hasta la supuesta nueva mar. Con la pólvora quemaron muchas flechas y con el acero de espadas astillaron el madero de las lanzas. Cuando arribaron a las playas del sur, el oro del inca brilló en el horizonte y las barbas del adelantado se mancharon con baba espumosa. Así de grande fue su codicia. Así de fuerte comenzó a pensar en mí. Quizá pensó en las ventajas de cruzar la región en barcos y no caminando. Tal vez se imaginó que en la bodega de una nave cabe más oro que en las alforjas de un soldado caminante.

El falso descubridor y Leoncico no sabían de arte grabado en el dorado batido, sino de lingotes preciosos entretejidos con hilos de sangre y tripa. Alentaron a sus compinches a unirse al más grande de los saqueos. ¡Y fueron bien escuchados! El resto de los masacradores, en manadas de carabelas y jaurías de cascos, recalaron en tierra dorada. No les bastaron

las picas y los mosquetes, también trajeron la peste para poder apropiarse del plateado ajeno. Grande fue el asalto, pero más grande fue la baba de codicias; no bastaron los metales preciosos, también buscaron adueñarse de las almas.

Entre tanto atraco ubérrimo, allá en el puerto bello, comenzaron las ferias del paso del oro. ¡Tremendas fiestas! Había muchos encajes tejidos con las crestas del mar turbado por galeones, con la sal africana urdida en esclavitudes y con los burbujeos atrapados en el plasma de Atahualpa. Desde la aduana, sede de los festejos, se pobló con cruces la ruta del oro y la plata. Allí, los blancos barbudos crucificaron a negros e indios y los menos mulatos aprendieron a crucificar a los más mulatos. Para mi futura construcción la cosa se pintaba bien. Un fortín en el Pacífico, otro en el Atlántico; mi razón de ser quedó consolidada.

En medio de las ferias, los menos mulatos vendían carne de gallina a tres onzas de oro la libra; cuando pasaba la fiesta ni un solo huevo, ni una sola pluma, menos carne de pechuga; sólo hambruna para los mestizos creyentes en la buena fe de las ferias del paso del oro. Si tan siquiera las carcajadas del metal precioso ausente hubiesen llenado el vacío de sus estómagos.

Y a mitad del abandono, la noticia, que la tierra que hoy me aloja se independiza y por allí mismo se desindependiza. Así llegaron las guerras de los colores. Un cañonazo azul y conservador, una carga de caballería roja y liberal. Y el miedo a un negro libertario, alentó a los colombianos azules, y también a los rojos, a llamar al águila calva. Esa ave de rapiña trajo los fierros locomotorizados, verdaderas pesadillas para los chinos trabajadores, y ya no

fueron las cruces sino los cadalsos. También el suicidio y el opio hicieron de las suyas.

En nombre del beneficio del mundo engordaron las miserias. Y, ¿saben algo? ¿Quieren que les diga un secreto? El mundo es el bolsillo de unos cuantos filisteos libres de Sansón. Esos filisteos vendieron como esclava a la niña de trenzas de mariposas y dedos repletos de peces. Un francés fue el intermediario de la venta. Un tal cazador fue el comprador. Y los filisteos y el francés y el cazador violaron a la niña y llenaron sus cejas con grilletes.

Y por fin me construyeron entre las ingles de la niña. Abrí mis esclusas mientras el planeta era azotado por los cañones. Separé las tierras y uní las aguas. Crecí soplando la cornucopia y mis sonos se escucharon en todo el orbe. Soy el amanuense de los fenicios, el héroe de las flotas navales y el cauce del oro verde.

Soy la espuma donde se ahogan las simientes soberanas. Aunque a decir verdad, una vez me asustaron. ¡Mucho! Fue en un enero cuando las camisas blancas pretendieron conquistarme con sus banderas de tres colores. Al tercer día ya no había blancura sino veintiún paños teñidos de sangre. Y el color fue tan intenso, que el águila calva tuvo que volar lejos. El hombre del barril y Leoncico, en ese momento, deben haberse retorcido en sus tumbas.

De verdad que me preocupé. Pero no hay bien que dure cien años y al poco tiempo pasó mi desvelo. Las camisas blancas manchadas de sangre quedaron encerradas en un baúl. Les explico. Ya mi águila no es la calva, ahora es la arpía. Disculpen que vuelva a la zoología, pero creo que así, con una metáfora biológica, podré expresarme mejor. El hombre del barril, Leoncico, los filisteos, el francés y el cazador, y

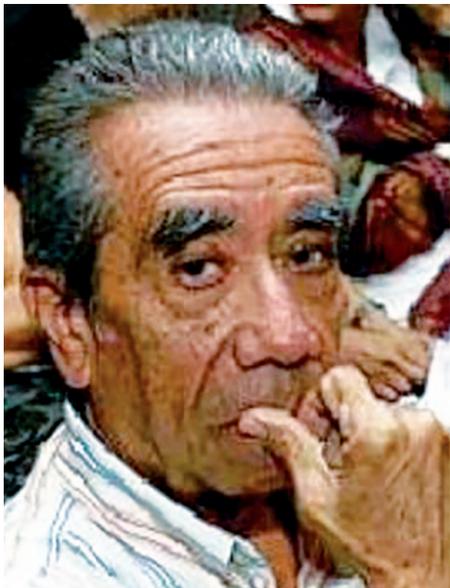
todas las barbas manchadas de baba avarienta y yo mismo, ya no tenemos de qué inquietarnos, es más, nadie tiene porque preocuparse; ¿saben por qué? Porque al fin y al cabo todas las águilas, todas, todas tienen garras...

DAVID C. RÓBINSON O. Nació en la Ciudad de Panamá, el 9 de noviembre de 1960. Licenciado en Biología y Profesor de Educación Media por la Universidad de Panamá. Ganador de la segunda versión del Premio "Diplomado en Creación Literaria UTP" (2012), así como el Premio Nacional

de Cuento "José María Sánchez" 2013, auspiciados por la UTP. Incluido en diversas antologías como cuentista. Libros de cuentos: **En las cosas del amor...** (INAC, 1991); **Vértigo** (UTP, 2001); **Resistencias (Maldiciones al desparpajo)** (2005); **Breviario simple** (UTP, 2013) y **Territorio de orugas** (UTP, 2014). Poemarios: **Soledades pariendo** (1995 y 2003); **La canción atrevida** (1999); **Confesiones de un poeta en una ciudad que odia** (2010); así como de una compilación de artículos breves: **Heurísticas- del instinto al oficio** (Ediciones 400 elefantes, Managua, 2007). También, preparó una compilación de cuentistas panameños: **Soles de papel y tinta** (Alfaguara, Panamá, 2003).

DOS MINIPOEMAS

Benjamín Ramón



Ni modo
Este es - quién lo duda -
un
país
a la intemperie

Para qué repetir qué es el hombre
si está dicho an idiot
full
of sound and fury
desde 1616
más
o
menos

Benjamín Ramón. Nació en la ciudad de Colón, en 1939. Fue director y editor de la revista cultural "Camino de Cruces". Incluido en diversas antologías de cuento y poesía. Poemarios: **Esta ciudad que mata y otras alegrías** (1969); **Putá vida y otros poemas** (1969); **Camión** (1972); **No trespassing** (1974); **El mundo es más que el hombre** (1977); **Árbol, mediodía** (1983); **No olvidemos y otros poemas** (1997); **Música sabida** (2001); **Otro territorio** (2007) y **Poemas Naranja** (2014). Cuentos: **Contra reloj** (1992).



DOS MINICUENTOS

Gilza Córdoba



HOGAR

No había manera de saber de dónde le venía esa rabia inmensa que ahora la desbordaba como un río salido de madre.

Anabel se sintió como un animal acorralado, aunque era ella la que blandía el cuchillo. Sus treinta y cinco kilogramos de peso resultaron suficientes para que desplegara una fuerza descomunal.

Su madre lanzó un grito de terror al verla. Al clavar la tercera puñalada Anabel escuchó una voz que le resultó conocida, golpes y el ruido metálico del tirador de la puerta que desde el otro lado estaban forzando. Pero siguió su labor. Al sexto embate del cuchillo perdió la cuenta; pensaba en Kiev, su mascota. El conejito que su madre había degollado con el mismo cuchillo que ahora la embestía. Solo cuando le costó asir el cuchillo con su mano adormecida, empapada con la sangre de su madre detuvo su violento frenesí y liberó la seguridad del tirador. Entonces su padre se asomó por la puerta entornada y lanzó un grito de espanto.

La fueron a buscar unos señores de uniforme verde en un auto que le pareció de juguete, con unas luces rojas y azules arriba. La llevaron a un edificio de tamaño descomunal lleno de enfermeras. El lugar estaba repleto de pasillos sin fin, escaleras que ella pensaba que subían hasta el cielo o que bajaban hasta lo profundo de la tierra.

Por primera vez alguien tenía cuidado de ella: le dieron una cama, medicinas y comida caliente a tiempo. Se sintió querida y no volvió a acordarse de Kiev, al que su madre había preparado en la cena el día que salió de aquella casa oscura para irse a la que sería su hogar.

PRECOGNICIÓN

Cerró los ojos y volvió a tener aquel sueño en donde se veía a sí mismo comer de las uvas de una vid mientras se oía cada vez más cerca el áspero y amenazador graznar de un cuervo. Esta vez sintió la metálica voz del ave sobre él y se llevó a la boca el último racimo que quedaba en la parra.

Despertó sudoroso y con el pulso acelerado. Se irguió apoyando su espalda al respaldar de la cama y se quedó pensativo por unos segundos mientras ponía en orden sus ideas. Entonces tomó una hoja del cartapacio azul que estaba sobre su mesa auxiliar. Pero en ese momento oyó una rotura de cristales a sus espaldas y supo que su tiempo se había agotado. Solo alcanzó a escribir: “Amada Nora, desearía haberte amado mucho más”.

Gilza Córdoba. Ciudad de Panamá, 20 de septiembre, 1979. Licenciatura en Administración de Empresas, énfasis en Finanzas y Negocios Internacionales, Universidad de Panamá. Estudia Maestría en Negocios con énfasis en Recursos Humanos, en la Universidad del Istmo. Cursos de Escultura en el INAC, y un taller de cuento avanzado con el escritor Enrique Jaramillo Levi. Artículos de opinión en periódicos locales y cuentos en “La Estrella de Panamá” y en la revista “Maga”. Autora de “**Augurio**” (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2018).

“Lo que se inventa al escribir tiene que sentirse tan auténtico como la vida misma que sin remedio nos marca”

ENTREVISTA A GILZA CÓRDOBA

Por Enrique Jaramillo Levi



1. Acabas de publicar tu primer libro de cuentos: “**Augurio**” (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2018). En relación a tu amor por la Literatura, y sobre todo ahora que eres parte de ella, ¿quién es Gilza Córdoba?

Una persona capaz de entregarse a un proyecto literario sin rendirse y con disciplina. Perfeccionista porque soy muy crítica respecto a lo que escribo. Humilde, porque reconozco mis faltas pero estoy dispuesta a trabajar duro para que cada vez sean menores. También, una lectora empedernida.

2. ¿Desde qué edad lees obras literarias serias y a qué edad empiezas a escribir?

Mi madre empezó a leerme historias desde mi primera infancia. A los ocho años

empecé a leer por curiosidad un libro grueso que encontré en un librero de mi casa que se llamaba “Cuentos rusos”. Formaba parte de una colección de libros que compilaban obras de carácter universal, llamada “Clásicos Jackson”. El impacto de la lectura de los cuentos que encontré allí fue tan intenso que aún recuerdo claramente las emociones mixtas que me produjo: nostalgia, alegría y esperanza. De adolescente escribía discursos y poesías cortas. A los 26 años empecé a escribir artículos de opinión para la prensa escrita y a los 38, cuentos.

3. ¿Podría decirse que has tenido o tienes determinados autores “de cabecera” en tu formación literaria?

Sí. En realidad son muchos los autores que han sido de cabecera para mí, pero haré referencia de algunos cuyas obras en su totalidad conozco mejor que la de otros escritores geniales: Pushkin y Balzac en sus traducciones meritorias, Horacio Quiroga, Silvina Ocampo, Edgar Allan Poe, Gabriel García Márquez y Patricia Highsmith.

4. Has formado parte activa, desde hace poco más de cinco meses, del taller de cuento avanzado que propicio los sábados desde hace un par de años. ¿De qué manera influye o marca una buena parte de los cuentos de tu primer libro tu participación en dicho taller en un tiempo relativamente breve?

Cuando llegué al taller, ya contaba con algunas aptitudes que caracterizan a un escritor como lo son muchas lecturas y una imaginación viva, pero desconocía todo lo relacionado a las técnicas narrativas. Escribir bien es como jugar al ajedrez: hay que conocer cómo se mueven las piezas. Fue en el taller donde adquirí esos conocimientos y los apliqué a mis cuentos logrando así perfeccionarlos. Honestamente la mayor sorprendida fui yo porque no creía mucho en la efectividad de los talleres literarios y como resultado he tenido que retractarme por completo de esa idea. Los recomiendo a todas las personas que desean mejorar sus escritos y trabajar en ellos con constancia y disciplina.

5. ¿Qué significa para ti ver impresa y circulando como libro tu primera colección de cuentos?

A lo largo de mi vida leer buenos escritos me ha producido una sensación extremadamente placentera. Ahora, estar tras bastidores moviendo los hilos que les dan vida me hace inmensamente feliz.

6. ¿Háblanos de la experiencia que significó la presentación de “Augurio” en la reciente Feria Internacional del Libro de Panamá?

En años anteriores disfruté asistir a la Feria con mis familiares y amigos como si el evento fuera una fiesta, que de una manera lo es. Este año, formar parte de la FIL con la presentación de mi libro fue un deleite. Además, participé de varios talleres y conocía otros escritores panameños y extranjeros que fueron invitados a presentar sus obras, lo que resultó ser muy gratificante.

7. ¿Por qué “Augurio”?

“Augurio” es el nombre de uno de los cuentos del libro, inspirado en el poema “The Raven”, de Edgar Allan Poe y la figura del cuervo como un augurio es un “leitmotiv” en mi libro.

8. ¿De qué manera piensas promocionar tu libro en un país en el que lo crematístico y el juega-vivo cotidiano, a la par de la galopante corrupción que permea a la sociedad, ocupan un sitio singularmente notorio?

En efecto, es como menciones, lo que es muy lamentable. Sin embargo hay muchas personas interesadas en la producción artística cosechada en tierra panameña. Las universidades, las embajadas, la prensa escrita han sido solidarias en este sentido, abriéndome las puertas para que pueda poner en conocimiento de los demás, mi trabajo.

9. ¿Podría decirse que Edgar Allen Poe es uno de los autores universales que de una manera u otra te marca? Y si es así, ¿de qué modo ocurre?

Descubrí los escritos de Edgar Allan Poe ya de adolescente en el colegio, en la clase de literatura. Él era un creador completo: ingenioso, culto, apasionado y mordaz. Con la primera lectura de uno de sus cuentos caí presa del vértigo por la forma en la que desarrollaba las tramas, de su lógica deductiva, de sus planteamientos audaces. En el transcurso de los años fui armando una colección de sus escritos y de manera

autodidacta he estudiado con deleite su obra.

10. ¿Le has seguido la pista, de una forma u otra, a la literatura panameña?

Sí, claro. Aunque nunca había estado tan inmersa como ahora en el tema porque mi profesión es de Administradora de Empresas. Mi madre, al ser profesora de español me daba para leer los libros de cuentos y las novelas de muchos escritores panameños. A través de esas lecturas conocí los trabajos de Ernesto Endara, Rafael Pernett, Guillermo Sánchez Borbón y los tuyos, entre muchos otros. Desde hace algunos años empecé a armar una colección con los libros ganadores del premio “Ricardo Miró” en sus distintas categorías.

11. ¿Qué autores u obras nacionales has leído lo suficiente como para considerarlos notables o particularmente relevantes en el estudio de la producción literaria panameña?

Hay muchos escritores relevantes en el estudio de nuestra producción literaria, pero mencionaré a aquellos cuyas obras conozco mejor: Ernesto Endara, Carlos Chagmarín y Rosa María Britton.

12. A tu juicio, ¿de qué manera cobra importancia la producción literaria de un país en su devenir cultural y social?

La literatura es útil para lograr el desarrollo pleno de las potencialidades individuales y es un motor que impulsa el fortalecimiento de las capacidades colectivas de los grupos humanos. Considero que la literatura fomenta la capacidad de las personas de intervenir y formar parte de sus propios procesos constructivos en la sociedad, haciéndolos mejores ciudadanos.

13. ¿Conoces el Diplomado en Creación Literaria que viene dictándose en la Universidad Tecnológica de Panamá desde

hace 16 años? ¿Tienes referencias acerca de la forma en que ha influido en la formación de algunos nuevos autores que han surgido en el panorama nacional en años recientes?

Sí lo conozco y también sé de un buen número de alumnos, generalmente personas con un vivo interés por la literatura, que han pasado por él ganando a su paso conocimientos y experiencias que luego han aplicado con éxito a sus escritos.

14. Descríbenos cómo es un momento breve o largo de intensa creatividad literaria, de esos en que sabes que debes ponerte a escribir sin remedio y sin pausa, o ya no estarás cómoda contigo misma.

En efecto, dices bien que en esos momentos es imperante escribir sin pausa. Cuando eso ocurre tengo la cabeza llena de ideas, a veces en desorden. Entonces en la medida que las pongo en papel van encausándose y tomando vida propia.

15. Como escritora nueva que eres, ¿qué es más importante al momento de crear escritura de ficción: sentir o pensar; ¿retomar experiencias reales propias o ajenas para recrearlas, o bien darle rienda suelta a la imaginación?

Pienso que sentir y pensar son asuntos de igual importancia en el proceso creativo. Por un lado, si solo siento puede ser que lo que escriba no sea comprensible para los demás, sino solo para mí. Por otro lado si solo pienso lo más probable es que el resultado para el lector sea el de un escrito comunicativo que no transmite ninguna emoción. Tanto las experiencias reales como las ideas concebidas en la imaginación son recursos valiosos al momento de crear un buen cuento, pero lo que se inventa al escribir tiene que sentirse tan auténtico como la vida misma que sin remedio nos marca.

16. ¿Por qué el cuento, y no la poesía, la novela o el ensayo, por ejemplo?

El cuento me produce en lo particular, una sensación de premura por llegar al desenlace y de vértigo, que no me proporcionan los otros géneros. Sin embargo, los disfruto mucho aunque de modo distinto.

17. ¿Qué tiene un buen cuento que te roba la paz hasta que le das vida?

Es que uno va sintiendo cuando va cincelandando su escrito, de tal manera que se desea perfeccionarlo hasta que logre decir todo lo que uno piensa, siente y quiere transmitir. Tiene parte de nosotros, de nuestras impresiones de la vida, de lo que lo que hemos leído.

18. A simple vista, al examinar tu hoja de vida, pareciera que tu preparación y ejercicio profesional cotidiano, poco tiene que ver con la creación literaria. Si uno indaga, suele ser el caso también de otros autores nacionales, ya que en Panamá no existe una carrera de Letras como tal. Sin embargo, entiendo que eres una lectora insaciable y que la escritura para ti ya no tiene vuelta atrás. Háblanos de este fenómeno que, paradójicamente, no es extraño en nuestro medio.

Siento que la literatura es una vocación, un llamado. Y por eso uno se encuentra con personas de las más diversas profesiones que tienen la necesidad de transmitir sus pensamientos y sus sentires a través de las palabras. Pienso que un escritor es una persona interesada en conocer el mundo, en ver las cosas desde una óptica distinta. Alguien que quiere descifrar los placeres y los sinsabores de la vida en todas sus minucias. Este tipo de personas uno las encuentra en todos los campos de estudio.

19. Hasta donde sé, eres una mujer muy versátil: te gusta la escultura, el dibujo, el buceo, el senderismo, entre otras aficiones. ¿Podrías comentar al respecto?

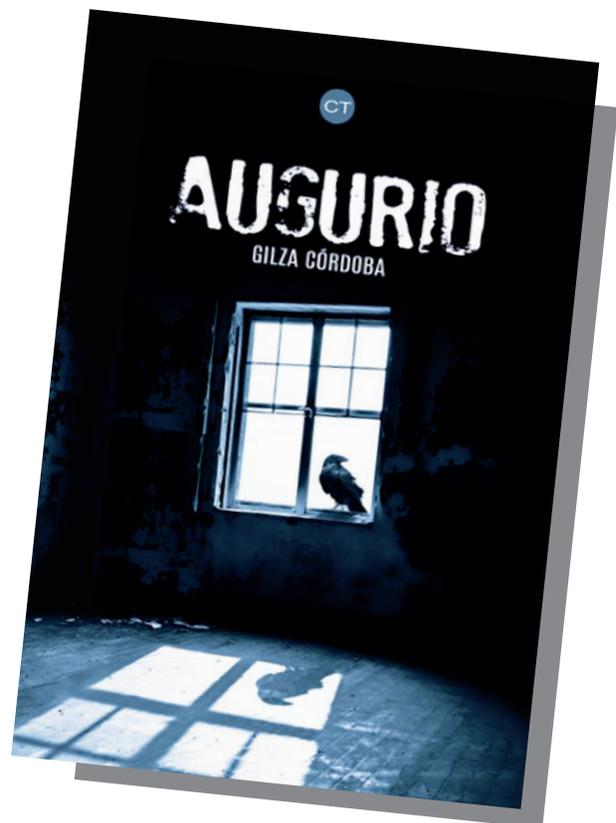
La vida es una sola y que está hecha de

momentos, por eso disfruto intensamente de ellos. Estar dentro del mar o la satisfacción que me produce hacer una escultura, por ejemplo, son vivencias que enriquecen mi existir y me hacen muy feliz. Por otro lado el ser humano tiene múltiples capacidades, pero solo hace uso de una parte de ellas.

A mi criterio, las personas deben cultivarse en distintas áreas del conocimiento, las que más le atraigan.

20. Háblanos de tus planes, si los tienes, en torno a la escritura de nuevas obras en alguno de los géneros literarios.

Seguiré estudiando el cuento como género durante los próximos meses y más adelante lo haré con el ensayo. También tengo planes de hacer el Diplomado en Creación Literaria de la UTP.



DOS MINICUENTOS

Joel Bracho Gherzi



HÉCTOR CLAU

Aun en los días más calurosos de la temporada seca, a Héctor Clau le gusta tomar chocolate caliente a mitad de la tarde. Aprendió la costumbre de su abuelo, venido de tierras frías. Y para Héctor Clau es muy importante respetar las costumbres. Porque sólo en la continuidad de la costumbre, piensa, tenemos certeza de ser quienes somos y venir de donde venimos. Sólo la repetición nos confirma.

La vida según según Héctor Clau se compone de una exacta sucesión de pasos cuidadosamente realizados, memorizados y vueltos a realizar. Una y otra vez. Una y otra vez. Y en cada vuelta, se siente feliz de ver todo en su sitio. La escena encaja en el molde y lo contenta.

Por supuesto, la rutina es su bien máspreciado. Despertar a la misma hora, vestir del mismo modo, tomar la misma ruta, saludar con las mismas palabras. Su constancia es su orgullo: disfruta hablar de las cosas que ha hecho desde niño, del lugar al que va cada año, de su invariable receta para preparar el chocolate. Héctor, el confiable;

Héctor, el que siempre regresa; Héctor, el de los planes cumplidos.

Como su abuelo, Héctor Clau es rigurosamente ateo. No creas en ningún dios, le ordenó. Y él, respetuoso de las órdenes, no creyó nunca. Pero no le hace falta. Los dioses sirven para disipar dudas y Héctor Clau no duda nunca. Ha ido resolviendo las cosas. Para un problema una solución; encontrada la solución, puede usarse de nuevo. Y tanto mejor si uno evita meterse en problemas.

Aunque a veces siente algo de envidia por los creyentes. Por sus ritos, rigurosos y acompasados. Por sus procesiones anuales. Por sus rezos todas las noches. Pero la envidia es un sentimiento peligroso: puede llevarlo a uno a querer actuar impulsivamente. Así que es mejor tomar previsiones.

Por esa razón, un domingo al mes y en celoso secreto, Héctor Clau toma el carro, sale temprano y maneja ciento setenta y cinco kilómetros hasta donde no lo conoce nadie. Y allí va a la misa. A hacer como si rezara a un dios en el que no cree, a arrodillarse cuando es debido y salir cuando el cura al final lo autoriza. En paz.

ADRIANO BERZO

A Adriano Berzo le gustan los instrumentos musicales. Los colecciona, aunque no es capaz de tocar ninguno. Pero sabe, eso sí, afinarlos todos: cada semana, los saca uno a uno de sus fundas, los limpia, los afina, y hace sonar algunas notas o un par de acordes. Luego los guarda, hasta la próxima vez.

Adriano Berzo ama la música desde que era niño y los instrumentos le parecen cercanos a la magia. Artefactos increíbles e ingeniosos que guardan la potencia de una melodía o de un concierto. Pero él tiene manos torpes y no logra tocar ni la pieza más simple.

Entonces escucha a otros, grandes ejecutantes. Se emociona al verlos en escena y sentir cómo la música llena el espacio. Porque es eso lo que hace la música: llenarlo todo, abrazar a quien escucha. En medio de la sala, Adriano Berzo siente que el sonido lo sujeta. Con música nadie está solo.

Así que vive musicalmente. Tararea, silba, canta canciones mientras maneja, mientras lava la ropa, mientras camina por la calle hacia el café de siempre. Qué tipo tan alegre es Adriano Berzo. Todos sonrían si lo ven venir, los niños lo llaman el señor que canta, la gente le regala discos y le habla de canciones.

Pero en el fondo, Adriano Berzo resiente sus carencias. Sus dedos lentos y un poco gordos. La distancia infinita entre las notas que piensa y los ruidos que hace. Le parece cruel no poder tocar nada.

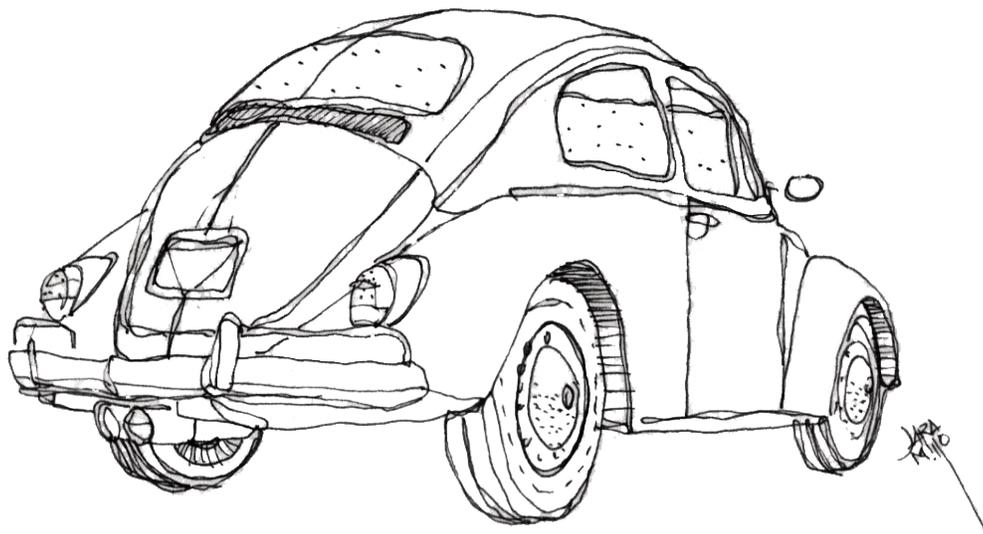
Es por eso que a veces, cumplida su rutina de afinación y limpieza, toma algún instrumento e imagina que toca. Que toca como nadie, en larguísimas veladas rodeado de gente. Con los ojos cerrados y arrullado por la música que no ha tocado

nunca, poco a poco y en silencio va quedándose dormido.

En las noches más felices, Adriano sueña que sigue tocando.

* Tomado de *Joel Bracho Gherzi, Tipos raros* (Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2017).

Joel Bracho Gherzi. Caracas, 1984. Abogado y Licenciado en Letras con estudios de Literatura Comparada. Residenciado en Panamá desde el año 2013, se dedica a la escritura y la investigación sobre temas artísticos y literarios. Trabaja en Articruz, el taller de Carlos Cruz-Diez en Panamá, donde se desempeña como Gerente de Comunicaciones y Coordinador editorial. Tuvo a su cargo la sección venezolana de la antología **Resonancias. Cuentos breves de Panamá y Venezuela**, preparada junto a Carolina Fonseca y coeditada por Foro/taller Sagitario Ediciones y Articruz en 2016. Cuentos suyos forman parte del libro colectivo **De un tiempo a esta parte (Asamblea de nuevos cuentistas en Panamá)**, editado en 2016 por Foro/taller Sagitario Ediciones. Es autor del libro de relatos breves **Tipos raros**, publicado por la misma editorial en 2017.



INCOMPLETO

Eduardo Jaspe Lescure



... sabía ahora que solo lo incompleto, y por lo tanto lo que necesita, está vivo...

(JOSÉ DONOSO, Coronación)

Ahí están otra vez los aplausos, esos sonidos secos, repetidos, que escucha como llovizna cayendo a lo lejos. Son contagiosos y lo sabe. Se propagan por el público como virus. Hacen caer a todos los presentes, uno a uno, incluso a quienes han sido amenazados por los planteamientos atrevidos de su discurso. Cierra la carpeta con los papeles macerados en ideas irreverentes. Alcanza el maletín que sus colegas acomodaron a un lado del podio. Guarda la carpeta y el apuntador laser con que resaltó en la pantalla tras él los puntos de mayor impacto. Levanta la cabeza. Pierde la

mirada azul en el público; la barba bien cuidada acompaña su sobria sonrisa que apenas deja ver el marfil; centellea airosa la gomina que le aprieta el cabello claro, abundante para su edad; pequeñas gotas de sudor, generadas al calor de los reflectores, le recorren la nuca con un cosquilleo agradable antes de sumergirse en la blancura de esa camisa que ajusta a su cuello la corbata casi fosforescente, un toque alegre en tanta formalidad estoica; el vestido oscuro esculpe su cuerpo estilizado con entalle, gracia y caída, la elegancia necesaria para la credibilidad. Y es que así lo crió su madre: pulcro, limpio, perfecto. *Como te ven te tratan*, le decía. Él bien sabe que es así. Remata la confianza el pañuelo discreto asomado al bolsillo del traje un poco más arriba de donde resplandece, colgada en un listón, la medalla que lo signa condecorado nacional.

Introduce su mano en la chaqueta y busca en el lado izquierdo del pecho tras el pañuelo; baja la cabeza levemente tratando de echar un vistazo al interior del vestido. La luz le resplandece como un aura intelectual. Cierra los ojos. Aquel gesto es la señal irrefutable de la honestidad de su discurso. Los aplausos golpean fuertes como aguacero. Él lo sabe, fue a propósito. Escogió con delicadeza las palabras con que transmitiría sus pensamientos como el agricultor que selecciona sus mejores frutos, impecables, sin defectos, y los ofrece a la crítica dura de sus pares. Sí, lo sabe. Su discurso acabará con la búsqueda de imperfecciones de eruditos ansiosos y seguirá por meses de boca en boca, de artículo en artículo, de mente en mente, propagándose como los aplausos. Las revistas especializadas llevarán sus logros más allá de las fronteras y pronto aparecerán las invitaciones para nuevos discursos o quizás el mismo con otras palabras. Él asistirá con la seguridad de que su saber perfeccionado en los libros y en la

experiencia de años dolorosos seguirá dejando sin palabras a sus detractores, exprimiendo sus cerebros entendidos y haciéndolos creer. Pero también sabe que en realidad su mano busca afanosa la pequeña llave en la funda de terciopelo negro en el bolsillo interno de la chaqueta. Búsqueda ansiosa sin éxito. De nuevo es invadido por el vacío.

Lo sintió intenso por primera vez cuando, con poco esfuerzo, obtuvo su título universitario en aquellos días cargados de la enérgica juventud que aprecia más los bares que los libros. Estudió solo lo necesario porque la noche de parranda anterior a la prueba, alegre y alcahueta, era el amuleto comprobado para el triunfo. Pero durante sus estudios de postgrado, entre largos pasillos y salas de estudio mudas, dejó de creer en la suerte y descubrió la superior capacidad de sus neuronas. Pasó así no más. De pronto se le encendió el cerebro como un bombillo incandescente catalizado por la feroz competencia estudiantil y la dureza del profesor Stevenson. Supo que ser primer puesto de honor abre puertas pero también un hoyo inmenso en el pecho. Intentó llenarlo con trabajo, mucho trabajo, amortiguado por tragos y chicas. El descontento lo perseguía como un acosador obsesivo. Un automóvil lujoso le dio paz por unas semanas y por algunos años Maggy que apareció con cara de ángel y modales de reina para cimentar la trayectoria al éxito.

Los aplausos amainan. Él continúa tanteando el bolsillo interior de la chaqueta sin encontrar la llavecita. Recuerda, entre el sudor que le empieza a aparecer en la frente y la mueca desesperada escondida tras su sonrisa seria, esos aplausos apagados y confusos, en realidad escasos, cuando sus primeras propuestas se consideraron absurdas. Sabía que la razón era suya. De nuevo trabajó

para demostrarlo. Se creyó pleno entre pruebas e investigaciones, entre documentos y reuniones, entre sorprendidos y antagónicos, entre continuar y detenerse. Con la victoria aparecieron nuevos aliados más influyentes, menos superfluos, recibió invitaciones a los gremios, compró su acción en el club, fue incluido en las actividades sociales de la élite y utilizó a Maggy como un alpinista que usa sus clavos en la pared de piedra para abrirse paso entre cocteles y cenas hasta alcanzar la cima. Se creyó realizado cuando apareció el embarazo como una vuelta de página, como un cambio de dirección. Comenzó la esperanza.

Pero lo aplastó la realidad de su vida; lo consumió la entrega al cuidado de nuevos seres que fueron, por algún tiempo, sus extensiones; lo abrumaron las semanas en París, las escapadas a Nueva York o Buenos Aires; lo acorraló la sapiencia tenaz, dura, cruel, que no se detuvo; lo aburrieron las obras de arte, los elaborados espectáculos, los partidos de golf; lo ahogaron los proyectos, los contratos, las oportunidades irrechazables; lo agobió su propia conciencia, su honestidad, su pudorosa influencia, su cuidadoso uso del poder; lo fatigó el no sentir la presencia de Dios. Perdió el control de sus pensamientos que empezaron a caer como goteras molestas en la frente, como un interminable ruido lejano que se complica. Dejó de entender o quizás entendió que nunca había entendido. Y se encontró vencido por el éxito, atropellado por sus logros, destrozado por el amor de una familia hermosa. Quiso escapar, ser un emigrante pobre en búsqueda de trabajo, un artista sin prestigio en la bohemia noche citadina, un proletario con una mujer gorda y ocho hijos necesitados, un sacerdote rebelde en una parroquia rural, un marinero de tercera en un barco que navega por el mundo, un vagabundo errante dormido bajo un puente, una hoja en el viento o un riachuelo perdido. O

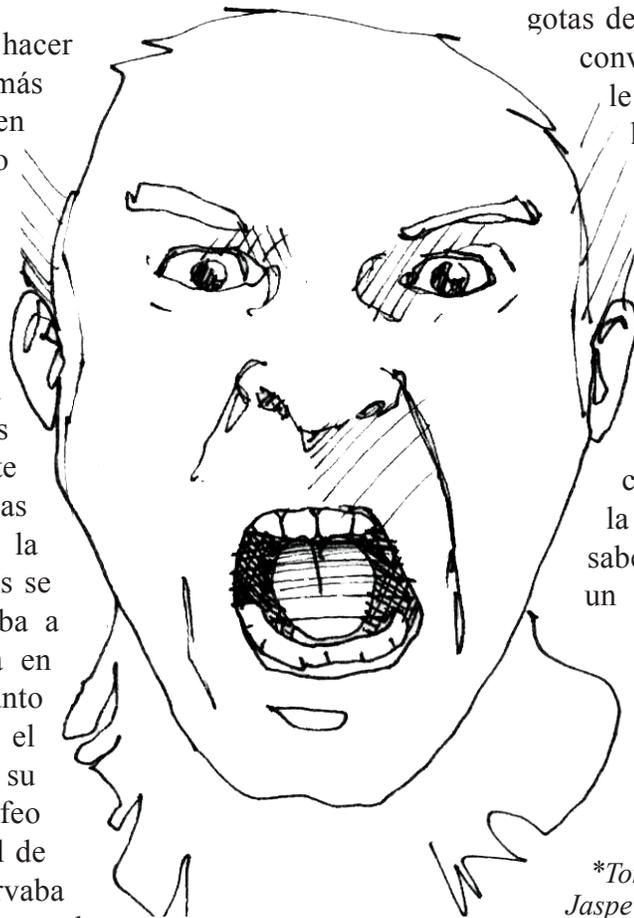
quizás simplemente quiso no ser. Divagando por años en la miseria de su éxito, tropezó con la idea de la urna dorada.

La mandó a hacer rectangular, de madera, más alta que ancha, forrada en láminas de metal áureo por fuera y grueso terciopelo negro por dentro. Hizo grabar sus iniciales en bajo relieve sobre el borde de la tapa. Insistió en que llevara cerradura. Extraños gustos permitidos a él, fabricante de extravagancias intelectuales. Cuando la urna estuvo en sus manos se sintió a salvo. Se sentaba a contemplarla acomodada en la repisa de su estudio junto a la foto de su madre, el modelo en miniatura de su primer automóvil y el trofeo del campeonato de fútbol de su adolescencia. La observaba en silencio, sumiso, entregado, y sentía la calma de la noche desértica, la tranquilidad de la tumba de un niño, la placidez de la verdad. Le gustó. Se sintió protegido. Se sintió tan protegido que decidió llevar la llave en el bolsillo como escudo contra el vacío. Ponerla en una funda de terciopelo negro se le ocurrió después cuando no tuvo dudas de su efectividad contra el acosador.

La ceremonia culmina con las breves palabras de la autoridad ignorante, las notas de un himno, los flashes de rigor, las felicitaciones auténticas y las falsas, las palmadas en el hombro, la prensa necia con sus preguntas estúpidas, los murmullos alegres de cientos de

asistentes que abandonan, crédulos, el recinto y la evidente presencia del vacío que regresa.

Vuelve para apoderarse de él. Las gotas de sudor en su nuca se convierten en chorros que le empiezan a recorrer la espalda bajo la camisa blanca. Se congelan cuando los dedos palpan en el fondo del bolsillo del pantalón la suavidad negra cubriendo la paz de la llave. Vuelve la calma, la serenidad, la certeza, porque lo sabe. Sabe que al final, un día, convertido en polvo, atrapado en el templo dorado, estará terriblemente completo.



Tomado de: Eduardo Jaspe Lescure. **Malos agüeros. Foro/taller Sagitario Ediciones, Panamá, 2015.*

Eduardo Jaspe Lescure. Ingeniero Industrial de la Universidad Tecnológica de Panamá y MBA con especialización en finanzas de INCAE Business School. Ha desarrollado una carrera exitosa en la industria financiera panameña. Graduado del Diplomado en Literatura Creativa de la UTP en 2014. Las revistas *Maga* y *Panorama de las Américas (COPA)* han publicado algunos de sus cuentos. Recibió el Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2014 por su libro "**Arcanos mayores**" (UTP, 2015) y el Premio Centroamericano de Literatura "Rogelio Sinán" 2016 por su colección de cuentos "**Origen del Ninfa**" (UTP, 2016). Su primer libro de cuentos es: "**Malos agüeros**" (Foro/taller Sagitario Ediciones, 2015).

La ardua búsqueda de la luz en la cuentística de Carolina Fonseca

Fernando Burgos Pérez



En *Dos voces 30 cuentos* (2013) Carolina Fonseca y Dimitrios Gianareas llevan a cabo un proyecto que se acerca al desiderátum creativo respondiendo a la lectura con la escritura y viceversa. Escribir y leer no son actividades independientes. La autonomía de la escritura es una fantasía o una necesidad innata por establecer comienzos. Lo último tal vez no sea una necesidad sino una inseguridad, la de no saber

dónde están los embriones ni por qué razón la querella de si fue primero la gallina o el huevo se transformó en una aporía.

Fonseca y Gianareas ponen a prueba este impase lógico conectando ambas prácticas, término este último que ilustra mejor sobre la verdadera connotación de escribir artísticamente y leer crítica y literariamente. Demuestran estos autores que son polos creativos que no sólo se tocan

sino que se mezclan y confunden. No quiero decir obviamente que la escritura de uno de ellos dependa de la del otro sino que han logrado un fluido comunicante que debe ser atendido puesto que por ello precisamente hay una fuerza especial y distintiva en cada escritura.

A objeto de ilustrar lo que acabo de puntualizar, expondré una muestra sobre una manera de percibir las distintas vinculaciones de la

escritura que guía la visión de *Dos voces 30 cuentos*. El punto de referencia temático sería la vejez de dos mujeres. En “La señora Elizabeth”, Gianareas escoge una residencia de ancianos (o de adultos mayores en un discurso de corrección política del lenguaje). Hasta este lugar ha llegado a residir una mujer de poco más de setenta años con un aura de misterio, de elegancia, belleza y lectura de clásicos que no puede dejar de llamar la atención de un asistente que cuida en el asilo a sus huéspedes y narrador del relato. En la narración de la relación próxima que se establece entre Elizabeth y quien la cuida se abordan cuestiones relativas al deterioro físico versus la afrentosa situación de lucidez mental, la muerte como circunstancia estadística, el insólito aislamiento que crea la vejez, los sórdidos escarmientos del tiempo en el ser humano, la indiferencia, comodidad y aprovechamiento de familiares de estos residentes, el descenso de la vida suspendida por un tiempo cualquiera en el que sólo se espera la muerte,

la cual no debe estorbar la vida de quienes aún creen no haber llegado a la fase de espera de la muerte. Gianareas opta también por una historia personal con inicio, desarrollo y desenlace en la que descubriendo la crueldad de ese aislamiento de la vejez se llega a un emotivo tono de conmiseración por la misma.

En “Ella y yo” Fonseca, por su parte, evade la historia, afirmándose en rápidas descripciones poéticas. En su relato, Fonseca retrata la circularidad del tiempo observando a una mujer que va a cumplir cien años. Es el tiempo en que *la vida* ha dejado de acontecer. No hay planes ni futuros. Sólo queda por constatar que el tiempo de enormes fauces llegó. Así se lo figura la *yo* más joven, pero la *ella* observada le hace ver que ese tiempo está mucho antes de los cien años. Ya está en la *yo*; siempre estuvo. La voz narrativa plasma a *ella*—la mujer centenaria—y en ese retrato va surgiendo el de la propia narradora, la del *yo* que observa: el tiempo final no está más allá. Está aquí. Está en las dos, salvo que la

protagonista *ella* ya vivió lo que tenía que vivir y no tiene que molestarse con preguntas ni reflexiones, ni dudas. La carga está en la protagonista *yo*, lúcida aunque incapaz de resolverse a sí misma. Lo que le pertenece es su perplejidad y sus confusiones. Como carácter de irresoluciones, de búsquedas sin respuestas, le queda el arte. No es un consuelo sino el poder de ser otra imaginativamente. De este modo en los textos de Gianareas y Fonseca su vaso comunicante no es lo que adelanté anteriormente—el tema de la vejez—sino la fragilidad del ser humano, su condición intrascendente, la fugacidad de sus aspiraciones, el olvido de identidades, nombres, familias y generaciones, la galáctica imposición de los tiempos donde todo se disipa. ¿Cómo ver en el tiempo humano? En esa pregunta que no tiene respuesta se encuentra el flujo artístico de ambos escritores.¹

La original línea narrativa de Carolina Fonseca capta eficazmente la problemática situación de personajes que tienen

pleno conocimiento de sentirse rehenes de relaciones, espacios, y tiempos y que agonizan en esa esfera durante un tiempo narrativo en el que se siente la proximidad del dolor. Son personajes que parecen estar ensayando casi permanentemente el cruce que los dejará más allá de esa puerta de vidrio y, sin embargo, ese paso final que les oxigenará es postergado una y otra vez. Por ello mismo son personajes con los que los lectores se identifican inmediatamente: esa mujer que no logra abandonar el edificio gris en el que vive y poner término a una relación desgastada y carente de comunicación, es como yo, como la que lee: indecisa, incierta, llena de pesares y dudas aunque presiente que el verdor está allí tan cercano de esa puerta de vidrio. Cuando está a punto de atravesarla, la rutina la vence.

En la perspectiva de estos cuentos, las acciones audaces de una mujer residen en el vigor con el que su poder de

reflexión sustenta al de la imaginación. Es la única opción viable que permite distanciarse de sociedades dependientes de un consumismo basado en anuncios triunfalistas y de fantasías revitalizadoras que pregonan la perpetuidad de cuerpos ágiles y hermosos, donde lo que importa es lo que promueve, incluyendo las simplificaciones de moda con sus engaños espectaculares de “como tener éxito a los treinta”, de “cómo lucir esbelta a los cincuenta”, de persuadir que “los veinticinco de antaño son los cincuenta de hoy y que los sesenta de años pretéritos son los ochenta del presente”. En medio de ese espacio completamente alienante brota inmediatamente el anhelo de una realidad diferente. Son realidades que ni siquiera pugnan puesto que ese escenario de simulacros que se tiene enfrente de sí resulta demasiado invasivo. Así, se comprende que en este personaje se instalará un vacío que la obligará a verse hacia adentro. No

obstante, esa interiorización indispensable para escribir no otorga el escape de la oscuridad. Lo que concede es tan sólo hablar de ella. A pesar de estos obstáculos, frente a la lóbreguez de esa existencia hay un innegable transcurso de lo que crece, se expande y se transforma. La angustia parece contraerse y hasta ser consumida por el brote entero de la naturaleza dividido detrás de los vidrios junto con la incesante actividad pura y simple del vivir.

Podemos definir la metaficción de un modo muy específico: la ficción que distanciándose de las inmediaciones de su espacio narrativo, toma una altura reflexiva para referirse a sí misma. Naturalmente esto supone una concepción estética determinada, por lo cual lo metaficticio resulta en algo más complejo que la cómoda definición que acabo de dar. Siendo así, lo metaficticio tendrá múltiples tácticas de plasmación. Tantas como postulaciones estéticas sustenten la viabilidad de

1 En lo que sigue del presente estudio, mi interpretación refiere en particular a los cuentos de Carolina Fonseca. No hay duda de que el logro narrativo de esta colección corresponde tanto a Carolina Fonseca como a Dimitrios Gianareas. En consideración del espacio limitado del que dispongo aquí, dedicaré un análisis específico sobre la contribución de Gianareas en un ensayo futuro.

lo metaficticio, lo cual nos asegura que no se trata de fórmulas estilísticas pugnando por escaparse de su agotamiento. Fonseca nos muestra la potencial riqueza plasmática de lo metaficticio en su cuento "Fernando Solano", título que refiere al personaje de una novela que la narradora del cuento no ha podido concluir puesto que su testarudo protagonista no le hace caso. Cada vez que ella intenta darle un rincón de felicidad y librarlo de su soledad, él elige caminos sombríos y herméticos. Cansada de su terquedad, la narradora lo saca un día de su encierro, conduciéndolo a un lugar muy alejado de su casa en medio de una lluvia torrencial y abandonándolo con exasperación en un banco carcomido.

Inteligentemente, Fonseca plantea aquí, en principio, no sólo la cuestión de obras de arte que quedan consciente y preferencialmente inconclusas sino que también el espinoso asunto de si es posible abandonar a sus personajes ya sea en obras terminadas como en las inacabadas. Es también una cuestión que revela el asombro del lector: 'pensé

que los autores hacían con ellos lo que se les daba la real gana; pensé que los autores eran arbitrarios con sus personajes' y que 'concluir una novela no era un asunto en el que se tuvieran que entrometer los personajes'. Llegamos así a un centro de reflexiones sobre la creación, pero Fonseca no se detiene aquí.



Al regresar al cuento vemos que la narradora ha empezado a ser afectada con una sensación de vacío, así como por la presencia de un ambiente denso en su estudio, luego de haberse cansado de la obstinación de su personaje. Necesita volver a él. Cuando lo hace, algo ha cambiado: el tiempo. Su personaje está algo más

viejo, pero su testarudez es la misma.

El impase también regresa, o sea el no poder concluir la novela debido al carácter inamovible del personaje que además parece contagiar a la autora. En otros términos, autora y personaje devienen seres interdependientes por lo cual la autora acepta que el darle una existencia feliz a su personaje sombrío es una mentira y aunque una mentira dentro de una ficción no debería acarrear grandes sorpresas, el problema ahora pasa a ser el hecho de que el personaje ha arrastrado a su autora dentro de la ficción por lo cual ésta tiene que quedarse en ese vientre ficticio a convivir con él: "Recuerda que desde entonces ha estado ahí, sentada junto a él, mirando nada, incapaz de dejarlo de nuevo, solo, bajo la lluvia" (*Dos voces* 86). Esto posibilita la conclusión del cuento y al mismo tiempo la inconclusión de la novela con una autora incapaz de dejar solo a su personaje porque ella es parte del personaje e incluso hasta se llega a sentir que ella es el propio personaje aunque esto último ocurra en un nivel puramente

metaficticio. Por otro lado, como parte de la visión artística de Fonseca en el total de esta colección se reafirma la presencia de personajes cuyas actitudes y relaciones se mantienen indefinidamente las mismas, haciéndonos de este modo partícipes de que las vías de la realidad y la ficción no son muy diferentes, así como también del hecho de que la ficción no es un distanciamiento de la realidad sino un imaginativo y profundo descenso en la realidad.

“Pura geometría” es un cuento sobre la necesidad de los órdenes y la ruptura de los mismos. No quiero decir que se abogue en el relato por la instalación de rutinas, normas, y métodos que creen un tipo de existencia en el que todo funciona como el mecanismo de un reloj sino que se plasma en él aquella zona de la psicología humana en la cual la ruptura del orden adquirido se ve como una amenaza. La protagonista de este texto es una mujer que vive en una urbanización de lo que en una semántica cargada de cursilerías burguesas, se llamaría *decente*. En este punto sabemos que

en esa atmósfera todo es irónicamente *decente*: la gente que vive allí, la grama que debe cortarse llegada a cierta altura, las bolsas de basura que se deben sacar en ciertos días y a ciertas horas, el marido que debe comportarse y actuar de cierta forma, salir al trabajo y regresar a casa a cierta hora. Nada puede ser equívoco frente a esa categorización de lo *cierto*, subrayándose así el curso de un modelo homogéneo.

Cuando a esta infalible maquinaria en la que se ha convertido esta urbanización—y en la que todo ha pasado a ser lo mismo—llega un hombre sin esposa y con cinco gatos y con total indiferencia por el crecimiento de la grama o del resto de la vegetación y la falta de respeto al acatamiento de cada una de las normas que dan esa sensación de orden, la provocación de lo que Cortázar consideraba las murallas de la Gran Costumbre es tal que la psicología humana se desmorona. Sea a través del recuerdo o vía puramente imaginativa, la amenaza de una violación en el castillo del orden, o mejor dicho, de aquello que se percibe como orden

y por lo tanto como curso de una realidad carente de conflictos, trae consigo el desmoronamiento total del personaje sin importar que su propia existencia haya ya estado desintegrada precisamente por ese orden que había disimulado la carencia de relaciones significativas, de amor, pasión y diversos estímulos del caos que es la vida.

“La muerte de Manuel” plantea que la vida estancada de estos personajes que pueblan el universo narrativo de Fonseca no se altera sino por la noticia de la muerte que se avecina y les sorprende en ese momento en que ya no queda más vida ni más opciones. De modo que hasta la presencia de la muerte llega tarde para estas existencias transcurridas en espacios y tiempos inamovibles: “Te miras de nuevo, ahora para asegurarte de que estás vestido para la ocasión, y lo que ves te parece tan ajeno como la ocasión misma: un hombre viejo trajeado de negro, con la mirada ausente de los muertos” (*Dos voces* 124). Narrativamente se sugiere que ni el atrevimiento de

la muerte es aleccionador para quien ha llevado toda su vida como la realización de un zombi.

Esta dirección existencialista de la cuentística de Fonseca se expande en los cuentos “Fotos de familia” y “Ese lamento”. El primero de ellos plasma el transcurso de la vida como el viaje por un túnel de soledad y la muerte como una opción que tampoco logra erradicar el abrumador sentimiento absurdo de la existencia. Observando la foto de un tío, el sobrino compara el suicidio de este pariente (la muerte) con el suicidio suyo (el seguir prolongando su soledad a través de la vida), cuestionando, además, el hecho de que la muerte como elección sea un acto definitivo, y que, consecuentemente, no existe en realidad una opción que pueda poner término a la soledad y absurdo humanos. Así, las fotos que llenan las repisas y paredes de una casa quedan como ilusiones de espacios y tiempos venturosos. Consciente de esta falsedad, el protagonista de “Fotos de familia” continúa caminando por su oscuro

túnel de soledad aunque desistiendo de observar el espejismo que traen las fotos. Ni Proust ni Sartre. Es decir, el pasado no es un tiempo al que se quiera regresar puesto que no es diferente dentro de un túnel. La opción sartreana de libertad en la elección de la muerte tampoco ofrece una salida diferente del confinamiento que involucra la existencia. “Ese lamento”, por su parte, se interna en el mundo de la muerte como un viaje angustioso: “En el trayecto hacia el pueblo más lejano, mira su rostro reflejado en el vidrio y ve que tiene la palidez de una luna clara. Lo toca con los dedos temblorosos y lo siente frío y recuerda que tiene días sin comer, días sin dormir, días montado en ese tren que no termina de llegar a ningún sitio. Un tren repleto de asientos vacíos” (*Dos voces* 200-201). De este modo, el vacío de vivir ha regresado al de la muerte con el agravante del invasivo temor que produce no solo residir en un universo de tinieblas sino que además de sentirse un reflejo.

La perspectiva erótica del cuento “Solo a veces” crea un espacio en esta

colección en el que el vínculo de dos seres parece realizarse de un modo pleno. Es la noche íntima de una pareja que lleva muchos años juntos. Son dos cuerpos que se conocen y que experimentan el placer de su sexualidad recorriéndose y enlazándose en la experiencia lujuriosa de sus propios organismos. Hay una dilatada voluptuosidad narrativa en el encuentro de lo carnal y de la fruición erótica: “El me explora, como se explora lo que se conoce y se ama; no hay misterio y no importa, porque puedo anticipar el placer, el goce que está por venir, que ya comienza” (*Dos voces* 168). En esa danza lasciva de una noche en la que no importa el nombre de los protagonistas ni la historia que precede a la conmoción nocturna de sus deseos se llega a la culminación de lo que podría ser sólo la plasmación de una pintura hedónica. Una sorpresa, sin embargo, llega casi silenciosamente en esa noche de placer: la nostalgia del amor con la que comenzara la relación en los años de su juventud. El placer sexual, aunque satisfactorio, consigna de

este modo un sentimiento de pérdida de un aspecto significativo por el cual en realidad esa relación tuvo lugar y de la cual ahora sólo queda el recuerdo.

Ineludiblemente, una de las actitudes irreverentes del arte más vanguardista reside en posicionar su mira hacia el escritor. Hay que dispararle para matarse a sí mismo. Es una muerte literaria y simbólica que intenta acabar con el estatuto de trascendencia en torno al artista y de convertirlo además en un personaje. Mucho más despiadado, sin embargo, puede resultar el encarar literariamente la pretensión de ser un gran escritor. En “Aquí vamos otra vez”, Fonseca registra este último objetivo escogiendo la ridiculización de la figura del escritor en ciernes que por muchos años ha postulado su novela al concurso que supuestamente le concederá el premio, convirtiendo así a su autor en celebridad. Dimitrios Gianareas, por su parte, lo lleva a cabo en su cuento “El concurso”.

Ambos textos utilizan el sarcasmo con un extraordinario estilo narrativo que concluye en

una visión inclemente de sus personajes respecto de la persistente frustración de presentarse una y otra vez al concurso con la esperanza de ganar, sólo para enfrentarse a la desilusión de tal expectativa. La pintura de esta presunción se acerca a la de los personajes de la novela picaresca que viven de las apariencias, creando de esta manera un estado de completa desolación de esta representación del escritor embrionario que realmente nunca llegará a ser escritor:

Arrastra un poco los pies. No por su edad—unos sesenta y un años—sino por el peso de esa historia que lleva cosida, una historia cuya escritura ha sido larga como ese empeño que lo conduce por años a la calle 6, a esa puerta de hierro, a esas escaleras angostas de los edificios antiguos, a esa oficina sobria, a esa secretaria que ya lo conoce y lo saluda y recibe de sus manos el sobre sellado, preguntándose hasta cuándo este señor que se ve serio y mayorcito, va a seguir cumpliendo este ritual absurdo de presentar una novela a concurso. (Dos voces 171)

En este retrato de un ser en pos de una falsedad, Fonseca no desperdicia la oportunidad de satirizar los estereotipos que rodean a esta clase de tentativas e imagen del escritor, repasando, además, la dimensión de lo absurdo de quien ha destinado su vida, olvidando su propia existencia, a la propuesta de una novela que al cabo de tantos años—aunque sentenciada al fracaso—este escritor se la conoce de memoria y ha pasado a convivir con sus personajes como si él fuera un protagonista más del propio mundo narrativo que él ha creado.

Carolina Fonseca ha publicado cuatro colecciones de cuentos. Dos de ellas en coautoría, la que analizo aquí escrita con Dimitrios Gianareas, luego en 2015 *Cuentos compactos* en coautoría con Enrique Jaramillo Levi. En los años 2014 y 2016 se publican sus libros de cuento como autora única *A veces sucede e Impulsos indomables a plena luz del día*. He leído sus cuatro libros y se puede ver en todos ellos el fervor de una escritora que aparte de la dimensión existencial de su obra busca asiduamente

el encuentro de nuevos ángulos como si se tratara de una fotografía-arte o de una pintura en la que dimensionan los colores, los contrastes, los claro-oscuros, las varias perspectivas. Las citas que siguen pertenecen a *Impulsos indomables a plena luz del día*: “Un incisivo rayo de luz traspasa el cristal y atraviesa la habitación en una pendiente suave hasta dar en la piel de sus espalda” (47); “Del otro lado hay una

pareja teniendo sexo” (57); “Él podía abandonarme en cualquier momento” (83); “Éramos tres mujeres sentadas en los taburetes altos de un bar” (27). Son comienzos de cuatro cuentos de esta colección y una muestra de cómo sorprender y de cómo dar una pista que luego puede desaparecer porque la hechura no corresponde sólo a la escritura. Se encuentra también en la lectura que es el espacio que Fonseca deja libre,

lo cual no habría sido posible sin un tratamiento diestro de la escritura. Así, en la obra de la escritora venezolana radicada en Panamá, el tema no es suficiente y la anécdota puede desaparecer en las sensaciones de las imágenes. Esta sapiencia del escribir creativo se encuentra de modo pleno y fino en *Dos voces*, la primera y exitosa incursión narrativa de Carolina Fonseca.

Fernando Burgos Pérez. *Profesor de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Memphis, en Memphis, Tennessee. Se graduó de la Universidad de Chile como Profesor de Español y de la Universidad de Florida con un Doctorado en Lenguas Romances. La novela moderna hispanoamericana; Vertientes de la modernidad hispanoamericana; Cuentos de Hispanoamérica en el siglo XX; Los escritores y la creación en Hispanoamérica; Un lector y un escritor tras el enigma: la narrativa de Enrique Jaramillo Levi y Conductividades posmodernas en la obra de Enrique Jaramillo Levi (UTP, 2012) se encuentran entre los doce libros que ha publicado. Ha contribuido a la bibliografía hispánica con más de setenta artículos aparecidos en revistas europeas, latinoamericanas y estadounidenses.*



RECORDANDO AL DR. JOSÉ GUILLERMO ROS-ZANET

Claudio de Castro



Una tarde de 1980 tocaba el timbre de una residencia colonial en calle 42 Bella Vista, construida por el arquitecto Leonardo Villanueva. Enseguida llamó mi atención. Era la casa del Dr. José Guillermo Ros-Zanet. Me encontraba allí, por otro motivo, me gustaba una de sus hijas, Vida (con la que posteriormente me casé) y quise pasar a saludarla. Ese día conocí al Dr. Ros-Zanet.

Sus charlas eran muy profundas. Hablaba del lenguaje, la ética, filosofía y nos contaba sobre escritores que conoció a lo largo de su vida, como Miguel Ángel Asturias, el escritor guatemalteco, autor de **“Hombres de Maíz”** (1949). Con Asturias, junto a algunos escritores panameños, fue de paseo a la Isla de Taboga, en el golfo de Panamá. Guarda enmarcadas en la pared de su estudio, algunas fotos antiguas de ese día inolvidable.

Nació el 11 de junio de 1928, en la ciudad de David, provincia de Chiriquí. Su infancia marcó su vida, su pensamiento y su poesía. Siempre nos decía: “Soy chiricano. Mi padre fue un médico cubano, el Dr. Rodolfo Ros, que vino a Panamá con el grupo del Dr. Finlay, para erradicar la malaria y la fiebre amarilla. Se enamoró de nuestra Provincia, de mi mamá y se radicó en David”.

En 1956, siendo estudiante del Instituto Nacional, ganó el premio máximo de Literatura Ricardo Miró con su poemario: “Ceremonial del Recuerdo”. Ese año su Alma Mater le hizo un gran homenaje.

Me contaba un antiguo compañero de estudios que lo conoció: *“A José Guillermo siempre le gustó leer y escribir. Al lado de su mesa de noche tenía columnas enormes de libros, que iba rotando a medida que los leía”.*

Aprendió muchos oficios, pero él quería ser médico, como su padre. Se esforzó y lo consiguió. Fue médico pediatra. Solía decir: *“La medicina, aún al desencarnarse, no ha de quedar en huesos sino en alma”*.

Un día recién casado con Vida, enfermó. Ella lo llamó y me recetó gotas de ciertas medicinas infantiles. Como si le recetará a un niño. Dudé y preferí ir a un especialista. Me salió carísima la consulta. Al llegar a casa telefoneó y me preguntó qué me habían recetado. Tuve que reconocer: *“LO MISMO QUE USTED”*.

Terminaron vendiendo la casa colonial de Bella Vista, un barrio donde se perdieron ambos: *“lo bella y la vista”*. El día que se mudaron me llamó el chofer que transportaba sus muebles y me dijo conmovido:

“Este señor es como diferente”.

“¿Por qué lo dice?”, le pregunté intrigado.

“Es la primera vez que en una mudanza llevo un contenedor repleto de libros”.



Luego de su partida, me detuve a observar algunas de sus pertenencias, fotos familiares, diplomas y libros en cada esquina. Lo han llamado humanista. Alguien me llamó y me dijo: *“Fue un hombre justo”*.

Su casa es una biblioteca enorme, con miles de libros en las estanterías. Descubrí en diferentes escritorios, libretas con apuntes hechos a mano, poemas olvidados, reflexiones de filosofía y ética, junto a miles de anotaciones inéditas, que algún día habrá que publicar.

DE LAS MEMORIAS VENGO

Vengo a pensar por siempre mi Poesía,

su Custodia y su pan de cada día.

Vengo para la Fe,

la noche y madrugada,

para el agua y la piedra

de fondo de estos ríos...

A la provincia vengo,

a sus altas auroras.

A mi provincia voy...

De mi provincia vengo.

Sus dos grandes pasiones fueron, el lenguaje -la palabra que llenaba de significados- y su familia.

EL HABLA NACE Y NOS DURA

Dura apenas la palabra

el instante del nombrar;

más dura el nombre, y el habla

nos dura por siempre y está

en el comienzo del alma,

centrada en su eternidad.

Quedó huérfano a los 10 años. Su madre fue chiricana, se llamó Clara Zanet. Su abuela Josefina cuidó de él y sus hermanos. Fueron años difíciles. Solía recordar ese trágico y doloroso momento, cuando su abuela fue a decirles que su madre había partido al cielo y lo plasmó en un hermoso poema.

LLEGAN SUEÑOS Y MEMORIAS

*Y Madre ha muerto en estas altas horas,
con luz de buen silencio.*

*Y sólo treinta y tres años tenía,
y era madre muy tierna, y todavía.*

¡Qué dolorosa cama de Hospital!

*Y abuela nos despierta —madrugada—,
más dureza y abuela,
y más sabiduría.*

Más amor y provincia, y nos dice:

(más madre, más abuela):

“Ya vuestra dulce madre está en el cielo” ... (Ternuras todavía...)

Memorias ancestrales

*velaban las herencias y los sueños,
en la tierra, en el cielo,
en montes y volcanes,
en aguas y sabanas. Y son ríos.*

*Hoy las nubes se abrazan en el cielo,
y parece que lloran con silencios...*

Y el duelo guarda edades.

Memorias, y son vidas todavía...

En su memoria rondaba la casa en David donde vivió sus años de infancia, el aguamanil, el patio donde jugaba con sus hermanos, y su abuela Josefina. Era como si el tiempo se hubiese detenido en David, al que dedicó muchos de sus poemas.

LA CASA DONDE NADIE HABITA

Está sola la casa.

A la buena de Dios ha ido quedando

mi casa familiar. Nadie la habita.

Adobe quedará sobre el adobe.

Está sola la casa.

Defiéndela, Señor, ¡nada te cuesta!,

defiéndele los años de ir viviendo

duramente en su sitio.

Tal vez por ese musgo, o sombra, o nada

que desde alguna parte le nacía;

sin donde comenzar, ¡sin dónde cielos!,

sino en esa figura que caía.

II

El patio, el mirto, el alba,

el camino de piedras

maldejado en la yerba,

el barandal de herrumbre, el pasamanos

dulcemente glorioso.

El claro aguamanil

que tuvo una ventana

y tuvo a abuela,

porque ella cada día

*lo llenaba de esencia y madrugada,
cuando el agua brocal lenta caía.*

Como buen chiricano, llevó su provincia en el alma. Se marchó sin haberla dejado olvidada.

REVIVA “EL ALMA DORMIDA”

Hace abundantes años...

*Y, sin embargo, sigo en la provincia,
al lado de mi infancia
y en el alma del alma de la casa...*

Suena muy alto “el cacho de la planta”:

Son las doce del día...

*Y casi al mismo tiempo
suena la campanilla
del buen reloj de casa.*

Nos llama mamábuela a la mesa,

*de viandas hortelanas:
ofrendas del trabajo, de la tierra;
con hablas de familia...*

Es el hogar por siempre. Patria mía...

*Ya de morir y ser
el corazón se muere,
y mamita por siempre
vive, muere, y nos dura todavía...*

AL FIN ME VIVO

*Al fin me estoy viviendo
y siento que no muero hasta muy tarde.*

*Me vivo con mi infancia
y estoy en mi familia,
y para siempre la quiero;
y todo se consagra.*

Y todo se hace mundo, llama, casa...

*Son manos las que llaman
y juntan las criaturas,
son hermanos que llaman
como bosques con voces
de otros bosques más hondos, rumorosos.*

*Hay difuntos de luz y de caminos
que nos llevan al cielo de la infancia...*

*La provincia se llama madre, abuela,
y padre y llanto y casa,
y gloriosos hermanos.*

Es la eterna fontana todavía.

*Y bajan de sus cuerpos grandes hombres,
y suben hasta el alma de este mundo,
para el mundo y su luz.*

El día de su muerte, la noticia se regó como pólvora, las redes sociales se inundaron con su poesía, y la poesía se apoderó por un momento de nuestras vidas.

Fue un evento único, histórico en nuestro país. Y yo, que le conocí por Vida, mi esposa, le digo agradecido: “Hasta pronto Dr. Ros-Zanet”, con este poema suyo que le gustaba repetir en las sobremesas, sobre todo los últimos días:

Ser uno para la vida.

Y el mismo para la muerte.

Ser uno, sólo, indivisible.

Ser uno, partido en uno.

CLAUDIO DE CASTRO. Nació en Colón el 3 de julio de 1957. Obtuvo en 1977 el "Premio Nacional Signos de Joven Literatura Panameña" y el "Premio Centroamericano de Literatura Joven" auspiciado por el Instituto Salvadoreño-costarricense (San José, Costa Rica). En 2012 gana el Concurso Nacional de Literatura "Ricardo Miró" como cuentista. Libros de cuentos publicados: **La niña fea de Alajuela** (1985); **La isla de mamá Teresa, el abuelo Toño y otros cuentos** (1985); **El señor Foucalt** (1987); **Fotos de Henry Cartier** (1987); **El juego** (1989); **El camaleón** (1990, 1991); **Aventuras de un papá** (2001); **El cangrejo azul** (antología; 2006); **Las vecinas y otros cuentos** (2011); **Aventuras de un papá** (2001); **El misterio del manuscrito Voynich** (2013). También ha publicado numerosos pequeños libros reflexivos en torno a temas de la fe católica.



EL INSOSPECHADO PROBLEMA DE LA EXISTENCIA

Javier Mosquera Saravia

(guatemalteco)



¿El relato que habla sobre el futuro? Mi editor dijo que fue el que más le gustó de los que le envié para el nuevo libro. Aunque traté de imaginar cuál de ellos era, no lo conseguí. Fui a revisar los títulos de la colección. Me quedé igual.

Dispuse dejarlo para más tarde. Tal vez después de leer los periódicos y tomar un café, la mente se me aclararía un poco. No me pude concentrar y, para colmo, la duda me impidió el disfrute masoquista de la verificación cotidiana de la locura, la violencia y la sinrazón que nos rodea en esta ciudad con exceso de armas y falta de urinarios públicos.

A pesar de la pereza de enfrentarme de nuevo a los textos—y la consecuente adición de algunas más de las innumerables correcciones de siempre— me dispuse a releerlos. Empecé por aquellos cuyo tema, supuse, se acercaba a

lo que me dijo el editor. Después seguí al azar. Cuatro horas más tarde, frustrado, me aguanté la vergüenza y lo llamé por teléfono para pedirle que me diera el nombre del relato.

Me lo repitió tres veces. No entendí sus palabras. O bien se cortaba la comunicación, o sólo se escuchaba un murmullo incomprensible. A fin de aclarar mis ideas, le aseguré que nunca había escrito un cuento con ese título, aunque no supiera a cuál se refería. Él se lo tomó a broma. Sólo hasta que se lo repetí insistentemente, casi de mal humor, dijo que me iba a mandar una copia y me invitó irónicamente a seguir negando su existencia.

Unos minutos después, me apresuré a abrir su mensaje en mi correo electrónico, ya bastante intrigado. El archivo adjunto tenía por nombrepdf y estaba en

blanco. Volví a llamarlo, esta vez enojado en serio. Me aseguró que tenía a la vista la copia del correo en su bandeja de salida y que allí el adjunto se leía perfectamente. Mi editor, ya molesto también, decidió enviármelo de nuevo, pero ahora con una copia dirigida a la Bibi, a fin de probar que no mentía.

Por supuesto, el correo llegó igual. La bromita estaba resultando ser muy pesada. Me negué a seguirle el juego y evité llamar a la Bibi, pues de seguro sólo iba a descubrir que le había enviado el mismo documento en blanco y después yo sería objeto de burlas aún más crueles. Eso sí, el hecho me parecía muy extraño. Mi editor nunca había bromeado conmigo de esa manera.

Fue la Bibi quien me habló. Estaba extasiada con el cuento

Tampoco entendí en sus palabras el título del mencionado relato. Me confesó que le había extrañado mucho la tierna visión del futuro expresada en ese texto. Era conmovedora y de una gran delicadeza. Raro en mí, dijo, dadas mis temáticas comúnmente sombrías. Quedé todavía más confundido. Me fui de inmediato a su casa.

No tuve que recurrir al montón de excusas que había planeado para que me permitiera ver el documento en la pantalla de su computadora, o mejor aún, que me proporcionara una copia impresa. Ya lo tenía abierto. Me pidió que se lo leyera, quería oírlo de mi voz para saborearlo aún más en la entonación de mis palabras.

Lo que vi fue la misma sucesión de páginas en blanco. Le pedí que lo imprimiera. La Bibi, emocionada de verdad, tecló la orden. Del dispositivo brotaron dos virginales hojas.

¿Sería posible que se hubiera prestado a esta mentira tan bien elaborada? Eso de llenar con retornos dos páginas y mandarlas por

correo, me parecía excesivo. No, ese brillo en su mirada no podía ser fingido y ella era incapaz de bromear con mi trabajo. En verdad me amaba.

Tuve que inventar una serie de pretextos para negarme a leer lo que no existía. No se los tragó y me percaté de su profunda desilusión. Con tal de consolarla un poco y sobre todo para ganar tiempo, le prometí que en la presentación del libro, no sólo lo iba a leer, sino que se lo dedicaría con todo mi amor. Eso no le devolvió la sonrisa, pero logré que ya no insistiera y me dejara ir.

De más está decir que mi vida perdió la consistencia. Evité a la Bibi todo lo que pude, lo cual estuvo a punto de destrozar lo único realmente valioso que poseía en mi absurda existencia. A duras penas soportó la serie de mentiras y excusas en las que la envolví.

Tres días antes de la fecha fijada, llegaron a dejarme los ejemplares del libro que me correspondían, según el contrato firmado. Por puro morbo tomé una copia. Ya suponía lo que iba a encontrar, pero quise confirmar mis sospechas. Conforme al índice, el cuento cuyo título era una línea en blanco venía en la página 64. Al abrir la ubicación indicada, lo esperado. Nada. Lo único impreso en esas hojas era el número de página y la línea de cortesía.

La noche antes de la presentación apenas cerré los ojos. Incluso intenté escribir una historia que se pareciera un poco a todo lo que mis amigos me habían dicho del relato y a lo aparecido en la crítica especializada acerca de él. Por cierto, los mejores comentarios que había recibido nunca. Lo que alcancé a redactar, por supuesto, era un desastre. Peor no podía ser. Tiré las hojas a la basura. Decidí que llegado el momento, le iba a dedicar a la Bibi, con todo mi amor, la lectura de otro de los cuentos. Cualquiera, no importaba.

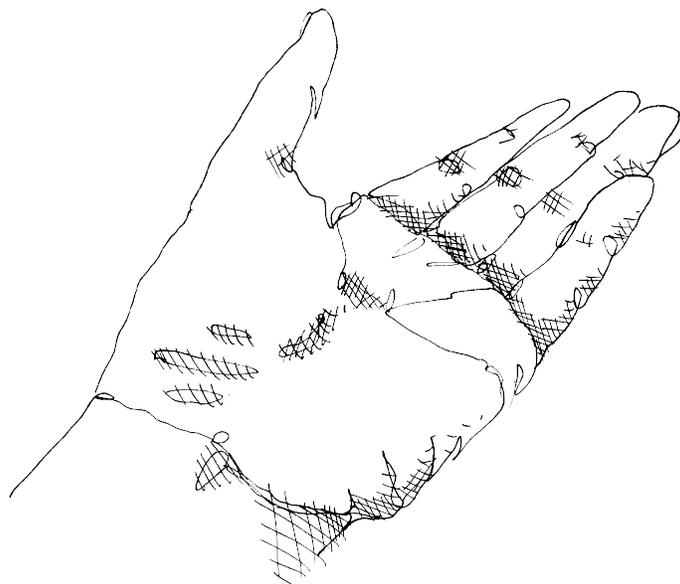
¿Cómo iba a enfrentar el ridículo al leer un texto diferente del impreso en las copias de los que ya tuvieran el libro y cuya lectura de seguro estarían siguiendo en sus ejemplares?

Me retrasé a propósito, por eso me extrañó sobremanera que ni mi editor ni la Bibi se hubieran comunicado conmigo para saber a qué se debía mi tardanza. Al llegar al centro comercial en donde estaba la librería, me crucé con algunos conocidos quienes, al igual que yo, iban tarde. No me saludaron y ni siquiera parecieron reconocerme, tal era su prisa.

En el interior, lleno mucho más allá de su capacidad, todo el público ponía atención. El acto había empezado y al frente, sentado detrás de una mesa, alguien que no era yo, con mi nombre escrito en un rótulo delante de él, leía un relato en una lengua incomprensible para mí. Todos lo escuchaban extasiados y con una expresión de absoluto placer. Alcancé a ver que a la Bibi se le salían las lágrimas y miraba al extraño con el verdor que reservaba sólo para mí.

Simplemente di la vuelta y terminé de desaparecer.

Javier Mosquera Saravia. *Nació en Guatemala el 4 de agosto de 1961. Bachiller en Ciencias y Letras por el Liceo Javier y Licenciado en Letras. Vivió exiliado en la Ciudad de México entre 1981 y 1991. Ha publicado los libros de cuentos: Dragones y escaleras y otros... cuentos (2002); Angélica en la ventana (2004); Laberintos y rompecabezas (2005); Conversación improbable con Laura (2012). Una manzana peligrosa en el último día perfecto (2015). Ha publicado, además, dos novelas: Espirales (2009) y Figuraciones (2012). La novela Espirales fue traducida al gallego, al francés y al inglés. Además tradujo al español las novelas de David Unger, The Price of Escape (El precio de la fuga) y Life in the Damn Tropics (Vivir en el maldito trópico) y la investigación de Daniel Wilkinson Silence on the Mountain (Silencio en la montaña). Elegido como uno de los 25 secretos mejor guardados de América Latina en la XXV edición de la FIL de Guadalajara.*



POEMAS DE JAIKO JIMÉNEZ



I

Mi infancia está regada entre rincones
devorados por el tiempo,
soledades dispersas por una casa que ya no
existe;
mi infancia es un lugar que no encuentro;
¿acaso fue, alguna vez acaso, en los aviones
de papel quizá...?

Hoy solo quiero decir,
decirme,
invocar palabras a modo de salvación;
justificar la levedad de mi existencia
reconociendo que no hay libertad posible;
pero mi condición de hombre me anuda la
garganta,
y es inevitable el precio a pagar por los
silencios pasados.

Debo confesar que no hay un recuerdo
distinto
del de mi cuerpo tirado en una esquina desde
la cual se ve pasar el mundo;
y qué es el mundo sino un montón de



imágenes extrañas que pasan frente a ti
sin siquiera notar tu existencia.

¿Será que en verdad estoy,
aquí, conmigo,
existiré de veras?

¿Acaso seré yo mismo otra imagen extraña
que pasa también frente a los ojos de un niño
que no conozco?

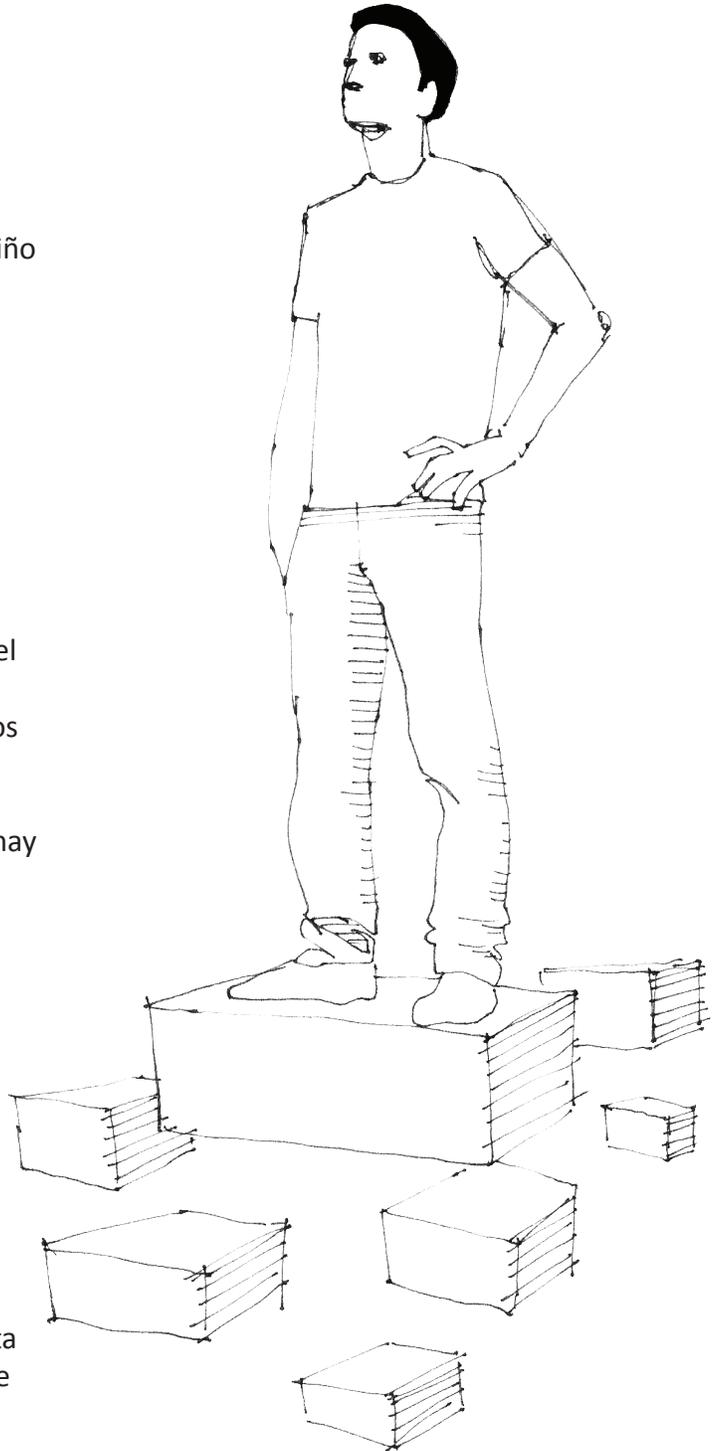
XI

(A la señora Murriel, in memoriam...)

Si tan solo pudiera esta noche irrumpir en el
tiempo
y abrir esa cortina gris que nos separa de los
fantasmas;
pero pasa que tú no eres un fantasma
y pasa también que no existe el tiempo ni hay
una cortina gris.

Nostalgia hay,
el deseo de despertar un día y verte allí
sentada en tu mecedora vieja,
sí, en tu mecedora, vieja;
vistiendo esa bata de flores azules
y una sonrisa desgastada.
Tú sabes muy bien lo qué es el tiempo,
Murriel,
tu sola mirada me hablaba de su furia.

Quisiera de vez en cuando tocar a tu puerta
Y decirte que los enemigos de los sueños se
han ido,
que aún hay pan para la hora del hambre,
y que permaneces intacta en los recuerdos.



Decirte de una vez por todas
levántate,
es domingo
y afuera llueve.

En cada lluvia creía poder verte.

Era como si la lluvia fuese tuya,
como si fuera tu voz.

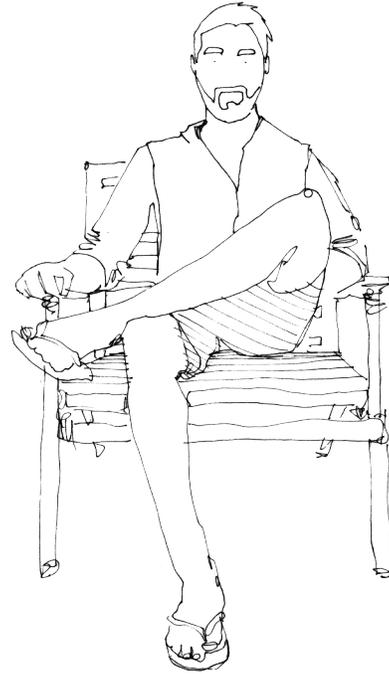
La lluvia siempre fue ese espejo triste
en donde buscabas tu rostro.

Te fuiste una noche detrás de la lluvia,
oculta en la niebla de mi sueño más pesado.

Te fuiste
para habitar en una patria silenciosa;
sin temor a los monstruos bebedores de
sangre,
quisiste irrumpir en la lúgubre morada de los
muertos.

Se acaba mi infancia de golpe,
Y de pronto
todo duele;
todo se acaba,
todo corre tras de ti,
mujer de muchas sombras.

Todo empieza a diluirse irremediamente;
solo queda la dureza de tu ausencia,
y tu nombre,
solo tu nombre que invocaré a la hora del
olvido.



*Tomados de Jeiko Jiménez. “**Dos edades en la biografía de un hombre común**”, el duende gramático, Panamá, 2017.

Jeiko Aquilino Jiménez Caín. Panamá, 4 de marzo de 1994. Licenciado en Comunicación Ejecutiva Bilingüe por la Universidad Tecnológica de Panamá, promoción 2017. Egresado de la primera versión del programa de formación de escritores (PROFE), del Instituto Nacional de Cultura, género poesía. Aparece en la antología “Poesía emergente de Panamá” 2017. Obtuvo el primer lugar en el Concurso Universitario de Poesía “Octavio Méndez Pereira” 2016 con su poemario **Versos contra el olvido**. Con **El ser y la nada** recibe Mención de Honor en el Concurso Nacional de Poesía Joven “Gustavo Batista Cedeño” 2015. Ese mismo año sus trabajos **Versos de la casa de la infancia** y **Sentir de un hombre común** fueron premiados en el concurso nacional de poesía León. A. Soto. En el 2017 publica su primer libro de poemas llamado “**Dos edades en la biografía de un hombre común**” bajo el sello editorial el duende gramático.

DOS CUENTOS

Eyra Harbar



AL OTRO LADO

Festina lente

Augusto

Día tras día vive la misma historia. Los elementos cotidianos, que se llaman domésticos, están allí. Los jarrones con flores, las tazas, las cafeteras, platos de cerámica blanca, el servilletero de cristal made in China, las ollas de acero inoxidable, todo aquello queda encerrado en su casa hasta que más tarde le toque regresar con los pies molidos y el cansancio por el recorrido de dos horas en el transporte público. Debería ser diferente, pensaba con frecuencia. El cotidiano se había convertido en un trasiego de jungla de asfalto entre paroxismo vehicular, envenenados conductores de 5 de la tarde y autobuses repletos de otros trabajadores que, como ella, sólo querían llegar a su destino.

Al regresar a casa solía acostarse en el sofá y mirar el techo por un rato. Al poco tiempo caía rendida con la visión de un sueño repetido. Se veía ocupando un cuerpo de caracol cada noche, con su carcasa repetida en espiral, esperando en la orilla para entrar luego al mar.

La primera vez se levantó de un tirón con la sensación de haberse ahogado al respirar. La segunda, consideró que estaba delante de un aviso del subconsciente. La tercera y cuarta ocasión, revisó con cuidado el sueño y, cuando estuvo en él, deambuló en la casa de caracol que repetía su visita cada noche, su curvatura alisada por el agua, la calcárea cueva en la que escuchaba el eco del mar y la tranquilidad silenciosa adentro de esa pequeña estructura. Tanto llegó a conocer el lugar que, en las siguientes citas, no sabe cómo ni cuándo ocurrió. Dejó sus sandalias al borde de la cama y se lanzó sobre las olas persiguiendo aquel sueño. Se vio rotundamente clara en ese espiral que rodaba por la arena hasta la espuma y el agua transparente que la recogía con calidez hasta llegar a lo profundo del mar. Había otras carcazas nácar que poblaban un horizonte de caracoles que entraban al pórtico del agua, era un colectivo que se dejaba llevar por las olas que se acercaban a la orilla y la llamaban para compartir la lentitud del mar.

Esa noche tuvo un sueño extraño. Se vio convertida en una mujer que volvía por la noche a su casa, esquivando locos automóviles y un tráfico de hormigas que salían del trabajo, y se sintió tan feliz de ser un plácido caracol que descansaba en la arena, allí, al otro lado, donde no cabían desquiciadas autopistas ni tristes máquinas de humo gris.

PECES NEGROS

Para LL

Cuando John James Audubon pintó las aves del Misisipi, en el siglo XIX, ya el río había sido considerado majestuoso por los indios que ocupaban el lugar, reconociéndole como

‘padre de las aguas’. Más tarde, Huckelberry y Jim probarían el curso de su corriente en una balsa construida por la pluma de Mark Twain. Pero en otoño, cuando los árboles padecen la caída de sus hojas y lucen suplicantes con sus ramas desnudas e impotentes frente a la llegada del frío, el paisaje adquiere el rostro de una tierra seca que deja escuchar el crujir de cada paso. Jerome prefería el otoño porque reconocía el paso de su madre a orillas del río. Tenía 12 años y jamás había ido a la escuela. Era un niño negro a orillas de un Misisipi rural que le mantenía cerca de la casa de madera que también crujía al llegar el otoño. Además, nada había alrededor, nadie con quien jugar, a excepción de los mapaches que de vez en cuando se acercaban.

Antes de caer la noche, la poca claridad hacía lucir los árboles tan desolados como una casa abandonada. Tomaban el aspecto de una lápida que anunciaba la llegada de un frío más intenso, un viento que empezaba a arreciar despiadado con la llegada la oscuridad. Su madre sólo tenía una manta, por eso pasaban juntos la noche al calor de una vieja lámpara de kerosene y de algunos leños cortados por la mujer. El frío era imperturbable y se colaba entre los tablones de la casa, se instalaba en la cama a sus anchas, congelaba de golpe los pulmones y apuñalaba el pecho al respirar. Jerome prefería el otoño porque el río se calmaba y reflejaba la quietud del agua. Lo convertía en un pez negro a orillas del Misisipi, zigzagueante en el espejo de los árboles. Navegaba río arriba ondulando libremente en la ribera, sorteando los peñascos a contracorriente con plena soltura. Eso es, Jerome, otro otoño sin suficientes mantas ni

papas cocidas y la fiebre que te sube en medio del ventarrón. Eso somos, Jerome, dos peces negros lanzados al norte del río para que ellos construyan ciudades nuevas en las que no pueden estar tu cabecita y la mía. No cabemos en ese pueblo que jamás nos ha contado como suyos, como el día que naciste y solo nosotros dos registramos tu nacimiento. Tú y yo, Jerome, en el Misisipi. Lo entiendes, Jerome, resbaladizo pececito que escapas del mundo soltándote de mis manos.

Eyra Harbar. *Nace en Almirante, Bocas del Toro, Panamá, el 19 de agosto de 1972. Escritora y Abogada, con especialidades en gestión cultural y proyectos sociales. Tiene Diploma Superior en Cultura y Comunicación por Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Argentina. Publicó los poemarios **Donde habita el escarabajo** (Panamá, 2002) y **Espejos** (Panamá, 2003) en los que muestra su trabajo premiado en concursos nacionales de poesía “Gustavo Batista Cedeño” (2002), “Demetrio Herrera Sevillano” (1996) y “Esther María Osses” (1995). En 2013 gana el Concurso de poesía “León A. Soto” con **Paraíso quemado**. En 2015 gana el primer lugar en el Concurso IPEL “Esther María Osses” con el poemario **Desiertos de Alborada**. En 2017 gana el Primer Premio en el Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil con la obra **Cuentos para el planeta**. Su trabajo ha sido publicado en Panamá, México, Barcelona, Nicaragua, Perú, Venezuela, así como en antologías y muestras poéticas en diversos países. En 2018 publicará su primer libro de cuentos: **No está de más**, con Foro/taller Sagitario Ediciones.*



POEMAS DE MARÍA PÉREZ- TALAVERA

(venezolana)



ARTE

Para Inés.

Un museo es una casa grande
llena de cuadros y de cosas bellas.
A mí me gusta ir a mirarlas
por ratos cortos y a veces

largos.

Me gusta también mirar a otros,
concentrados, ver los cuadros
y las cosas
y la nada.

Le encuentro significado a todo
sin que lo tenga
o sin buscárselo.

De regreso, por los pasillos,
pienso que sería hermoso saber de arte.



RECURRENCIAS

Dormir a tu lado cada noche
serena
y arropada por tu piel
me hace feliz,

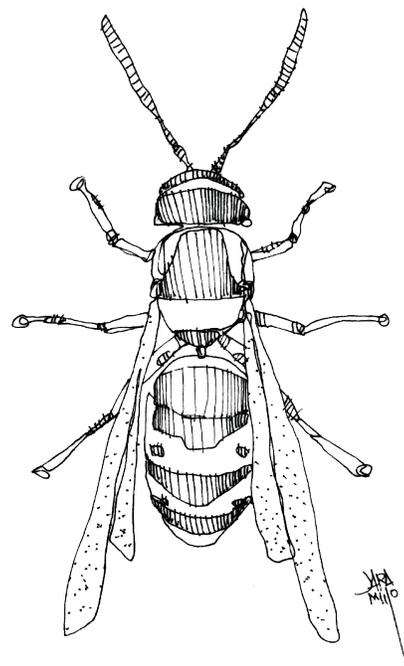
como cuando observo
tranquila
a mis matas crecer

Me da placer
lanzar piedras al agua
cuando las escojo planas, especiales,
multiformes
cuando caminan sobre el agua
como Jesús
cuando se hundan y me alisto
para recomenzar
y vuelvo a sentir el placer
de lanzar piedras al agua

Una vez fui abeja
perdida entre tus verdes
y tu polen.
Fui hormiga, alguna vez
siguiendo tus caminos
magnificándolo todo.
Siempre tú el dulzor
y lo grande
en mí
eres.

He reencarnado en el hambre
De los estómagos repletos de lombrices
Para matarlos
De vacío
Y que vuelvan a empezar.

María Pérez-Talavera. Valencia - Venezuela, 1985. Narradora, bibliotecaria y especialista en ciencias de la información. Graduada en Ciencias Administrativas y Gerenciales mención Mercadeo en la Universidad Tecnológica del Centro (UNITEC - Venezuela, 2007); del Diplomado en Comunicación Social en la Universidad de Carabobo (UC - Venezuela, 2005) y del Diplomado en Creación Literaria de la Universidad Tecnológica de Panamá (2015). Actualmente cursa una maestría de Biblioteconomía y Ciencias de la Información (Master of Library and Information Science) en la universidad San Jose State de California. Sus cuentos han sido publicados en las revistas "Maga" (Panamá, 2014), "Panorama" (Copa Airlines, 2015) y en diversas publicaciones digitales. Autora de "Umbrales líquidos", libro de cuentos publicado en Panamá por Foro/taller Sagitario Ediciones en 2015. La antología "De un tiempo a esta parte (Asamblea de nuevos cuentistas en Panamá)", publicado por la misma casa editorial en 2016, recoge dos cuentos de su autoría. Es bibliotecaria de un colegio internacional y vive en Panamá con su esposo e hijo.



CUENTISTAS PANAMEÑOS DEL SIGLO XXI

Enrique Jaramillo Levi

Más de 100 nuevos cuentistas han surgido en Panamá en lo que va del siglo XXI. Una sencilla investigación bibliográfica, así como la existencia de diversas compilaciones y antologías, demuestran la magnitud y características de este singular auge. Un 80 % de esos autores ha publicado entre uno y seis libros de ficción breve, mientras que los demás se han dado a conocer por su participación en diversos libros colectivos o por haber publicado en la revista cultural “Maga” (propiedad de la Universidad Tecnológica de Panamá desde 2008, si bien la fundé en 1984).

De ese total, la mitad son mujeres. Sin duda un fenómeno digno de estudio, tanto colectivo como individual, ya que todos estos nuevos escritores, de diversas edades, profesiones y visiones de mundo, van surgiendo casi al mismo tiempo con una gran libertad creativa y con estilos relativamente diferenciados en un país de apenas cuatro millones de habitantes, en el que la Cultura no ocupa un papel significativo, y mucho menos la creación literaria. Y sin embargo, todos ellos escriben, crean obras breves de ficción narrativa que enriquecen la literatura panameña. Es decir, desarrollan un genuino deseo de ser escritores y, en muchos casos, el talento necesario para lograrlo; lo cual necesariamente implica que con sus obras se imponen al ambiente adverso que, en teoría, debería frenar tales ímpetus.

A mi juicio, no son pocos los libros de cuentos de particular interés, muchos de ellos sobresalientes, publicados en lo que va del siglo XXI por creadores en su momento emergentes, lo cual representa una renovación interesante de la ficción breve en Panamá: “La interventora de sueños y otros cuentos” (2000) y “La costra roja” (2007), de Francisco J.

Berguido (1969); “Corazones en la pared” (2000) y “Las trampas de la escritura” (2000), de Yolanda J. Hackshaw M. (1958); “Planeta Venus”, (2000), de Digna R. Valderrama (1965); “Bajo el calor del fuego” (2000), de Leadimiro González (1962); “Vivir del cuento” (2001), de Amparo Márquez (Delia Cortes, 1948); “La rebelión de los poetas” (2001), de Jorge Tomás (Juan David Morgan; 1942); “El trueque” (2002), de Rafael Alexis Álvarez (1959); “La voz en la mano” (2003), de Érika Harris (1963); “Desde el otro lado” (2003) y “Fragmentos de un naufragio” (2005), de Carlos Fong (1967); “Dejarse ir” (2003), de Marisín Reina (1971); “Aries al ponerse el sol” (2003), de Marisín González (1931); “Cuentos nada más” (2004), de Eduardo Soto P. (1965); “De fantasmas y otras realidades” (2004), de Francys Sckogsberg (1954); “Muerte expuesta” (2005), de Jairo Llauradó (1967); “Si te contara” (2004), “No se lo cuentes a nadie” (2007), “El caso del asesino del ascensor y otros cuentos” (2008), “A cuentagotas” (2009), de Lupita Quirós Athanasiadis (1950); “La mujer en el jardín y otras impredecibles mujeres” (2005) y “Esta cotidiana vida” (2007), de Isabel Herrera de Taylor (1944), “Demencia temporal” (2005) y “A sangre tibia” (2011), de Klenya Morales de Bárcenas (1975); “Lejanos parientes indecentes” (2007), de A. Morales Cruz (1952); “Escondite perfecto” (2007), de Alex Mariscal (1959); “Bajareques” (2007), de Alondra Badano (?); “Realidades y otros fantasías” (2007), de Victoria Jiménez Vélez (1937); “Me basta una sola vida” (2007) y “Bajo riesgo propio” (2011), de Rodolfo de Gracia Reynaldo (1969).

Asimismo, “Cuentos cortos para gente larga” (2008), de Piedad Álvarez Maestre (1944); “La búsqueda” (2007), “La lluvia” (2008), “Contra el viento” (2009), “Calígene urbana” (2010) y “Voces al oído” (2011), de Alberto O. Cabredo E. (1956); “Pecados con tu nombre” (2007), “Capítulos finales” (2007) y “Con vista al mar” (2009), de Luigi Lescure (1968); “Perdedores” (2009), de

Chau (1971); “Malas costumbres” (2010), Enithzabel Castrellón Calvo (1975); “Pasión con fondo de guerrilla y otros relatos” (2010), “La mola y otros relatos” (2012) y “De café y chocolate” (2012), de Maritza López-Lasso (1957), “Destinos circulares” (2010) y “Ad infinitum” (2011), de Lissete E. Lanuza Sáenz (1984); “La claridad” (2011), de Gorka Lasa (1972); “Cuentos de Pequeté” (2011), de Ana Lucía Herrera (1971).

También: “Te tengo un cuento bueno” (2011), de Federico Rodríguez Gutiérrez (1969); “Garabatos (2011), de Julio Moreira Cabrera (1981); “A capella” (2011), de Indira Moreno /1969); “Segunda persona” (2011), de Isabel Burgos (1970); “La noche de mi espera” (2011), de Maribel Wang González (1981); “El síndrome y otros cuentos” (2011), “Mirada de mar” (2013) y “La tos, la tiza y Tisó” (2013), de Gonzalo Menéndez González (1960); “Como sábana al viento” (2011), de Rolando Miguel Armuelles Velarde (1970); “Amo tus pies mugrientos” (2011), de Annabel Miguelena (1984); “Cuentos de precaristas, indigentes y damnificados” (2004), “Contiendas” (2008) y “Ni cortos ni perezosos” (2012), de Héctor M. Collado (1959).

Y los más recientes: “Dos voces 30 cuentos” (con Carolina Fonseca; 2013), de Dimitrios Gianareas (1967); “Afuera crecen los árboles y otros giros del destino” (2013), de Shantal Murillo (1990); “Así de simple y otras complejidades” (2013), de Diana Mayora (1995); “Abrir las manos” (2013), de Cheri Lewis G. (1974); “El boxeador catequista” (2013), de Pedro Crenes Castro (1972); “La última carcajada y otras minificciones” (2013) y Cuentos del barrio y la calle” (2017), de Héctor Aquiles González (1963); “Cuentos para la tarde” (2014) y “En otra piel” (2016), de Vilma Briseida Calderón Córdoba (1955); “Malos

agüeros” (2015) y “Arcanos mayores” (2015), de Eduardo Jaspe Lescure (1967); “Almas urbanas” (2015) y “Cuentos elementales” (2017), de Olga de Obaldía (1963); “Pretextos para contarte” (2016), de Danae Brugiati Boussounis (1944); “Caminando en círculos” (2016) y “Desandanzas” (2018), de Nicolle Alzamora Candanedo (1992); Ela Urriola (?), “Agujeros negros” (2017); María Laura De Piano (1959), “Vidas ajenas” (2017); “Augurio” (2018), de Gilza Córdoba (1979), y “Fugacidades en un panal de fuegos” (2018), de Gloriela Carles Lombardo (1977), entre otros. Una verdadera fiesta de la nueva cuentística de Panamá, que es preciso leer y disfrutar. Sin duda, a este auge han contribuido los talleres literarios y el Diplomado en Creación Literaria que lleva 16 años de existencia en la Universidad Tecnológica de Panamá, aunque por supuesto también hay talentos naturales que han surgido por cuenta propia.

Por último, es justo y necesario apuntar que hay cuentistas de otras épocas que continúan creando: Ernesto Endara, Justo Arroyo, Pedro Rivera, Moravia Ochoa López, Rosa María Britton, Griselda López, Enrique Jaramillo Levi, Giovanna Benedetti, Claudio de Castro, Rey Barría, Consuelo Tomás, Pedro Luis Prados, Félix Armando Quirós Tejeira, David C. Róbinson O., Allen Patiño, Carlos Oriel Wynter Melo, Melanie Taylor, José Luis Rodríguez Pittí, Roberto Pérez-Franco, entre otros.

Panamá, 30 de agosto de 2018



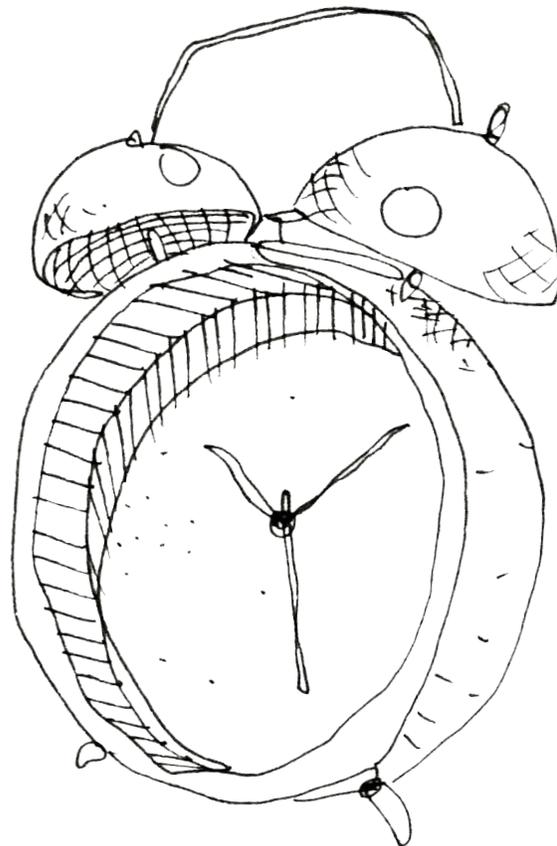
DOS POEMAS

Arabelle Jaramillo



EL TIEMPO

El tiempo, aliado misterioso que nos envuelve
y nos transporta, nos permite ser viajeros
de nuestro propio tren sin reglas.
Cómo saber qué tiempo tomar...
Cómo saber qué tiempo ceder...
Cómo saber cuando el tiempo es correcto...
Es silencioso, es voraz, es traicionero,
el peor de los enemigos: el tiempo no perdona.
Cómo saber si el tiempo se detiene.
Cómo saber cuándo parar, si la vida nunca
para.
Cómo recuperar el tiempo perdido.
Es un mundo mágico el tiempo
pero somos dependientes del tic tac, tic tac
que ensordece nuestros sentidos
hasta que más allá de la siguiente parada
somos prisioneros de un círculo vicioso sin
fin,
hasta que finalmente se detiene.

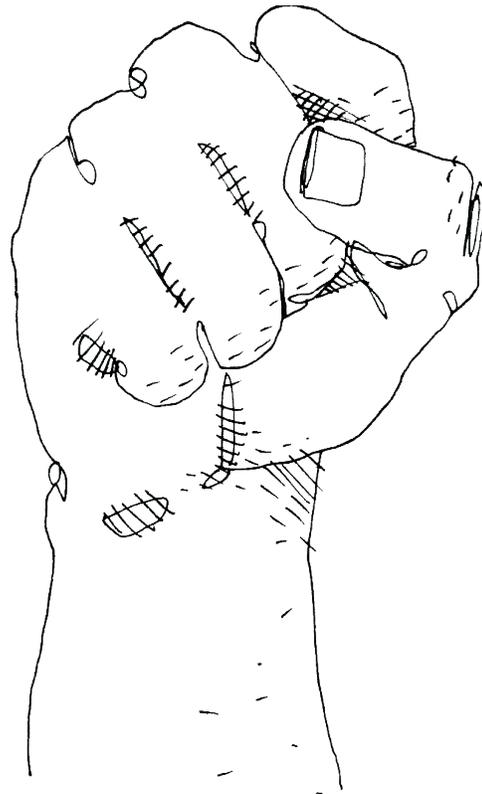


AMOR SIN LÍMITES

A mi padre

A veces cerca, a veces lejos
pero siempre presente
Siempre constante
Siempre amoroso
Alma de guerrero
Incansable espíritu de lucha
Corazón bondadoso
Siempre compartido
aunque solitario a veces
Tú mi padre, el ser que me dio la vida
Relación infinita de éxitos y tropiezos
Amor y desamor
Perdón y reconciliación
al fin y al cabo...
Amor sin límites

*(Tu hija, la del medio, Arabelle
noviembre 26, 2010)*



CONTANDO LOS PASOS

Gerardo Bósquez Iglesias

Denisse tomó el taxi esperando llegar con suficiente antelación a su cita. Sentada en la parte trasera, revisó con especial esmero todas sus pertenencias para asegurarse de que no olvidaba nada: el teléfono celular guardado en el bolsillo, el paraguas, la libreta de apuntes, el cartapacio en que reposaban las copias autenticadas de sus diplomas, el monedero y el folleto donde se promocionaba la historia y funcionamiento del museo de antropología.

Le habían convocado para las 9 a.m. Era la primera entrevista que lograba después de casi ocho meses desempleada. Aplicó a la

vacante con fe y entusiasmo, pero sin ninguna experiencia previa y sin conocer mucho de antropología, ni de museos.

Repasaba alguna ruta alterna que fuera lo más alejada de la plaza Independencia, ubicada frente al Ayuntamiento, contigua al museo. Solo conocía la entrada principal que generalmente estaba atiborrada de palomas alimentadas por niños y turistas que modelaban con los brazos extendidos coronados con las aves, y que también se posaban en las cabezas, deambulaban entre las piernas, en ese revolotear incansable que se había convertido en la atracción de muchos curiosos.

Le sugirió al conductor un camino más largo con la única ventaja de llevarla a la parte trasera del Ayuntamiento. Esperaba descubrir

otra entrada y que no se encontrase en la necesidad de atravesar la plaza ni mucho menos caminar en medio de las palomas.

Cuando más cerca estuvieron del centro de la ciudad, el flujo del tráfico se fue aletargando. Miraba por la ventana sin reconocer los rostros perdidos entre la horda apresurada, prestando poca atención a las noticias en la radio que hablaban algo de las partidas y la inflación y el camión cargado de cajas de cerveza que se estrelló en la interamericana, sin distraerla de la imagen insistente de las palomas, las palomas en la peatonal, palomas en las fachadas, palomas en los maceteros, palomas en su cabeza, palomas por todas partes.

No podría olvidarlas, siempre estaban presentes en sus sueños, en esa angustia de no visitar el centro, de no acordarse de los ojos enzarzados y las patas reseacas, las alas golpeteando su rostro, el pico deshilachando su cabellera, aquella mañana en la que los gritos no fueron suficientes para ahuyentarlas, cuando se arremolinaron gorjeando por maíz, mientras su padre en vez de salvarla, se retorció a carcajadas, embriagado de gozo, satisfecho, celebrando un triunfo inexistente, buscando despertar la valentía en su hija.

Después de calcular el tiempo que les tomaría llegar al ayuntamiento, la velocidad de las manecillas que se movían más rápido que el tráfico y la proximidad de la hora de la entrevista, resolvió que la única solución que se le presentaba para poder llegar a tiempo era bajarse de inmediato y caminar, atravesar la plaza, cortar como una navaja el océano de palomas, y encomendarse a la piedad de todos los santos hasta alcanzar las puertas del museo.

En pocos minutos llegó caminando a la esquina de la Avenida Álvarez y Samudio, se

detuvo cerca del kiosco de revistas a ensayar la estrategia de distracción. Optó por cubrirse con el abrigo para no sentir las plumas abanicarle los brazos, subir la cremallera hasta el cuello, usar las gafas de sol para proteger sus ojos, se colocó los audífonos para escuchar a todo volumen *Puedes llegar*, y apretó contra su pecho el cartapacio y el bolso. La mano derecha barría el frente con el paraguas semejando un bastón.

Mirando entre pestañas enfiló hacia la escalinata del Ayuntamiento y avanzó recelosa, concentrada en el sabor a menta del chicle que mascaba, los labios apretados, conteniendo la respiración para no aspirar la hedentina a pluma húmeda y excremento, enumerando cada paso que completaba, esperando alcanzar lo antes posible su destino.

Todo marchaba de acuerdo al plan, pero después de los noventa pasos comenzó a sentir cómo rozaban su pierna y tropezaban con su empuje. En esa oscuridad voluntaria, se figuraba los picos y las garras rasgando el *panty hose* recién comprado, el aleteo era insistente en sus brazos y hombros. Denisse hacía lo imposible por mantener en su mente la música y el coro de voces cantando al unísono, pero se imponía la imagen de esos ojos en llamas, impávidos, la cabeza platinada y verdusca, inquieta, y el picotear de todas las palomas que la habían atormentado desde niña, y que esta mañana escasa de luz estaba dispuesta a vencer.

Se acercaba a los ciento treinta y nueve pasos cuando abrió los ojos, extrañada por la tregua que le concedía la inusual bandada que la había escoltado. Se encontró en el mismo lugar en el que había iniciado, a un costado de la plaza Álvarez y Samudio, cerca del kiosco

de revistas. En poco tiempo se percató de que había estado caminando en círculos y si quería llegar a tiempo, tendría que hacerlo de nuevo, a mayor velocidad y con los ojos abiertos.

Denisse observó el reloj en su muñeca, la bandera tricolor que ondeaba indiferente en lo alto del Ayuntamiento, y las palomas que levantaban el vuelo, aterrizaban, se movían de izquierda a derecha y se amontonaban sobre cualquier reguero de granos, agrupadas en orden, como si estuvieran esperando que se les acercara nuevamente.

Caminó hacia al kiosco, compró los diarios, y se sentó en una banca alejada para leer la

sección de anuncios de vacantes, mientras trataba de convencerse de que la historia y los museos nunca habían sido su fuerte.



MUÑECAS

Julio Armando Aris Batista

Era una norma inquebrantable: él y su hermana regresaban de la escuela y se encerraban en casa hasta la llegada de su madre. Tenía un horario de trabajo que la obligaba a dejarlos muchas horas a solas. Cada uno de los niños se concentraba en sus pasatiempos: él se la pasaba pegado a los videojuegos y su hermana jugando con muñecas.

En casa las horas transcurrían en un silencio que solo era alterado por alguna lluvia inesperada y descomunal o, por las peleas usuales entre hermanos al no existir acuerdo por algo o, porque cada uno pensaba que tenía la razón o más derechos que el otro. Sin embargo, bajo esa aparente desconexión y rivalidad, cada uno tenía la certeza de que se podía contar con el otro porque estaba cerca, en el cuarto contiguo, y eso les daba seguridad.

Uno de aquellos días, el chico comenzó a

escuchar a su hermana hablando. Se dirigió a la habitación para ver de qué se trataba y observó que estaba regañando a una de sus muñecas. Nada extraordinario, pensó; hasta le pareció normal pues él, algunas veces, también hablaba en voz alta, y le causó gracia verla moviendo la mano con los dedos extendidos frente a la cara de la muñeca.

—Es mejor que regañe a la pobre muñeca antes que a mí— murmuró, se dio vuelta y se dirigió a su cuarto.

Encontrarse a su hermana hablando sola se hizo más frecuente y algo de esta situación comenzaba a incomodarlo. La oía reír a carcajadas; dar instrucciones con severidad tal y como hacía mamá; o correr por la casa como si jugara a que la perseguían.

—¿Qué haces? ¡Niña! —le preguntaba algo ofuscado.

—Juego a las escondidas con mis muñecas—y se colocó el dedo índice sobre

los labios, pidiéndole que se callara, que no la delatara, mientras se escondía detrás de los muebles y puertas.

Una vez, hasta la escuchó quejarse, estaba en medio de su cuarto, rodeada por las muñecas, con las manos tapándose los oídos.

—¡Está bien! ¡Está bien! Voy a esforzarme en mantener mi cuarto limpio y ordenado— repetía con los cachetes enrojecidos y limpiándose las lágrimas—. Pero no me regañen más.

Pero el colmo de los colmos era cuando hacía las tareas. Realizaba una operación, escribía algo, recitaba alguna frase y pedía a las muñecas que verificaran si lo estaba haciendo bien.

—A ver, ¿dónde me dijeron que me equivoqué? —mostrando su cuaderno abierto de par en par—¡Ah sí! ¡Tienen razón, voy a corregirlo!

Esa vez ella pasó a la cocina y regresaba con dos vasos rebosantes de jugos y una bolsa con galletas, él se dirigió hacia ella para tomar el vaso y las galletas, pero se quedó con las manos extendidas porque pasó de largo, evitándolo.

—Esto no es para ti—le dijo—, ¡sírrete tú!

No entendía cómo podían fascinarle a su hermana esas cosas inanimadas, darles tal importancia era exagerado y, peor, condenarlo a largas horas donde lo ignoraba con solemnidad. Se preguntaba cómo podía perder el tiempo hablando con ellas si jamás les arrancaría una sola palabra. Esa noche se acostó pensando que las muñecas tenían algún tipo de poder maligno, algún truco detrás de tanta quietud y, que su hermana estaba poseída. Dispuesto a remediar esta situación se propuso observarlas con más detenimiento y descubrir cuál era la

trampa. Sacó su tablet de abajo de la almohada, se conectó a la red y jugó online hasta que se quedó dormido.

Soñó que su madre se marchaba por un camino muy ancho y larguísimo. Que mientras la miraba alejarse su único consuelo era sentir que estaba tomado de la mano de su hermana, pero la sintió rígida y fría al tacto. Cuando volteó a mirarla descubrió horrorizado que era solo la mano y brazo de una muñeca, y que ésta, mutilada frente a él, sonreía. De inmediato trató de sacudírsela y no pudo, trató de jalarla con la otra mano y también quedó atrapada. Luchó por separarse. Después de un rato, exhausto, se quedó dormido: soñó que su hermana se marchaba por un camino muy ancho y largo, corrió tras ella, pero más se alejaba, cansado se desplomó y se durmió: soñó que una muñeca tenía los botones y palancas de un videojuego y que lo controlaba haciéndolo saltar y correr a través de laberintos interminables de donde salían más muñecas... Le costó despertar y salir de esa cadena de sueños. Estaba más inquieto que cuando se acostó.

—¡Esto va a terminar!—fue lo primero que dijo al abrir los ojos.

Las escudriñaba con recelo. Algunas tenían el cabello brillante y rígido como las cerdas de una escoba, le vino a la mente una parvada de brujas que barriendo las nubes buscaban incautos, ¡por supuesto!, pensó, las muñecas han podido hacerle conjuros, quieren convertirlo en sapo o peor: meterlo a un videojuego, quitarle vidas y torturarlo con eternos game over. Otras, detrás de esas miradas imperturbables, tenían por ojos pedazos de vidrio coloreados y brillantes, y recordó que eran similares a las bolas de cristal de las adivinatoras. Entonces, las muñecas podían hipnotizarlo, ver su futuro, conocer sus secretos, averiguar los

passwords de sus cuentas, hackearlo. Siempre tenían las manos extendidas: atrayéndolo, como ofreciendo algo; los brazos abiertos para atraparlo; con aquellos dedos gruesos y ordinarios como los de un duende, entonces podían raptarlo y llevarlo a alguna oscura y profunda caverna donde se quedaría hasta la eternidad. Estaban hechas con pedazos de gente, con orificios rodeados por cortadas allí donde la cabeza, los brazos y las piernas podían girar y girar grotescamente.

Se estremeció porque su imaginación lo estaba llevando demasiado lejos; inclusive, ya se estaba preguntando si las marionetas, los peluches, los maniqués y hasta las estatuas podían manipularlo también; por si acaso, y para no caer víctima prefería no encontrarse asolas con ninguna de ellas. Sin embargo, comenzó a encontrarlas en cualquier sitio: sentadas o acostadas sobre las camas y sillones, paradas en la mitad de los cuartos o pasillos, colgando por el pelo sin brazos, sin piernas; o colocadas sus cabezas donde menos lo esperaba con sus rostros maquillados en forma extravagante y descubriendo que, en vez de ojos, lo observaban unos orificios tenebrosos.

—¿Por qué destruyes tus muñecas?—le interrogó, mostrándole una cabeza.

—Yo no soy. Ellas se pelean—respondió sin darle importancia al comentario—¡Dame acá! Yo las reparo.

Tomó la cabeza, fue a su cuarto y regresó

—. ¡Mira!, hermanito. ¡Como nueva!

A veces, cuando estaba junto a él, la niña le hablaba a una de las muñecas y luego le compartía lo que, según ella, la muñeca le comentaba.

—Lucy dice que no le caes bien.

—¿Y quién es Lucy? ¿Alguna compañera de tu salón?

—Lucy es mi muñeca. ¿No ves?

El chico levantó con lentitud la cabeza y la miró con seriedad; giró los ojos hacia la muñeca:

—¿Qué más dice tu muñeca?—preguntó con burla—¿Se puede saber?

—Que la miras extraño y que la asustas.

—¡Que yo la asusto! ¡Ella me asusta a mí!—mientras decía esto apuntaba a la muñeca, después se llevó ambas manos a la cara y masculló—¡No es posible! ¡Ya le estoy hablando a eso!

Una tarde de muchos nubarrones hubo un apagón, la tranquilidad fue arrasada por una brisa que también doblegaba los jóvenes árboles que rodeaban la casa mientras sus ramas rasguñaban el techo con insistencia. Caminaba entre la tenue penumbra cuando pateó una enorme cabeza desgredada que rodó hasta una pared donde osciló lento mostrando unas cuencas en donde bailaban unos ojos desencajados. Llegó a la puerta del baño y encontró parada, justo a la entrada, a la muñeca preferida. Se detuvo frente a ella mirándola desafiante. Un viento frío, inesperado agitó las cortinas transparentes. Relámpagos perturbadores agrietaron el cielo sobre la casa que vibraba. Las siluetas se multiplicaron y le pareció que la muñeca daba un paso, que sus pestañas se alargaban como garras filosas y amenazantes, que daba otro paso y que con cada destello de luz una sombra imprecisa, siniestra, se asomaba detrás. A pesar del momento y de todas sus aprensiones estaba dispuesto a enfrentarla y nada se lo impediría.

Se armó de valor, la tomó en sus manos y la apretó mientras le gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Demonio!

En ese momento escuchó que la muñeca le respondía:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Demonio!

Gritó, soltó la muñeca y salió corriendo. La necesidad de ese momento quedó en un charco en el piso.

La hermana salió del cuarto al escuchar el escándalo. Vio a la muñeca en el piso, la recogió, la acurrucó con ternura y la acercó a sus labios, apretó el botón que tenía en la espalda y le dijo:

—¡Hola, amiguita! ¿Cómo estás?

Volvió a apretar a la muñeca, y de esta salió un sonido metálico:

—¡Hola, amiguita! ¿Cómo estaaaaaas?—y la voz se apagó.

—Vaya, Lucy. Te quedaste sin baterías.

(Enero de 2018)

LA OPERACIÓN

*Para Enrique Jaramillo Levi,
pacientísimo amigo mío,
que me ha mostrado nuevas facetas de las letras.*

Edith Cantilo-Paz

Samara se contorsionaba en el escenario, su cuerpo un arco hasta que se liberaba la tensión en un maravilloso salto de una plataforma a otra, en la que caía de pie, cual pantera. Otra maravillosa puesta en escena junto a su compañía para la gran bailarina de danza moderna vio el público enamorado, cuya admiración por Samara crecía por el vuelo que tomó su carrera después de una lesión que debió acabarla como bailarina.

La ducha de media tarde era un ritual necesario para su cuerpo esforzado. Al bajar sus manos por la baja espalda cuando

masajeaba sus músculos agarrotados, se topó con una pequeña protuberancia en la piel tierna al tacto. «Será un furúnculo», pensó. Decidió dejarlo; ya se iría solo o ella iría donde un médico para que le recetase antibióticos.

Evitó sus glúteos para no sentir dolor. En las siguientes presentaciones, sus movimientos en el escenario fueron felinos, aunque menos habilidosos a causa de su dolencia. Cuando Samara se hartó de soportar el dolor, se inspeccionó otra vez en la ducha. Para su alarma, había crecido su furúnculo. No esperó más, a las dos horas ya estaba en el consultorio de un médico enumerándole sus problemas. Él le indicó que subiese a la camilla para auscultarla. Se tragó sus quejas del dolor por el tacto. Las arrugas del ceño del médico aumentaron.

—Nunca había visto algo así. —Se reacomodó los lentes sobre el tabique con el dedo del medio—. La referiré con un especialista.

Samara aceptó la referencia, pero dispensó de ella. Necesitaba a la doctora de Gracia, quien le había devuelto sus piernas, su vida. No había nadie más adecuado para diagnosticar su problema. En su necedad, mientras esperanzada en Dios que su problema no fuese tan serio como para empeorar, esperó los dos meses para conseguir cita con la doctora y cirujana prodigio Laurencia de Gracia. Otra vez pasó por la humillante vestida y desvestida y por el examen del área tierna. El montículo había crecido; una vez en un espejo lo escudriñó, a sus ojos era como un triángulo de carne que amenazaba con meterse entre las nalgas.

—No es nada perjudicial. —Samara sintió alivio—. Parece que te está creciendo una cola.

Samara enmudeció de la sorpresa. Instantes después, inspiró profundamente para sosegar su respiración.

—Muy bien. Entonces, ¿qué se puede hacer al respecto? Es molesto y me duele.

La doctora de Gracia asintió comprensiva y le indicó con un gesto que se vistiese.

—Podría extirpársela. Aunque, en mi experiencia, esas cosas tienden a volver a crecer en estos casos.

—A volver a crecer en estos casos — repitió con sarcasmo e irritación creciente.

—Oh, sí. Al menos no son plumas. — Ignoró a Samara cuando chilló «plumas»—. Era lo lógico. Cuando le operé me pidió que le diese la gracia de una pantera, y así ha sido. ¿Qué esperaba que ocurriese? — Con pluma y papel comenzó una receta para antiinflamatorios y bálsamos—. El mejor de los casos es que le crezca pelo.

—No, no, no. Extirpemela. Todas las veces que haga falta, si vuelve. ¿Por qué querría tener una abominación peluda en mi cuerpo?

—Porque sin duda una cola ondulante, lustrosa y negra se vería mucho mejor que un guindajo color carne entre sus piernas como si fuese un hombre, ¿no cree? ¡En lo personal, pienso que le quedaría de maravilla!

UN PROBLEMA MENOS

Guillermo Márquez Guevara

(mexicano)

Tranquilo, atento a todo, pero si te quitan la venda, no voltees a ver las caras. Ok, es una SUV, vidrios polarizados, de piel, se puede ver que no es sedán por cómo se siente la suspensión; hay alguien atrás conmigo, armado. Será sabio asumir que no hay posibilidad de intento de forzar las esposas

que sujetaron en la cabecera del respaldo delantero. Somos cuatro. Dudo mucho que esto tenga que ver con la policía, ¿vendado? Aunque no es imposible, no creo. A menos que alguien haya firmado algo en mi nombre y me tomen por algo que no hice... Quien sabe cuántas horas hayan pasado, podrían ser días. Algo me hicieron, no sé, pero no puedo sentir el cuerpo, me siento agotado, tal vez debería estar adolorido, quizás estoy sedado.

Por la luz, el frío, la época del año, más parece a una mañana nublada. Claro, si me van a liberar hace sentido dejar a que pase un

rato antes de salir a las calles a exponerme. Entonces tal vez fue no uno, sino varios días. Me siento pesado. Inhala. Date la oportunidad de solo estar, sin desear, sin pensar. Lo que sea que tenga que ser llegará, hoy el destino se escapa de mis manos.

A la mierda. ¡No! A ver, calma. Piensa, ¿quién?

¿Alguien de la oficina solo por envidia del Audi nuevo? Si supieran que tuve que empeñar la vida para poder sacarlo.

¿Será que mi tío se dio cuenta que lo encerraron porque falsifiqué su firma? Solo estuvo adentro dos semanas, aparte fue hace cuatro años, seguro ya se le habrá pasado, eso en el remoto caso de que se haya dado cuenta. ¿O se dio cuenta ese día que nos vimos en el Chedraui que yo llevaba puesto el reloj que se le había perdido en el cumpleaños de las gemelas cuando se puso hasta la madre?

¿Un simple y llano secuestro con anestesia incluida? Pobre de la abuela, seguro es la única que veo que se estará buscando la vida pidiéndole a la familia y a todas las pocas amistades que le quedan. Ojalá no le haya pedido al licenciado Rodríguez, o a Jaime, o a Sara. Pero no, además, cuando uno presta tiene que considerar que cabe la posibilidad de nunca recuperar. Así con Jesús, a pesar de que lo jodí y jodí hasta el cansancio para que me regresara lo que habíamos invertido en el puesto de hamburguesas y que perdimos por su culpa, no por eso llegaría a secuestrarlo.

Y pues por no dejar, está Patricia, ahora que lo pienso tiene poco menos de un año que me dijo que podía estar embarazada, ya nunca le hablé... Tal vez si no me hubiera querido amarrar de esa forma hubiera seguido interesado, de ser verdad, me hubiera dicho, seguro puro choro.

Siendo sinceros, no soy malo, a ver, nada es para tanto. Seguro es una confusión. Sí, seguro ya no quieren meterse en más líos y van a liberarme.

Nadie decía nada, ni siquiera entre ellos como para poder notar algún tono de voz, algún acento raro, nada. Lograban perfectamente ocultar hasta el más mínimo rastro de su presencia.

Eran las siete de la mañana cuando me dejaron no muchas calles lejos de la casa. Cuando se detuvo el auto me quitaron las esposas y quien venía de copiloto salió para abrir la puerta de mi lado. Quien se sentaba atrás conmigo me sostuvo de las manos y me abrió las esposas, después me empujó hasta que tuve que poner un pie afuera. Caí a la acera, en ese momento noté que no tenía control en lo absoluto de mis piernas. La Van se esfumó, cerrando la puerta todavía en movimiento. Ya con las manos libres, pude notar un vendaje por debajo del pants que llevaba puesto, cubría la pelvis amarrando por la entrepierna. ‘¡Mierda, mierda! ¿Qué me hicieron? ¿Un riñón?’

Tuve que arrastrarme hasta la puerta del edificio, el conserje barría la entrada cuando me vio llegar arrastrándome, fue él quien me ayudó a llegar a casa. Me tumbé en el sillón, llorando, resignado, pensando en qué es lo peor que pudo pasarme.

Después de mucho postergarlo era inevitable investigar por cuenta propia. Comencé a retirar el abultado vendaje y cuando estaba por llegar a las últimas dos vueltas, una pequeña tarjeta de regalo, como las que acompañan a un arreglo de flores para San Valentín, con marco de corazones y centrado, se habían tomado el detalle de que el mensaje no fuera escrito a mano.

No creo que vayas a extrañarlo. De cualquier forma, no sabías usarlo.

Con amor...

RESEÑAS

La llamada de la palabra o la imposibilidad como vocación

(Presentación de la revista "Maga", No. 82)

Joel Bracho Gherzi

Cada vez son más los nombres de mujeres que pueblan las bibliotecas. Primero como descubrimiento y rescate de las que escribieron siempre y no fueron reconocidas; luego como resistencia y militancia: escribir como mujer, marcar la presencia propia en un mundo hostil a lo femenino; y ahora cada vez con mayor naturalidad: las mujeres escriben, mucho y bien, ganan premios, fundan revistas, dirigen editoriales. Sus nombres dejan de ser la excepción de un canon masculino para convertirse en presencia merecida y numerosa.

No es casual, entonces, que la revista *Maga* dedique un número casi enteramente a la producción literaria de mujeres, panameñas y de otras latitudes, quienes con solvencia se adentran en el oficio de la escritura. Además de un segmento monográfico dedicado a un grupo de "Novísimas cuentistas de Panamá", cada una de las secciones de este número

acusa la presencia de escritoras en todas las facetas de la creación, de la poesía al ensayo y desde talleristas que comienzan a escribir hasta experimentadas narradoras. Unas cuantas voces masculinas complementan el variado y denso conjunto que casi alcanza las 100 páginas.

Catorce cuentos componen el dossier de las novísimas escritoras. Con temáticas predominantemente urbanas y una marcada presencia de la violencia como problema, estos cuentos se pasean entre el retrato realista de situaciones o problemáticas sociales y la exploración de diferentes formas de lo fantástico. Es significativa la relevancia que la violencia sexual y doméstica tiene en los textos de estas creadoras, así como en algunos de los relatos de la sección dedicada a los "Cuatro escritores de Querétaro, México". Se trata sin duda de un problema que convoca a muchas escritoras, y a no pocos escritores, en la actualidad.

La brevedad también tiene su espacio en este número de *Maga*, no sólo con los minicuentos de Gloriela Carles Lombardo y el mexicano Rodolfo Loyola Vera, sino con los poemas de Héctor Aquiles González (a quien hasta ahora sólo conocíamos como narrador y se estrena como poeta), de

Julia Aguilera y de la misma Gloriela. Debo decir que la densidad lírica de estos mínimos poemas ha sido de lo que más ha disfrutado este desocupado lector en su tránsito por la revista.

La maestría escritural viene de la mano de tres escritoras de trayectoria, con varios libros y premios a cuestas: la cuentista internacional invitada Ana María Shua, con su manejo del miedo que roza el absurdo y la naturalidad del horror en el cuento "Una profesión como cualquier otra", y las escritoras locales Olga de Obaldía y María Laura de Piano, con su excelente manejo del lenguaje, el oficio de la escritura y el desarrollo del relato en sus cuentos "El susurro del pez" y "Misteriosa Panamá".

Junto a ellas, una selección de talleristas parece anunciar buenos tiempos por venir en la literatura hecha en Panamá. Cinco autoras se inician en la escritura con buen pie y lo demuestran con relatos que apuestan por la complejidad creativa y cierta experimentalidad que toma riesgos en el manejo de la narración. Son nuevas voces que parecen apostar sin temores por la creación.

Además de algunas noticias y contenido informativo que tradicionalmente ha

sido parte de la revista, el número se completa con tres textos ensayísticos. En el primero, Joaquín González habla acerca de la obra y la personalidad de Sergio Ramírez, utilizando como excusa e hilo conductor su discurso de aceptación del Premio Cervantes.

Por su parte, Fernando Burgos Pérez, Académico de la University of Memphis que ha dedicado importantes esfuerzos al estudio de la literatura panameña, hace un exhaustivo análisis de la obra *Pretextos para contarte*, de Danae Brugiaty, con quien

tengo el honor de presentar la revista esta noche. En unas cuantas páginas Burgos repasa los diferentes cuentos del libro revisando con profundidad y precisión sus elementos definitorios.

Y finalmente, para cerrar la revista, Carolina Fonseca analiza ese extraño artefacto literario que es *Bartleby y compañía*, de Enrique Vila-Matas, un texto acerca de la escritura, pero especialmente acerca de su dificultad. Es un libro acerca de aquellos que dejan de escribir, y de la escritura concebida como imposibilidad.

Se me ocurre que esta es una magnífica elección como puerta de cierre para una revista dedicada a personas que escriben, contra y a pesar de todo. Al fin y al cabo, como pensaba Thomas Mann, escritor es el que escribe con dificultad. Pero también es quien se siente llamado a la escritura, a su magnífica, compleja pero atractiva imposibilidad.

Pido un aplauso para los autores de este número, esos que viven la dificultad de la palabra como vocación.

Panamá, 11 de julio de 2018

Dos ciudades: Cuentos de Panamá y El Salvador

Por Danae Brugiaty
Boussounis

Esta cuidada y representativa antología de la producción cuentística centroamericana lleva por título *Historias de dos ciudades* (Sagitario Ediciones, 2017) que, como dice Enrique Jaramillo Levi, parafrasea la famosa obra de Charles Dickens, pero hasta allí llega la similitud con la obra homónima. Se asemejan en que consideran la producción interior inmersa en el escenario ciudadano que,

tanto en la obra de Dickens como en nuestra antología desde el punto de vista semiótico, toman a la urbe como realidad expresiva que se renueva continuamente como espacio, se define como discurso, es una práctica significativa que, sin embargo, en cada momento proyecta a sus espaldas un texto conflictivo. A diferencia de otros territorios, la ciudad se caracteriza por la presencia simultánea —en el tiempo y en el espacio— de identidades y poderes en conflicto y de las señales de los mismos.

En la obra de Dickens es un único evento histórico el que

le sirve de base a la trama, la Revolución francesa, mientras que, en esta, los cuentos parten de mundos e historias singulares cada uno. El libro, cual una medusa de dieciséis cabezas pletóricas de ideas y formas de exponerlas, es una construcción literaria encaminada a retratar una sociedad y sus problemas a través de la ficción.

El concepto de ciudad

Analicemos un tanto el concepto de ciudad como el espacio que permite la vida colectiva como producto cultural. La ciudad, como lo analiza el geógrafo urbanista y sociólogo Jordi Borja (Barcelona, 1941), es

un espacio político, donde es posible la expresión de voluntades colectivas, es entonces para la solidaridad, pero también para el conflicto. El derecho a la ciudad es la posibilidad de construirla para que se pueda vivir dignamente, reconocerse como parte de ella, y donde se posibilite la distribución equitativa de diferentes tipos de recursos: trabajo, salud, educación, vivienda, recursos simbólicos, participación, acceso a la información, etc. Y es también el derecho de toda persona a crear ciudades que respondan a las necesidades humanas. Todo el mundo debería tener los mismos derechos para construir los diferentes tipos de ciudades que queremos. Por otro lado, como lo afirma el geógrafo y teórico social David Harvey (Inglaterra, 1935) no es simplemente el derecho a lo que ya está en la ciudad, sino el derecho a transformarla en algo radicalmente distinto.

La literatura y, en este caso, los cuentos de esta antología reafirman el concepto de un conglomerado de soledades y lo toman como el espacio del cruce de las miradas, en el que los cuerpos de los personajes no siempre tienen el control de su rol social y de sus relaciones. Los detalles en las descripciones y creaciones psicológicas son prótesis

estéticas y comunicativas, que constituyen la piel y el alma de la identidad y las diferencias. Les vemos con la dualidad del extraño y con la propiedad del que está incluido en ellas; y estos elementos se nos presentan en algunos cuentos desde la modalidad externa, de la superficie significativa que nos permite entrar al mundo de los personajes hasta sus cuerpos, mentes y deseos bajo el medido control de la comprensión de los mismos con la creadora fuerza prevista por sus autores, que ejercen el control y lo generan en sus historias, arquitectos de sus estrategias de manipulación intelectual, como los artífices de las ciudades.

La antología

Tenemos entre manos una antología de cuentos que refleja aventuras en la forma de escribir y estrategias originales en el manejo del idioma, mediante los cuales representan momentos e imágenes humildes y aparentemente insignificantes, a menudo más allá del torrente de situaciones que ponen de relieve el ingenio, la ironía, la inconformidad ante lo fugaz, lo efímero, lo injusto, lo despiadado, lo horroroso como la ruptura que da forma a las letras de un escritor. Y en otra ocasión, es la historia

de los creadores dentro de la literatura.

En los relatos los autores se adueñan de la ciudad, más en la muestra de cuentos panameños pues, en la selección salvadoreña, en algunos casos, el personaje y su circunstancia no llegan a la ciudad física propiamente dicha, sino que se quedan atrapados en los vericuetos de su ciudad interior. Los autores de ambas ciudades hurgan y dejan caer su inquisidora mirada para sacar y exponer en sus creaciones los individuos que pululan en el claroscuro del subsuelo urbano frente a los efectos causados por el neoliberalismo, como la privatización, el uso mercantil de la ciudad, la predominancia de industrias y espacios comerciales, desnudando la vida de aquellos que ni siquiera parecieran tener derecho a la ciudad tomada por los intereses del capital, una ciudad que deja de pertenecer a la gente y es aquí en la literatura que se toman las experiencias de los personajes para reivindicar la posibilidad de que la gente vuelva a ser dueña de ella. Pero la mayoría de los cuentos advierten de las fatales consecuencias de un cierto modelo vigente hacia el que la sociedad parece encaminarse, aunque sus relatos no proponen soluciones, sólo

son testimonios, son una distopía, en la que los males necesarios son propios de nuestra condición y que hallan curso también en la ficción (la muerte, la enfermedad, la vejez, el desamor, la guerra, la traición...) “daños sociales provocados por una institución aciaga: la propiedad privada y su vehículo principal, el dinero, como medida de todo lo valioso” (Savater, 1999). Por otro lado, las vivencias de diversos individuos de la trama social les ayudan a penetrar la colectividad urbana y logra adentrarse, participa en ella activamente, pero a veces, el que no lo logra, el que se queda al margen de la colectividad es el que se convierte en el hecho literario, es el que va a contracorriente y enciende el conflicto. Es aquel que se torna invisible en la marginalidad, la ignorancia, el dolor. Ya no pertenece más al tinglado humano que trabaja en la felicidad colectiva, se queda en el conglomerado de soledades. El espacio urbano es naturalmente el sitio del trabajo común y del comercio; pero desde siempre es también el lugar del cruce de las miradas, en el que los cuerpos de los hombres asumen la representación de su papel social y de sus relaciones y la proyectan al exterior, con todos sus símbolos de

identidad y diferencia, tales como costumbres, maneras y vestidos, y como ellos, las ciudades se construyen con arreglo a proyectos estratégicos de manipulación. Es una realidad expresiva que se renueva y se redefine continuamente como un tejido complejo estratificado en el tiempo y variable en el espacio, inconcluso y conflictivo porque sobre el rostro de la ciudad son reconocibles los diversos intereses que se miden, se combaten, se alían. De este trazado urbano semiótico los cuentistas extraen parte de la madeja con la que urden sus relatos: las ventanas, los parques, las calles, los callejones, las tiendas, oficinas, letreros, etc. Y por supuesto, sus personajes.

De este carácter “proteico” como lo califica Jorge Ávalos, antólogo de la parte de El Salvador; y “desde diversos matices de lo social hasta las complejidades de lo metafísico; y de lo existencial como cruda vivencia cotidiana, hasta la experiencia sorpresiva de lo fantástico” como señala Enrique Jaramillo Levi, quien selecciona los cuentos panameños, surgen los entes, las tramas, los conflictos, la miseria y los claroscuros de las vidas de los personajes de estos cuentos de dos

ciudades contrastantes, de distinto carácter pero en el fondo con elementos comunes donde los cuentistas retratan a sus personajes y el acontecer apenas como fondo descriptivo de sus identidad y formas distintas de humanidad.

Todos los cuentos, desde diversas aproximaciones, poseen magia exquisita, que con verdadero arrobo hacen reflexionar y disfrutar al lector con su pericia y creatividad.

Los cuentistas de Panamá

Los cuentistas, quienes sondean el alma del habitante de la urbe, nos ofrecen un panorama de personajes cuyas humildes vidas se ven trastornadas por el sofoco desnaturalizado de horarios y vestimenta obligada; los creadores de los relatos les arrancan las costras de las heridas y las hacen sangrar nuevamente; te hacen escuchar el crujir de sus dientes, ver sus ojos ardientes y rojos desde el fondo de un basurero en la noche nauseabunda; los hacen transitar sumisos, tristes e ignorantes en el abandono inhumano de un “Servicio social”, con toda su ineptitud e inutilidad denunciado por Consuelo Tomás Fitzgerald. Otros escapan hacia la locura, tal cual en el

relato “En un intersticio de la sinrazón” de Félix Armando Quirós Tejeira, porque en el entorno urbano, donde no pocos seres humanos devienen ente público, son el rostro indiferente del engranaje estatal. Las urbes, donde las estrictas reglas de comportamiento constriñen a los seres humanos en su cotidiano lidiar con los repetitivos deberes en las oficinas públicas, y el hueco indiferente de la maquinaria implacable de la construcción de los edificios, cuyas panzas oscuras devoran a los hombres de anónima vida y más anónima muerte aún, magistralmente expuesto por Olga De Obaldía, en “El reino del hombre invisible”, cuyo personaje desaparece en una fisura indiferente de la ciudad y del trabajo que tanto ama. Mariluz, personaje del cuento de Eduardo Soto, en “Window shopping”, es acometida por esta enfermedad urbana y otros se hayan en el absurdo jardín de frutos y muertos de Eduardo Jaspe Lescure, en “Un huerto en lo alto” (y en estos dos cuentos los números de apartamento nos ubican adecuadamente en el centro característico de la escena urbana); las paradojas y la denuncia contra la brecha económica que separa al obrero de los dueños de los apartamentos en “Con vista

al mar” de Luigi Lescure; la tragedia de la seguridad social de Cheri Lewis (“Cosas que suceden en la fila del Seguro Social”); la extraordinaria pieza de Julio Moreira Cabrera, “La apología de Armando”, circular acontecer tan verdadero y tan surreal de la tragedia de los anónimos de la urbe, irónica y ambigua vida de muchos sueños y pocos salarios.

Los cuentistas de El Salvador

Los de El Salvador inician su andar con Jorge Ávalos en su relato “La casa de las mujeres benditas” en el cual desposa La Dama quien organiza y dirige el rosario de señoras que cumplen con los sueños sexuales de los hombres, en las casas que siempre existieron en toda agrupación humana que se pudiera llamar ciudad. “Evacuación general” de Salvador Canjura, quien al mejor estilo del “Big Brother” confirma que éste te observa, lee tus mensajes electrónicos, escucha tus llamadas, traza tus redes personales y dirige tu vida. Un cuento muy bien logrado y conmovedor es el que se revela desde su título escueto, “La madre”, de Elena Salamanca, el cual pudiera muy bien ser un poema. Una voz que se pierde en el dolor cotidiano y en la crueldad de su destino anodino es

vuelta literatura delicada y existencial por Rebeca Henríquez en su relato “Adela”. La cuidada prosa de Georgina Vanegas nos lleva por un tiempo roto como la vida de su protagonista en “Los queridos muertos” como en el culto tradicional, donde la nostalgia y la tristeza acompañan la pérdida en el luto permanente de su personaje. El dolor de crecer o lo que crees dolor en ese proceso permanente desde que nacemos, envueltos en el absurdo y el sarcasmo, invade la historia contada por Ligia María Orellana en “Una nueva vida”, madero, resurrección, sed, sangre, inconformidad, elementos trágicos en la corta vida de Jesús, su personaje. Y termina la selección de El Salvador con la indiferente vergüenza urbana de los niños callejeros de “La Avenida de la Revolución” en el cuento de Alejandro Córdoba, abierto como una interrogante, un mea culpa, un levantarse de hombros ante una realidad insalvable.

Todos los cuentos, desde diversas aproximaciones, poseen magia exquisita, que con verdadero arrobo hacen reflexionar y disfrutar al lector con su pericia y creatividad.

Panamá, 19 de agosto de
2017

“Palabra de escritor”

Joaquín González
Justavinos

“Palabra de escritor” (2016) es el título del libro de ensayos del escritor Enrique Jaramillo Levi, que acabo de leer, y que me parece en primera instancia, una extraordinaria y útil herramienta de consulta técnica, para todos los que de una manera u otra practicamos este oficio.

Por otro lado, estimo que la obra tiene un alcance adicional de suma importancia y pertinencia, en los actuales y desafortunados momentos de desilusión y desasosiego por los que atraviesa la literatura panameña, por razones coyunturales y aleatorias, que no es del caso mencionar. Me refiero a que “Palabra de escritor” recoge con exquisita metodología y didáctica, una serie de principios, normas y criterios de conducta, que conviene repasar y valorar, para no desvincularnos del compromiso que todo escritor debe asumir a la hora de intentar producir una obra literaria de valía.

Este aspecto lo aborda Jaramillo Levi utilizando como ejemplo su propia experiencia y disciplina de trabajo, invitando a todo aquel que aspira o se dedica al noble oficio de escritor, a alejarse de la mediocridad tratando de buscar la excelencia, todos los días, compartiéndola de paso, para tratar de hacer

mejores a sus semejantes.

El célebre escritor inglés Somerset Maugham dijo en una ocasión: *“No sé lo que acontece en la mente de un criminal, sé lo que pasa en la mente de un hombre decente y es horrible”*.

Entrando en materia sobre los aspectos específicos que me parecieron más relevantes en el conjunto de la obra a que hacemos referencia, debo decir por ejemplo que me llamó favorablemente la atención el símil o comparación que hace Jaramillo Levi, entre el escritor y el artista, y por ende entre una obra literaria y una obra de arte. En tal sentido el autor nos dice: *“Todo escritor literario que se respete aspira a ser un artista y, por supuesto, no solo desea que su empeño se logre sino, también, que se note.”*

Más adelante agrega: *“Lo importante, en todo caso, es que la creación –para que sea genuina y duradera- surja de una necesidad de expresión auténtica, personalísima, irreprimible; y que se vaya dando de acuerdo a ideas y emociones que se mezclan formando imágenes que se objetivan mediante ciertas combinaciones afortunadas de palabras que el escritor consigue integrar.”*

Por este camino el autor puntualiza: *“Este artista, cuando es genuino hasta la raíz, no hace concesiones,*

no repite fórmulas, a nadie imita o quiere impresionar o complacer ni con su conducta ni con lo referente a su obra. Solo busca expresarse a sí mismo, comprender o entender a fondo las contradicciones de la realidad, sobre todo las suyas.”

Otro aspecto controversial y siempre digno de debate (especialmente entre escritores), que también aborda Jaramillo Levi en su libro, es el que se refiere a la importancia relativa de la *ficción y la realidad* a la hora de escribir literatura.

En ese sentido el autor expresa su convicción al respecto, cuando nos dice: *“Este proceso creativo de gradual invención de las caracterizaciones no sería posible si antes no tuviéramos la experiencia vivida de conocer, o haber conocido, a seres humanos reales de diversa naturaleza y proyección en nuestras vidas. Porque no cabe duda que si bien tanto la realidad alimenta a la fantasía como ésta, posteriormente, a la realidad, ocurre que en el orden estrictamente cronológico de las cosas la realidad siempre es primero.”*

En otro aparte sobre el tema, puntualiza: *“Además, la invención pura, nunca lo es del todo, pues procede de experiencias y conocimientos acumulados y puestos en una*

relación diferente. A veces son vivencias propias las que afloran o de las que uno echa mano, o bien maneras personales de interpretar determinados problemas o fenómenos reales, que el escritor transfiere a un personaje, especie de alter-ego suyo; en otros casos, se trata más bien, de un esfuerzo por entender la realidad desde otra perspectiva.”

En otras palabras, el autor confirma un concepto que comparto plenamente y es el de que la ficción forma parte necesariamente de la realidad, porque realidad y ficción no son conceptos dialécticos, sino conjugados. La ficción es interpretable y posible, porque existe la realidad, en cuyas estructuras toda ficción está insertada, como construcción real y como realidad constituyente.

No obstante, yo agregaría que es necesario acostumbrarse, o más bien tratar de entender que el concepto de ficción ha sido sobreestimado epistemológicamente a la hora de interpretar la literatura, sobre todo cuando de literatura post-modernista se trata.

De allí que probablemente al reconocer lo conflictivo del tema, el autor con humildad y sapiencia advierte: *“Como todo en la vida, siempre habrá juicios y prejuicios que puedan afectar el sentido profundo de*

lo que se expresa, tanto por parte del autor como en la lectura del receptor del texto, ya que en realidad no existe tal cosa como la objetividad absoluta.”

Otro de los aspectos que con gran tino y calidad didáctica aborda Jaramillo Levi, en lo referente a la parte estructural o técnica, a la hora de intentar escribir buena literatura, es el de la utilización de una estrategia literaria de valor universal, que como bien apunta el autor, esbozara en su momento el escritor norteamericano Ernest Hemingway bajo la denominación de *“Teoría del iceberg”*.

De lo que se trata, en efecto, es de recordarle al escritor que mucho de lo que importa en una buena historia, solo está sugerido. El escritor no tiene la necesidad de revelarlo todo. Por eso se guarda cierta información, encubre ciertos detalles, para que sea el lector el que los intuya o los detecte.

Pero eso sí, advierte oportunamente Jaramillo Levi, añadiendo un sesgo de fino humor en la enseñanza: *“El escritor sí que debe conocer lo que no le cuenta al lector –sobre sus personajes y situaciones-, lo cual quiere decir que cuando omite ciertas cosas debe hacerlo a propósito, a sabiendas, como parte de un plan, de una estrategia; nunca por*

ignorancia u omisión. No se vale que el burro toque la flauta por casualidad.”

Como es natural, el autor hace énfasis además, en la importancia de la lectura como característica consustancial a todo buen escritor, toda vez que resulta imprescindible tener el dominio de un vocabulario amplio y variado, para poder aspirar a expresarse con claridad y precisión. De lo contrario dice el autor: *“las ideas y los sentimientos no tendrán fuerza ni trascendencia alguna: simplemente morirán en su cuna, incapaces de permitir que aquellos despeguen, mucho menos que logren transmitir lo que se propone el autor. En ese sentido, qué duda cabe, la lectura es fundamental. Así, quien no entiende lo que lee, tampoco será capaz de escribir lo que piensa y siente.”*

Ligado a lo anterior, continúa argumentando Jaramillo Levi: *“¿Cómo pretender explicarle a otros lo que nosotros mismos no entendemos? El arte de escribir bien implica esa necesidad previa de entender al menos exactamente qué es lo que no se entiende, válgase la paradoja. Paradoja en realidad solo aparente, puesto que el solo hecho de saber plantear los elementos de lo indescifrable, lo enigmático, lo misterioso, lo*

contradictorio o lo absurdo de la vida, ya es una forma de empezar a descifrarla.”

El autor de “Palabra de escritor” también comparte con desprendimiento su propio estilo creativo y su disciplina de trabajo con los lectores, poniendo de manifiesto las virtudes y misterios de la denominada “escritura automática”, la cual el autor utiliza con singular eficacia; de lo cual da fe, la exuberante y prolífica producción especialmente de libros de cuentos, que como todos sabemos, tiene a su haber el autor.

Al respecto, en esencia nos dice Jaramillo Levi: *“La escritura automática, no es más que una especie de fluir de la conciencia mediante la escritura, auxiliado por una inevitable serie de sucesiones de ideas que van permitiendo*

que el texto tenga una mínima coherencia interna.”

“Otras veces, lo que parece ocurrir es una especie de hibridación creativa: el pensamiento estructurado, previo al acto de escritura como tal, se va combinando con la improvisación para formar una amalgama imposible de diferenciar. Algo así como lo que sucede en las mejores sesiones jazzísticas.”

En este singular testimonio, el escritor revela su audacia, al elevar su apuesta a la inventiva, especialmente como escritor de cuentos breves. Sobre tan importante tema, termina diciendo el autor: *“En todo caso, lo que verdaderamente importa, lo que interesa en última instancia, es el producto final: el texto con el que un buen día el lector se*

topa y que, al degustarlo, con suerte lo hará pensar y sentir, tal vez actuar.”

Antes de finalizar este escrito, no puedo menos que reiterar la invitación para que me tomen la palabra y acepten pasar un buen rato, teniendo entre sus manos “Palabra de escritor” de Enrique Jaramillo Levi, que sin duda viene a sumarse al conjunto de otros libros de ensayos de igual valía del autor, como es el caso de: *“La estética de la esperanza” (1993), “La mirada en el espejo” (1998), “Nacer para escribir y otros desafíos” (2000), “Manos a la obra y otras tenacidades y desmesuras” (2004), “Gajes del oficio” (2007), “Por obra y gracia” (2008), “Con calma y buena letra” (2011), “En resumidas cuentas” (2012), “Esa fascinante magia de escribir” (2014).*

Presentación de los libros "En el jardín" y "En Plena forma" de Enrique Jaramillo Levi, el 3 de julio de 2018, en la Biblioteca Interamericana Simón Bolívar de la Universidad de Panamá.



De izquierda a derecha los escritores Rodolfo De Gracia, Ela Urriola y Enrique Jaramillo Levi.

UTP presenta Gala Folclórica



La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), a través de la Dirección de Cultura y Deportes de la Secretaría de Vida Universitaria, realizó una Gala Típica para dar la bienvenida a los miembros del Consejo Regional de Vida Estudiantil de los países de Centroamérica y República Dominicana (CONREVE), en el Teatro Auditorio de esta universidad, el 13 de abril del 2018.

En esta gala se presentó el Ballet Folclórico Panamá Internacional, dirigido por Ángel Jiménez, Director de Cultura y Deporte de la UTP.

De igual forma, se presentó el Grupo de Cámara UTP Brass, que interpretó diversos estilos musicales.



Escritores ganadores de Premios de la UTP, en el Festival Internacional de Poesía

Una delegación de escritores ganadores de los Premios de Poesía y Cuento, que organiza la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), participaron, en el IX Festival Internacional de Poesía, Penonomé, el 21 de abril de 2018.

Los escritores invitados al Festival, a través de la Editorial Universitaria, fueron: Lil Marie Herrera, ganadora del Premio Hersilia Ramos de Argote; Ela Urriola, quien obtuvo el Premio José María Sánchez; Gonzalo Menéndez González y Porfirio Salazar, ganadores del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán; mientras que Augusto A. Cedeño, cuenta con un libro publicado por la Editorial Universitaria.

Este evento, cuyo fin primordial es el de rescatar la cultura penonomeña, es organizado por el Grupo Cultural Penonomé en Abril, con el respaldo del Instituto Cultural de Los Llanos y el Centro Regional de la Universidad de Panamá, en Coclé.

La delegación de escritores de la UTP, ofrecieron al público penonomeño, reunido en las inmediaciones del Parque 8 de Diciembre, un extracto de sus obras y dieron a conocer las razones por las que las escribieron, durante un coloquio, donde el moderador fue el poeta y escritor, Héctor Collado, Coordinador de Difusión Cultural de la UTP.

Le correspondió a la Ing. Libia Batista, Jefa de la Editorial Universitaria, coordinar la presentación de los escritores delegados de la UTP en este IX Festival Internacional de Poesía.

De igual manera, la promoción y venta de los libros editados por la propia Editorial Universitaria, así como los productos promocionales con el logo de la UTP.

Con respecto al Festival, Vasco Franco, Presidente del Festival y Promotor Cultural, explicó que este año, se quiso celebrar la fundación del Pueblo de Indias de San Juan Bautista de Penonomé. Indicó: “teníamos una gran herencia católica y mariana. Dicen que apareció la Virgen María, llamada Margarita de los Campos, "la pega pega”.



Durante el desarrollo del Festival, ofrecido del 19 al 22 de abril, se realizó una serie de eventos culturales, sociales y religiosos y se llevó a cabo la exposición en memoria de la escritora, periodista y maestra penonomeña, Sofía Quirós de Tejeira.

Se realizó la entrega de medallas al mérito, el Segundo Encuentro de Escritores Centroamericanos de Literatura Infantil y Juvenil, desfiles y teatros ambulantes, festival de la canción, detalló el Presidente del Festival y Promotor Cultural.

Entrega del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán, 2017 – 2018



En la Universidad Tecnológica de Panamá, (UTP), se realizó la Ceremonia de Entrega del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2017-2018.

“La Muerte sin Pensar en Ella”, del escritor panameño Rogelio Guerra Ávila, fue la novela ganadora de este año. Participaron 28 obras literarias en la categoría de novela, destacándose en él, la obra ganadora por su trama profunda y humana, su narración original y compleja, y el manejo correcto del lenguaje, entre otros aspectos.

Durante la ceremonia, el Ing. Héctor M. Montemayor Á., máxima autoridad de esta Casa de Estudios Superiores, hizo entrega al escritor Rogelio Guerra Ávila, del pergamino como ganador de este certamen.

Rogelio Guerra Ávila, es un destacado escritor que ha sido ganador de Premios Nacionales de Literatura como el Ricardo Miró y el Premio Octavio Méndez Pereira.

Este año, por primera vez, participó del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán en su XXII Versión, con su novela: “La Muerte sin Pensar en Ella”, una novela corta de cinco capítulos, que trata de una mujer al finales del siglo XIX, quien se negaba a aceptar que había muerto.

Para Guerra, es un honor obtener este Premio, pues uno de sus mentores fue el propio Rogelio Sinán. Hoy es contador de profesión y escritor por pasión y satisfacción, exhorta a los jóvenes a seguir sus sueños y aprovechar el tiempo.



Conversatorio con estudiantes de la UTP con Jurado del Premio Rogelio Sinán, 2017-2018 – 24 de abril

En el marco de la celebración del “Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán”, se realizó un conversatorio, en el Salón Rosendo Taylor de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), organizado por la Secretaría de Vida Universitaria.

Héctor Collado, del Departamento de Difusión Cultural, informó, que la UTP, desde hace 22 años, convoca el Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán y para celebrar esta semana se reunieron con los estudiantes, para compartir las experiencias literarias del escritor, César Tejeda, Jurado del Premio Rogelio Sinán, 2017-2018.

Tejeda comentó sobre el proceso de los libros ganadores, importancia de la lectura en su formación como escritores y cómo trabajar la literatura a nivel universitaria, cuyo primer paso es aprender a leer para darle el nivel de calidad a lo que se escribe.

El Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán tuvo como ganador al escritor de nacionalidad panameña, Rogelio Guerra Ávila, con la obra: “La Muerte sin Pensar en Ella”, presentada con el seudónimo “MAROMO”.



Ganador de la séptima versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria”

Dionisio Guerra, periodista de profesión, es el ganador de la séptima versión del Premio “Diplomado en Creación Literaria”, organizado por la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP).

La obra ganadora “Cuentos pixelados”, es una serie de cuentos que propone una versión alterada de la realidad. Sus cuentos son historias tradicionales en entornos rurales y urbanos donde se puede ver la realidad de diferentes formas.

La Universidad Tecnológica de Panamá ha convocado anualmente este concurso como estímulo permanente para todos los egresados del Diplomado en Creación Literaria.

Este Premio fue creado por el escritor Enrique Jaramillo Levi y consiste en la suma de B/. 500.00, Diploma de Honor al Mérito y publicación de la obra ganadora, por parte de la Editorial Tecnológica de la UTP.

Escritor panameño gana Premio Rogelio Sinán 2017-2018



La novela, “La Muerte sin Pensar en Ella”, bajo el seudónimo “MAROMA”, del escritor panameño, Rogelio Guerra Ávila, fue declarada ganadora del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2017 - 2018, que organiza la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), a través de su Sección de Difusión Cultural.

El Jurado Calificador, que eligió por unanimidad la obra ganadora, estuvo conformado por el escritor, Gonzalo Menéndez González y el periodista del “Diario La Prensa”, Daniel Domínguez Z., ambos panameños y por el jurado internacional, César Tejeda, de nacionalidad mexicana.

Un total de 35 obras, entre nacionales y centroamericanas, se presentaron para esta versión, la número 22, dedicada a este insigne escritor nacido en Panamá, Bernardo Domínguez Alba, conocido con el seudónimo de Rogelio Sinán. El Premio consiste en 10.000 dólares, un pergamino y la publicación de la obra.

El Acta del Jurado destaca que, “La novela seleccionada como ganadora del XXII Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2017 – 2018, presenta una trama profunda, muy humana, narrada desde el punto de vista original, complejo. Tiene manejo correcto del lenguaje. La historia se desarrolla en un marco histórico que descubre una geografía y un entorno panameño poco expuesto recientemente”.

La apertura de Plicas se dio el 23 de abril, en el Memorial Rogelio Sinán de la UTP, correspondiéndole al notario, Lic. Natividad Quirós, abrir el sobre ganador y al escritor Héctor Collado, Coordinador de Difusión Cultural, leer el nombre del ganador, ante la presencia de la Ing. Vivian Valenzuela, Directora General de la Secretaría de Vida Universitaria e invitados especiales.

Rogelio Guerra Ávila, ha sido un constante ganador del Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró, (1990, 2002 y 2016). Este año participa, por primera vez, en el Premio Rogelio Sinán 2017 – 2018, haciéndose merecedor del mismo.

En su intervención, la Ing. Vivian Valenzuela, quien representó al Ing. Héctor M. Montemayor A., Rector de la UTP, felicitó al escritor ganador del Premio y agradeció a las empresas e instituciones que han hecho posible la realización de este certamen.

Más adelante, al hablar acerca de la importancia de la lectura y la literatura, destacó: “Así como la lectura transforma al hombre, lo hace mejor, proyecta al ciudadano; la Literatura testimonia ese hecho de la sensibilidad, se construye el entorno, desde la imaginación y la creatividad, afirmando nuestra personalidad como país”.

Finalmente, luego de agradecer a los participantes del concurso, por su confianza, se comprometió como organizadores, con los escritores centroamericanos, a mantener este esfuerzo. “Estamos feliz de esta iniciativa que se llama Premio Rogelio Sinán”, puntualizó la Directora General de la Secretaría de Vida Universitaria.

La novela “Mi abuelo y el dictador” fue presentada en la Embajada de México

La Sala Carlos Fuentes, de la Embajada de México en Panamá, fue el escenario el 23 de abril, de la presentación de la novela autobiográfica, “Mi abuelo y el dictador”, del escritor mexicano César Tejada Arguelles, Jurado Internacional del Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán 2017 - 2018.

Correspondió al Embajador de México en Panamá, Dr. José Ignacio Piña Rojas, anfitrión del evento, destacar la trayectoria del escritor Tejada Arguelles, quien es egresado en Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y cuenta en su haber, con dos novelas publicadas, siendo la otra, además de la



presentada, “Épica de bolsillo para un joven de clase media”, publicada en el 2012”.

Al hablar sobre el autor y su obra, el Embajador Piña Rojas dijo: “en esta obra, César, persigue un mito familiar. Ansía recuperar el rastro perdido de su abuelo guatemalteco, acusado de supuesta complicidad en el intento de asesinato de Manuel Estrada Cabrera, pero se topa con los desatinos de la memoria y los caprichos del recuerdo”.

Explicó que Manuel Estrada Cabrera, gobernó Guatemala entre 1898 y 1920; mientras que Porfirio Díaz, como Presidente de México, ayudó a Estrada Cabrera a sofocar rebeliones en Guatemala, en 1907 y 1908. En la novela de César Tejada, Manuel Estrada Cabrera es un general y dictador.

La presentación de “Mi abuelo y el dictador”, contó con la presencia del Ing. Héctor M. Montemayor Á., Rector de la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), la Vicerrectora Académica, Licda. Alma Urriola de Muñoz, el Director de Cultura y Deportes, Ángel Jiménez y el Jefe de Cultura, Prof. David Torres, así como de escritores y amigos de la Embajada de México en Panamá.

Al hacer uso de la palabra, el Rector de la UTP, valoró la invitación del Embajador Piña Rojas, expresando su satisfacción por la invitación a la presentación del libro del escritor César Tejada. Agradeció el respaldo de la Embajada de México a las actividades culturales que desarrolla la UTP, principalmente, al Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán.

Con respecto a los esfuerzos que hace la UTP, en función del desarrollo de las artes, el Ing. Montemayor, sostuvo: “como UTP tenemos la misión de formar profesionales en el campo de la tecnología, lo más integral posible. Dentro de ese concepto, está el desarrollo de las letras y pintura, entre otras artes. Estamos fortaleciendo y apoyando una serie de proyectos y programas dentro de la UTP”, aclaró.

La máxima autoridad de la UTP explicó que el Premio Rogelio Sinán ha tenido una sostenida presentación a través de los años, con el apoyo, muchas veces, de la embajada mexicana. Esto ha permitido otro tipo de desarrollo en este campo, como lo son, una serie de seminarios y el “Diplomado en Creación Literaria”, dirigido por el profesor Enrique Jaramillo Levi, quien ha permitido el surgimiento de nuevos escritores y grupos de lectura.

Durante la presentación del libro, por parte del escritor César Tejada Arguelles, hubo una serie de preguntas del auditorio, a las que el autor, fue contestando con claridad meridiana. De igual manera, la Embajada hizo un homenaje de reconocimiento a la memoria del escritor y diplomático mexicano, Sergio Pitón, fallecido el 12 de abril.

UTP presenta la obra *Las competencias básicas de la redacción*

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), presentó el libro: “Las competencias básicas de la redacción, una metodología semiótica para la redacción de ensayos científicos y literarios”, en el vestíbulo del Teatro Auditorio, el 26 de abril.

Le correspondió a la Licda. Alma Urriola de Muñoz, en representación del Rector de la UTP, Ing. Héctor M. Montemayor Á., hacer la presentación de la obra.

La Vicerrectora felicitó al autor, Rafael Ruiloba Caparroso, y le agradeció la confianza que depositó en la UTP, para publicar este libro, a través de la Editorial Universitaria, de la Dirección de Comunicación Estratégica de la UTP.

Agregó: “estoy segura que esta obra será de muchísima utilidad para toda la sociedad, especialmente para los estudiantes, docentes, investigadores y administrativos y autoridades, quienes tendremos la oportunidad de refrescar conceptos, visualizar nuevas estrategias de comunicación escrita y de enriquecer nuestro acervo cultural”.

El Magister Rafael Ruiloba, explicó, paso a paso, cuál es el contenido y utilidad que tiene el libro, que se constituye en una fuente o guía de argumentación y explicación de un tema específico.

De acuerdo con el autor, este libro es producto de más de 20 años de experiencia docente, tiempo en el que ha podido conocer lo que necesitan los estudiantes para redactar mejor.

Afirmó además, que utiliza el ensayo como instrumento pedagógico, para explicar, porque es una forma efectiva y más rica para sustentar y argumentar cualquier tema. También aseguró que la lectura diaria permite escribir mejor, sobre todo, los ensayos, porque su estructura es una excelente manera de aprender a escribir ordenadamente y con sustento.

En medio de la presentación se dio un espacio de preguntas y respuestas con el autor del libro, lo que activó la participación del público, por un espacio de 10 minutos, con el profesor Ruiloba.

En el evento participaron autoridades, docentes, estudiantes y administrativos de la UTP.



UTP en Bocas del Toro, conmemora fechas de nuestro Idioma

En el marco de la conmemoración de las fechas relacionadas con el Día del Idioma, del Escritor Nacional y del Libro, la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), en Bocas del Toro, realizó la Conferencia: "Resaltemos nuestro idioma, las letras y la creación", a cargo del Licenciado Héctor Collado, el día 3 de mayo.

El objetivo principal de esta actividad fue proporcionar a la comunidad estudiantil, datos culturales relacionados con las fechas que enaltecen nuestra lengua como también proyectar, motivar actividades que beneficien el desarrollo social, cultural y profesional a nuestros estudiantes.

Durante la conferencia, los participantes pudieron conocer algunas anécdotas del escritor quien también motivó a los presente a no dejar de leer y escribir, para enriquecer nuestro léxico.

La organización estuvo a cabo de la profesora Yabel Toribo, y de la Coordinación de Cultura, a cargo del profesor Melquiades Smith.

El Subdirector, Licenciado Geovanny Javier Caballero Green Ms.c, felicitó a los organizadores y estudiantes por su presencia y agradeció al expositor Lic. Héctor Collado.

XVI Graduación del Diplomado en Creación Literaria

En la Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), se llevó a cabo la Décimosexta Ceremonia de Graduación del Diplomado en Creación Literaria, el 23 de mayo.

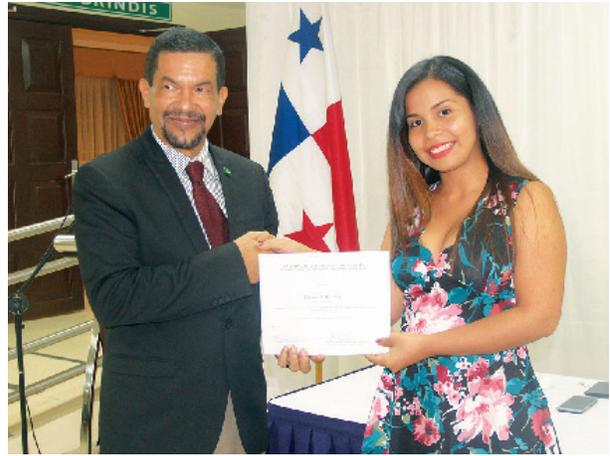
Este Diplomado, creado por el escritor Enrique Jaramillo Levi, ha contribuido a formar autores ganadores de los tres certámenes más importantes del país (Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán, Premio Nacional de Cuento José María Sánchez y del Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró).

En esta oportunidad, siete nuevos amantes de la literatura recibieron, de manos del Dr. Alexis Tejedor, Vicerrector de Investigación, Postgrado y Extensión, el Diploma de culminación de curso.

Con esta ceremonia, la UTP, a través del Diplomado en Creación Literaria, ha entregado a la sociedad panameña más de 170 egresados en sus dieciséis años de existencia.

Durante el evento también se entregó el Premio Diplomado en Creación Literaria, en su séptima versión, al ganador, Dionisio Guerra, por su libro inédito: "Cuentos pixelados".

El premio consistió en B/. 500.00, Diploma de Honor al Mérito y la publicación de la obra ganadora por parte de la Editorial Tecnológica de la UTP.



Presentación de la Revista Maga 82

La Universidad Tecnológica de Panamá (UTP), presentó la edición número 82, de la Revista Cultural Maga, en la cual colaboraron 32 escritores de Panamá y otros países.

La Lic. Vielka Valenzuela, Directora de Extensión de la UTP, expresó que en este número de la revista participan 32 escritores, lo que representa el compromiso de la Universidad de complementar la parte cultural de una academia enfocada en la Ingeniería, Ciencias y Tecnología.

Para el Prof. Enrique Jaramillo Levi, Director y Fundador de la Revista Maga, esta publicación ha servido como una especie de vitrina permanente para dar a conocer, no solamente destacados escritores y que en esta ocasión está dirigida a promover a una cantidad de

mujeres cuentistas, la mayoría jóvenes con un potencial y talento muy valioso, que aparecen en la primera sección de esta revista denominada Novísima Cuentistas Panameñas.

El evento contó con la lectura del cuento "Silencio", por la escritora Aileen Brown Solís y cinco mini poemas de la autoría del escritor Héctor Aquiles González.

La presentación de esta obra, se dio en el Teatro Auditorio de la UTP y estuvo a cargo de los escritores Danae Brugiati Boussounis y Joel Bracho Gherisi.

En la Revista Maga se publican poemas, cuentos, ensayos, artículos de opinión, reseña de libros, entrevistas y noticias culturales recientes.



